

81358

BIBLIOTECA ESCOGIDA.

VOLUMEN V.



CADENAS

DEL

CORAZON.

POR

PATROCINIO DE BIEDMA.



CADIZ.

—
TIPOGRAFIA LA MERCANTIL,

GASPAR DEL PINO.

1881

Patrocinio de Biedma y de Moneda.

REPUBLICA DE ESPAÑA
MINISTERIO DE HACIENDA

CADENAS

DE
DE LA FERIA ANUAL DE MADRID
CORAZON

PATROCINIO DE BIRMA

CADIZ

TIPOGRAFIA LA MERCANTIL

CASERIO DEL RÍO

1881

AL SR. D. PEDRO ANTONIO DE BIEDMA
Y LA MONEDA,

COMO PRUEBA DE CARIÑO,

SU HERMANA,

La Autora.

CÁDIZ: 1881.

AL SR. D. PEDRO ANTONIO DE RIVERA

Y LA MONEDA

COMO PRUEBA DE CAMBIO

EN NUMEROS

La Estrella

Quito 1834

CADENAS DEL CORAZON.

CAPÍTULO PRIMERO

Las bodas.

Empezaba el mes de Abril de 1860.

Serian las diez de la noche, de una de esas noches tibias y perfumadas que tan bellas son en Andalucía, cuando en los salones de la casa del general D. José de Osorio se veia reunido lo más notable de la sociedad sevillana.

Los balcones entreabiertos dejaban paso á las suaves ráfagas del viento, impregnadas en la esencia de los azahares, que mecian perezosamente los anchos cortinajes.

Hermosas mujeres vestidas de seda y gasa cruzaban por el salon en una confusion encantadora, y las luces se reflejaban con vivos destellos en los brillantes que las adornaban.

Acababa de celebrarse el matrimonio de la señorita Maria de Osorio, hija única del dueño de la casa, con D. Carlos de Rojas, marqués de la Rivera.

En el momento en que empieza esta historia, se notaba en el salon esa agitacion que produce un suceso extraño, y que levanta en las grandes reuniones un rumor parecido al eco lejano de las olas.

La jóven desposada se habia desmayado al recibir la bendicion nupcial, y los convidados la rodeaban, demostrando ese interés que pudiéramos llamar *artificial*, pues en él no toma parte el corazon.

Todas las conversaciones comentaban este suceso.

—Te aseguro, Julia, decia una deliciosa rubia á otra linda jóven, que es de muy mal gusto esa tristeza que demostraba María, y que esos desmayos apénas causan efecto.

—Desde luégo, Angela, desde luégo; la época del romanticismo pasó para no volver.

—Pues mira cómo está el marqués. ¡Jesús! Yo no sé qué hacen esas hipócritas; pero con esos mimos con que se hacen las interesantes, vuelven á los hombres locos.

—Pues, amiga mía, el general debe estar loco de contento, decía una señora que formaba parte de un grupo de respetables mamás; ¡ya se vé! su hija hace una soberbia boda, porque el marqués es muy rico, y ella vale poco.

—No es fea, condesa, no es fea; pero esas buenas madres de las Salesas le han dado una educacion tan gazmoña!...

—Tiene Vd. razon, querida, con ese airecito hipócrita no gusta; yo no sé, yo no sé lo que ha enamorado en ella á ese loco de marqués.

—Señores, decía dirigiéndose á un grupo de hombres que fumaban en un gabinete cercano, uno de esos jóvenes que se hallan en todas las sociedades, que son perfectamente inútiles por su valor, pero necesarios para dar colorido al cuadro social en el cual puede decirse que son las figuras de segundo orden que dan animacion y movimiento al conjunto: parece que el novio no es muy del gusto de la linda hija del general.

—¡Qué oportuno es este Adolfo! Pues, hombre, si no la gustara, no se casaria.

—En lo que nada hubiera perdido, observó otro.

—¿Por qué? preguntaron varios.

—Porque vosotros conocéis á Cárlos tan bien como yo, y sabéis que no es á propósito para marido.

—Está muy enamorado esta vez....

—¡Bah! ¡Como siempre! Cárlos no se enamora, se impresiona: su ilusion vive un dia, y pasa sin dejar huellas ni en su alma ni en su memoria.

—Pues yo creo que está cansado de la vida de calavera, de versátiles amoríos; su mujer es hermosa, y si como parece, es buena y tiene talento, quizás logre fijar su corazon.

—Si su mujer es buena, tanto peor para ella, pues será una mártir.

—Creo que calumnias á Cárlos...

—No tal: vosotros le habeis visto como yo olvidar en un momento lo que parecia que llenaba su vida: ¿recordais el amor que decia profesar á una extranjera cuando vino á Sevilla? Nada queda hoy de él en su corazon, donde se gastan con admirable facilidad los sentimientos.

—Luis tiene razon; Cárlos hará desgraciada á esa preciosa niña, y ¡qué diablos! no me pesaria á mí el encargarme de consolarla.

Una carcajada contestó á estas palabras, y todos se levantaron para volver al salon, donde la novia, que habia vuelto en sí, y que estaba más pálida que el azahar de su prendido, apoyada en el brazo de su esposo, recorría el salon, contestando dulcemente á las preguntas que se la dirigian.

María de Osorio tenia diez y ocho años. Los largos rizos de sus cabellos negros caian en caprichosas ondulaciones sobre su desnuda espalda, tan blanca, tan fresca, tan suave como las flores que entre los rizos la acariciaban.

Sus ojos negros eran magníficos: ojos ardientes, atractivos, acariciadores, que aún se ven en Andalucía como una herencia de la raza africana; ojos cuya mirada á un tiempo quema y refresca el alma.

Su rostro blanco y pálido, dulcemente oval y de suaves contornos, parecia iluminado por aquella mirada de fuego, mitigada á veces entre la espesa franja de sus pestañas.

Su boca, algo grande, pero de frescos y rojos labios, sonreia, mostrando una blanca y preciosa dentadura, y en su sonrisa habia tanta dulzura, tan ingénuo candor, que formaba un extraño contras-

te con la profunda mirada de sus ojos.

Llevaba con admirable gallardía un traje de gro blanco orlado de encajes, que se recogían en el lado izquierdo de la falda con un ramo de azahar y rosas blancas, y su alta estatura lo parecía aún más por su espléndida y elegante cola.

María con el traje virginal que la adornaba, con los ondulantes rizos de sus hermosos cabellos sueltos por la espalda, la hermosa garganta, los admirables brazos desnudos y velados entre las ondas de encaje de su largo velo, á través del cual se escapaban los movibles destellos que arrancaban las luces á los brillantes de su aderezo, parecía una sacerdotisa de Vesta, destinada á avivar el fuego del altar sagrado.

El jóven que la daba el brazo formaba con ello una pareja encantadora.

Su estatura mediana era elegante, y muy distinguidas sus maneras.

Sus ojos pardos tenían una mirada firme, pero sin expresión; en ella se advertía el cansancio: diríase que no esperando ver nada nuevo, se fijaban en todo con hastío.

Su boca tenía una imperceptible contracción, que no alcanzaba á ocultar el ligero

bigote que la sombreaba, y que tanto podía ser desdeñosa como amarga. Sus facciones, correctas y simpáticas, ofrecían á los ojos del observador los rasgos de una de esas naturalezas frías, metódicas, concentradas, que pueden ser inofensivas si se les deja ser lo que el instinto de su medianía les hace esperar, pero que cambian de una manera terrible si un sacudimiento moral despierta sus pasiones.

Cárlos tenía veintiseis años, y hacia muchos que habia perdido á sus padres.

Habia quedado bajo la proteccion de su tío D. Antonio de Rojas, que débil por carácter, lo fué aún más con su sobrino, convirtiéndose en juguete de su tiránica voluntad.

Le habia dado, es verdad, una educacion brillante; pero ella no hizo más que suavizar, embellecer su exterior, amoldando sus acciones á la forma social, sin poder elevar el sentimiento moral de aquella jóven alma, á la que faltaba el recto principio de una voz severa que le señalase el deber.

Cárlos, acostumbrado á ejercer la presion de su voluntad sobre todo cuanto le rodeaba, á que nadie guiase sus sentimientos, modificando en ellos el desarrollo de

un extremado orgullo y una gran tenacidad, que formaban la base de su carácter; dueño de una opulenta fortuna que gastaba á su voluntad, á los veintiseis años, debía tener, y tenia, un corazon gastado, sin fé, sin entusiasmo, sin esperanza, y un alma muerta á todas las ideas grandes y generosas.

En esta noche, la expresion del orgullo satisfecho brillaba en su mirada; se conocia que acababa de alcanzar un triunfo en algun grave empeño, pues su habitual frialdad desaparecia bajo un aspecto de apasionada ternura que dulcificaba las hondas huellas que el hastío de todos los placeres habia impreso en su rostro.

—¿Te sientes mal? preguntó con interés á María.

—No: pero esta agitacion me fatiga.

—Ven un momento á este balcon; la noche está templada, y el respirar el viento te hará bien.

En Sevilla las noches de primavera son tibias, perfumadas, hermosísimas; el cielo tiene un azul tan trasparente, tan puro, tan limpio, que las estrellas que brillan en él parecen otras tantas chispas de oro que salpican un suave toldo de seda.

Desde la casa del general Osorio, situada en un extremo de la calle de la Victoria, se veían algunos de los naranjos que adornan la hermosa plaza de la Infanta Isabel muy cercana, y se aspiraba el fuerte perfume desprendido de sus blancas flores.

No había luna, pero esa sombra vaga, indecisa y azulada de las noches serenas, unida al ténue reflejo que las luces enviaban al balcon, á través de los extendidos cortinajes, hacían que la esbelta figura de María apareciese con todos sus encantos.

Cárlos estuvo algunos instantes contemplándola con éxtasis, y al fin la dijo con un acento que hacía tembloroso la pasión:

—¡Ya eres mía! ¡Mía para siempre!

María nada contestó, pero una nube de rosa vagó un instante sobre su frente y sus mejillas.

—¡Qué hermosa estás, María de mi alma! continuó: ¡cuánto te amo!... Nada me dices, ¿no me amas tú?

Y rodeando con su brazo la gentil cintura de María, la atrajo hácia sí y la besó en la frente.

—¡Ah! tú no me quieres, pues mi primera caricia te hace temblar, dijo con desaliento al sentir á María estremecerse.

—Hasta hoy no te he amado, Cárlos; yo no sé mentir, pero ya tengo el deber de amarte, y mi corazón sabrá cumplirlo: no lo dudes.

—Es decir, que si yo no hubiese alcanzado de tu padre que me concediese tu mano; que si yo no me llamara ahora tu esposo te sería indiferente, dijo Cárlos con un acento en que se traslucía un ligero tinte de amargura.

María volvió á guardar silencio, como si aquella conversacion le fuese penosa.

—Dime, pues, ¿qué sentimiento te inspiraba yo?

—Una inmensa gratitud por tu cariño hácia mí.

—¡Gratitud! dijo Cárlos con tristeza; nada tienes que agradecerme, María: al hacerte mi esposa, obedezco á una imperiosa necesidad de mi alma; yo necesito tu amor como el aliento de mi vida; yo quiero tener la seguridad de que, ya que no me ames, tampoco amarás á otro.

—Yo te amaré Cárlos, sí; no es culpa mia si no te amo ya.

—Eres la primera mujer que me dice *no te amo*, y hasta eso me enamora en tí; tú, ángel mio, no sabes ocultar el sentimiento

de tu corazón, y aunque el oírte me haga daño, me encanta tu franqueza. Yo sabré hacer que me ames, María de mi alma; yo te haré tan feliz como se puede ser en la vida; tu voluntad será la mía, tu amor me compensará después de cuantos sacrificios me imponga por alcanzarlo.

—Gracias, Carlos, gracias; yo nada sé de la vida; pero si sufres, tendrás quien sufra contigo; yo espero también hacerte feliz.

—¡Oh! ¡Qué orgulloso estaré al presentarte como mía á mis amigos! Mañana nos iremos á Madrid, y después á donde tú quieras; tengo deseo de que te conozcan, de que me envidien....

—¡Mi pobre papá quedará solo!... dijo con pena María.

—Puede ir con nosotros.

—No quiere salir de Sevilla....

—Pues bien; ya volveremos cuando tú quieras.

—¿Dónde os escondéis, que os estoy buscando hace una hora? dijo apareciendo en el balcón un anciano de fisonomía franca y simpática: vamos, venid, hijos míos; ¡qué diablo! tiempo teneis de estar solos; se os espera para pasar al *buffet*.

Mar a, ruborizada y conmovida, se apoyó en el brazo de Carlos, y pasaron á otro elegante salon, donde habia una mesa espléndidamente servida.

Dos horas despues los convidados se alejaban, y María se despedia llorando de su padre para ir á ocupar la casa de su esposo, lujosamente adornada para recibirla.

CAPÍTULO II.

La noticia.

Magdalena Cassini, condesa de Clara-val, habitaba en Madrid una preciosa casa dé la calle de Atocha.

Apénas hacia dos meses que la bella italiana habia llegado á España, y ya era conocida en el gran mundo por el lujo de sus trenes, lo agradable de sus fiestas, y su elegante manera de vestir, que tan distinguida la hacia.

Se creia viuda á la encantadora condesa, y nadie preguntó de dónde venia ni á dónde iba, para acudir á sus invitaciones; se la rodeó, se la prodigaron las más galantes atenciones, sin tratar de esclarecer el misterio que la rodeaba.

Se cree á la sociedad exigente: ¡error! la sociedad tiene tambien sus hipocresías; quiere una apariencia que le sirva de disculpa; lo acepta todo, siempre que se le presente bajo una forma agradable.

Magdalena fué perfectamente acogida por la buena sociedad, á la que cada Jueves reunia en sus salones para ofrecerla un delicioso té.

A mediados de Abril se veian una noche reunidos en un comfortable saloncito, lleno de luz y decorado de una manera que daba á conocer el buen gusto de la dueña de la casa, los que ella llamaba sus amigos.

Nada más encantador que estas fiestas de confianza, ofrecidas por una mujer tan distinguida.

Magdalena tenia treinta años.

Su belleza, algun tanto ajada, nada decia á primera vista; pero á medida que se la conocia mejor, producía una vaga impresion atractiva, simpática, que crecía hasta convertirse en un gran interés.

Sus maneras tenian esa soltura, esa distincion que sólo se aprende con la costumbre de frecuentar la sociedad, y su conversacion, siempre agradable, siempre interesante, era uno de sus mayores encantos.

Habia en sus labios una eterna sonrisa, que tanto podia ser de malicia como de bondad; se habria creido que, habituados á este gracioso movimiento, no sabian hacer otro.

Su mirada, algo vaga, algo fria, se animaba á veces con un ligero relámpago, que oscurecia instantáneamente el color azul de sus ojos, y que se apagaba al momento como bajo el poder de su voluntad.

En esta noche, Magdalena vestia un traje de seda gris con ligeros encajes negros, y un aderezo de brillantes.

Despues de cruzar el salon dirigiendo á cada uno de los convidados una palabra y una sonrisa, la condesa vino á sentarse junto á una bella jóven, blanca y rubia, con ojos azules, que vestia un traje de seda rosa, entreabierto en su pecho sobre una camiseta de encaje, sobre la cual caia una cruz de oro pendiente de una cinta de terciopelo negro que rodeaba su cuello.

—Esta noche, Luisa, tienes una expresion de alegría que consuela mirarte, dijo Magdalena con cariño á la preciosa jóven.

—¿Concibe Vd., condesa, que un ángel pueda estar triste? preguntó con galantería

un jóven capitan de húsares que se hallaba á su lado.

—César tiene razon, dijo la condesa sonriendo.

Luisa, que habia sentido encenderse sus mejillas con esta galantería, les dijo dulcemente:

—Mi alegría tiene una causa muy natural: hoy he visto á una amiga mia á quien quiero mucho, que hace dos años salió del convento de las Salesas, donde yo estaba, para volver con su padre; de todas las compañeras era la que yo más queria; hace unos dias que se ha casado y al venir á Madrid, su primer cuidado ha sido ir á verme.

—¿Cómo se llama esa amiga, Luisa? dijo César, que habia palidecido, y demostraba, al hacer esta pregunta, una ligera inquietud.

—Se llama Maria de Osorio.

—¡María! ¡María! dijo César, que temblaba, y en cuyos ojos ardia como un relámpago de dolor y desesperacion: ¿eso no puede ser!

—Hace dos horas que la he visto con su esposo: ¿la conoce Vd., César?

—Sí, la conozco, ó al ménos creo que es

ella á la que yo conozco con ese nombre, dijo con amargura; y ¿con quién se ha casado?

—Con un jóven muy simpático y que parece amarla mucho; con Cárlos de Rojas, marqués de la Rivera.

La condesa, que oía distraída la conversacion que sostenian los dos jóvenes, al oír este nombre se volvió bruscamente y preguntó á Luisa con voz trémula:

—¿Qué dices?

—Hablabá, condesa, de una compañera mia de colegio que se ha casado en Sevilla con el marqués de la Rivera....; pero ¡Dios mio! ¿qué tienes? exclamó al ver que Magdalena, más pálida que el pañuelo de batista que llevaba con angustia á sus labios temblaba de un modo convulsivo, y sus ojos brillaban de una manera extraña.

Pasó algo poderoso por el pensamiento de la condesa, como un enérgico mandato de su voluntad, como un esfuerzo supremo de su razon, y lentamente su semblante fué dominando la emocion que lo habia alterado, y adquirió su constante sonrisa; solo quedó en él de la pasada lucha una palidez de espectro, que hacía más sombría su calma glacial.

—No; no es nada, Luisa mia, contestó dulcemente y con una voz perfectamente serena; un poco de desvanecimiento.... ¡hace ya mucho calor!...

—Más vale así: ¡creí que te ponias mala!

—Gracias: te felicito, añadió sonriendo, por la venida de tu amiga: ¿estará mucho tiempo en Madrid?

—Creo que hasta Junio....

—¡Ah! entónces ya tendré ocasion de conocerla: ¿dónde vive?

—Calle de Alcalá, número...

—¿Qué tiene Vd., César? Parece que sufre, dijo Magdalena, volviéndose hácia el jóven capitan, y observando con una rápida mirada la alteracion de su rostro.

—No estoy bueno, señora.

—No debia Vd. salir en la convalecencia de una herida tan grave.

—Tiene Vd. razon; debe haberme hecho daño, y voy á retirarme, si Vd. me lo permite.

Un momento despues César Saavedra abandonaba con la cabeza ardiendo los salones de la condesa de Claraval.

Esta sostuvo su aspecto sereno hasta que el último de los convidados se hubo alejado, y entónces hizo explosion la deses-

peracion que bajo su aparente calma se contenia.

—¡Casado! se repetia llorando de una manera nerviosa: ¡casado, y me deja perdida! ¡Oh! ¡Cárlos, Cárlos! ¡Yo te devolveré todo el daño que me haces! ¡Yo arrojaré á tus piés, manchado y destrozado, ese ídolo que hoy se levanta en tu corazon, teniendo por pedestal mi recuerdo! Sí: ese César se turbó como yo al oír la noticia de su casamiento; debe conocer á esa mujer, amarla sin duda; pues bien, si se aman, yo sabré ponerles frente á frente, y entónces.... ¡ah! entónces Cárlos sufrirá en su amor y en su orgullo como yo sufro hoy: ¡Cárlos verá que no se destroza impunemente un corazon como el mio!...

CAPITULO III.

César.

César se dirigió apresuradamente á su casa.

—Mi hermana debe saber algo, se decia; es su amiga, acaso la ha visto...

En algunos momentos llegó á la calle

de la Reina, en donde estaba la hermosa casa que habitaba su padre, D. Francisco de Borja Saavedra, marqués de Velez.

—¿Y mi hermana? preguntó al criado que le estaba esperando.

—La señorita creo que está ya acostada; el señor marqués es el que está en su despacho.

—Está bien; espérame en mi cuarto.

César siguió una galería alfombrada, y se detuvo ante una puerta, á través de la cual se veía luz.

—Buenas noches, papá, dijo entrando.

—¿Eres tú, César? Dime cómo vienes, pues tu salida me tenia disgustado, dijo levantándose y dejando el libro en que leía el marqués, que tendria unos sesenta años, y una fisonomía extremadamente simpática.

—Ya estoy bien, papá, completamente bien; no tengas cuidado por mí: ¿y mi hermana?

—Ya dormiré, hijo mio, pues hace más de una hora que se fué á acostar.

—Voy á verla: buenas noches, papá; hasta mañana, dijo saliendo del despacho de su padre.

Entró en un saloncito de tocador, en donde todo demostraba que acababa de

desnudarse allí una mujer, pues sobre las pequeñas butacas habia un traje y algunas blancas enaguas; en el tocador, joyas y lazos, todo en el mayor desórden.

César siguió y levantó las extendidas cortinas de la puerta del dormitorio. La suave luz de una lámpara de noche iluminaba un cuadro delicioso.

En una cama de bronce dorado, medio velada entre cortinas de encaje, que se recogian con lazos azules, habia una jóven dormida, y en su encantador abandono aparecia bellísima.

La colcha de seda azul y el encaje de la sábana se arrollaban bajo la presion de su brazo, y dejaban descubierto, entre los encajes de una camisa de batista, un cuello y un hombro tan blancos como ella, y de una forma admirable.

Algunos rizos de cabellos castaños caian en delicioso desórden por la espalda de la jóven dormida, que sonreia en su sueño.

César la contempló un momento con delicia, se inclinó sobre el lecho, y besándola en la frente, la dijo con dulzura:

—¡Aurora!

La jóven abrió los ojos suavemente, y sonrió á su hermano.

—¡Ah! ¿Eres tú, César? Me has quitado un bello sueño, dijo, devolviéndole el beso.

—Perdóname si te desvelo, pero tengo que hablarte, dijo César sentándose sobre la cama de su hermana, y cubriendo sus brazos con cariño.

—¡Dios mio! ¿Qué te sucede? Estás pálido y me hablas de una manera tan grave.... Dime pronto.

—¿Hace mucho tiempo que no te escribe María, no es verdad?

—Sí, hace algun tiempo; pero no sé á qué venga....

—¿Sabes por qué no te escribe? continuó César con voz que temblaba; ¡porque se ha casado!

—¿Qué dices? dijo Aurora sorprendida, mientras se incorporaba y sujetaba con su linda mano su camisa de dormir, cerrada sobre su pecho: ¿que se ha casado María? ¡Y sin decirnos nada! ¡Eso no es posible!

—Está en Madrid con su esposo.

—¿La has visto tú?

—No; pero me lo ha dicho Luisa Miranda, á la que he visto esta noche en casa de esa condesa italiana: se ha casado con el marqués de la Rivera.

Al decir esto las facciones de César ex-

presarcn un sentimiento tan vivo, que Aurora le miró sorprendida.

—Y bien, hermano mio, aunque así fuera no sufras: María, al parecer, te ha olvidado; quizás ha creído que vuestras promesas de niños no tenían valor, ó acaso ha obedecido á su padre. De todos modos, es ya imposible para tí: olvídala.

—¡Que la olvide! ¡Que la olvide cuando ella era mi vida! Pero, tienes razon: no merece ya mi amor! ¡La olvidaré! Supongo que vendrá á verte....

—La espero; me queria mucho.

—¡Ah! dijo César tristemente: ella olvida con mucha facilidad; pero si viene....

—¿Qué? preguntó Aurora al ver que su hermano se detenía.

—Nada: no quiero que la hables de mí.

Y besando á su hermana cariñosamente, se alejó del dormitorio.

—¡Ah! decía Aurora al sentir sus pasos que se perdían á lo léjos. ¡Cuánto sufre, él, tan bueno, que la amaba tanto! ¡Ingrata! Pero no quiero culparla sin oírlo: yo la veré y sabré lo que la ha obligado á casarse.

César llegó á su cuarto, y despidió al criado que le esperaba.

—Me desnudaré solo, le dijo; puedes irte.

César, sentado delante de una mesa, estuvo contemplando algún tiempo un retrato que sacó de uno de sus cajones, y un ramo de violetas marchitas.

—¡Cuando me dió estas flores, me amama! murmuró con amargura.

Dejémosle por un momento, para explicar á nuestros lectores la causa de su dolor al saber el casamiento de María.

Cuando ésta tenia diez años, perdió á su madre, y el general, que no sabia á quién confiar su niña, la trajo á Madrid para ponerla como educanda en el convento de las Salesas.

Amigo íntimo del marqués de Velez, le recomendó el cuidado de su hija; y el marqués, que queria mucho á su amigo, tuvo para con María todas las atenciones y el cariño de un padre.

Aurora tenia en esta época ocho años, y César catorce: muy pronto les unió á María un cariño fraternal.

El Domingo era el dia esperado con afan por los tres niños, pues siempre lo pasaban juntos.

César, que llevaba ya con orgullo el uniforme de alférez, y era un gallardo jóven,

perdía á veces en ese día su graciosa gravedad para enredar los juegos de su hermana, y cojer flores para María en los jardines.

A medida que pasaba el tiempo, el cariño que unia estos tres corazones se hizo más íntimo, más familiar, más preciso.

Cuando María cumplió catorce años, César, que hacía algun tiempo la hablaba con una reserva mezclada de confusion, le dijo con esa encantadora timidez que acompaña siempre á nuestro primer sentimiento:

—María, yo quisiera que tú no olvidaras nunca el día de hoy.

—¿Por qué le he de olvidar? preguntó María con el candor de su edad.

—Porque acaso cuando vuelvas á Sevilla no pienses más en los que aquí tanto te quieren.

—Yo te querré siempre, César, dijo María con calor.

—Y no querrás nunca á otro, ¿no es verdad? la preguntó con acento trémulo, y asiendo sus manos César.

María se sonrió mirándole; y como si hubiera gozado en prolongar la expresion de agonía que demostraba la mirada de César, le dijo lentamente:

—¡Sólo á tí!

—¡Ah, María! Es que tú quizás no sabes lo que me ofreces: ¡eres tan niña! pero yo tengo ya diez y ocho años, y sé muy bien lo que te digo. Yo te amo; yo quiero que no me olvides; que me ames tú, y luégo, cuando yo sea capitan, y seas tú una hermosísima jóven, serás mi esposa.

María le escuchaba ruborizada y confusa; estaba tan acostumbrada á pensar en César, á consultarle primero todos sus juegos, despues los adelantos de sus estudios, que, al oirle unir sus destinos con sus esperanzas del porvenir, le parecia que eso era quizás lo que ella anhelaba en el vago sentimiento que no comprendia, y su corazon empezaba á despertar al eco de esta voz querida, como empieza á entreabrir su cáliz el lirio del valle con el primer rocío de la mañana.

—Toma, María, la dijo César algunas horas despues, ofreciéndola un ramo de pensamientos; guarda siempre estas flores en memoria de este dia, que me has prometido no olvidar.

La niña le guardó, y presentó á César un pequeño ramo de violetas.

—Tambien quiero yo que tú le recuerdes, y te he cogido estas flores.

—Gracias, la dijo César con alegría; te aseguro que las guardaré toda mi vida.

Dos años pasaron aún viéndose y amándose con un amor que confundían con el de hermanos.

En esa edad el corazón se satisface con muy poco; es tan grande, que se basta á sí mismo.

Después, cuando al avanzar en la vida, vemos desarrollarse ante nuestros ojos nuevos horizontes, la ambición crece, y ¡cosa extraña! entónces es cuando no hallamos ni un átomo de felicidad.

Una mirada, un suspiro, una flor que se cambia, un pensamiento que se adivina, una frase que se murmura rápidamente.... Hé aquí en esa edad los gérmenes de la dicha.

María y César en estos dos años se amaron cuanto podían amarse, y apenas una palabra de amor se cruzaba entre ellos.

Tenían la seguridad de sus sentimientos; tenían la seguridad del porvenir en la confianza de su sencillo candor, y nada más pedían.

Es verdad que generalmente, cuando la vida afluye al corazón con el primer sentimiento, hay pocas, muy pocas palabras para expresarlo; después, cuando el corazón

se enfria, cuando el amor y la esperanza cruzan por él como un meteoro luminoso que alumbrá por un momento el abismo que ahonda el desengaño, entónces, como una compensacion muy justa, es la palabra la que adquiere ese calor, ese fuego que parece irradiar del alma, y que es ménos cierto cuanto es más visible.

Vino á despertarles de este sueño de cielo un acontecimiento muy natural.

D. José de Osorio se levantó una mañana de mal humor, y se dijo que su hija tenia ya diez y seis años, y podia estar á su lado consolando su vejez.

César comprendió que María era para él la vida al separarse de ella, pero tenia veinte años... ¡Hermosa edad, que extiende un velo de color de rosa ante nuestra vista! Era teniente, y se dijo que pasado algun tiempo, podria tenerla á su lado para siempre.

María y Aurora se escribian, y siempre en estas cartas cambiaban los dos amantes algunas palabras, ó una flor encargada de suplirlas con la suave voz de su perfume.

Cuando estalló la guerra con Africa, César fué á la gloriosa campaña, y herido gravemente al tomar á la cabeza de sus

soldados un punto estratégico de la mayor importancia, fué ascendido á capitán, alcanzando además una honrosa condecoración como premio á su valor.

Cuando César volvió á Madrid, convaleciente aún, su primer cuidado fué pedir á su hermana noticias de María; pero ésta no las tenía, pues hacía tiempo que no escribía.

César, que esperaba realizar sus deseos y unirse á María, extrañó este silencio; pero jamás pudo imaginar la causa de él.

Ya hemos visto de qué manera llegó á saberlo, y cuán natural era su desesperación, pues la suerte tiene esas traidoras asechanzas; hiere cuando ménos se espera el golpe.

CAPÍTULO IV.

¡Hermanos!

En uno de los primeros días del mes de Mayo se hallaban reunidos en un pequeño saloncito con balcones al jardín el marqués de Velez y sus dos hijos.

Serian las cuatro de la tarde: Aurora arreglaba unas flores que tenía extendidas

sobre el velador en unos pequeños jarrones: el marqués leía un periódico; César miraba desde el balcon en que estaba los jardines, que se cubrian de flores al soplo mágico de las auras de primavera.

—Papá, dijo Aurora volviéndose y dejando por un momento sus flores: ¿no sabes lo que sucede?

—Veamos qué es, dijo el marqués con bondad, abandonando el periódico en que leía.

—Que María de Osorio se ha casado, y que está en Madrid.

—¿Sabes, Aurora, dijo el marqués sonriendo, que tus noticias son muy atrasadas?

—¡Cómo! ¿Lo sabias?

—Me lo escribió su padre, hija mia; ¿cómo querias que hubiese cometido la grave falta de no participárnoslo?

—¡Como nada nos has dicho!...

—Preocupado con el peligro en que estaba César, no he pensado en otra cosa; pero no por eso olvidé enviar á la bella novia un recuerdo en vuestro nombre, y otro en el mio.

Antes que Aurora tuviese tiempo de contestar apareció un criado y anunció á los marqueses de la Rivera.

Un momento despues Aurora y María confundian sus lágrimas y sus besos, y César, pálido é inmóvil, las miraba sin poder dominar la vivísima emocion que sentia.

María, al desprenderse de los brazos de Aurora, fué recibida en los del marqués, que la estrechó contra su pecho, besándola en la frente; despues, tendiendo su mano á Carlos, le dijo conmovido:

—He visto á María crecer entre mis hijos y comparte con ellos el cariño de mi corazon; su esposo será siempre para mí un amigo.

—Acepto esa amistad que me honra, y agradezco el cariño que Vd. profesa á mi esposa, dijo Carlos con frialdad.

—María se volvió hácia César, y tendiéndole la mano, le preguntó con anhelo:

—Y tú, ¿cómo estás?

—Ya estoy bueno, María; gracias por tu interés.

—Hoy comereis con nosotros, dijo el marqués: no admito excusas, añadió al ver que Carlos iba á contestar: mi cariño me da derecho para ser exigente.

Hubo algunos momentos de ese embarazoso silencio que sucede siempre á las primeras palabras de una primera visita: pa-

recia que todos temian descubrir sus sentimientos.

El marqués empezó á preguntar á Carlos por su amigo Osorio, y á lamentar que no les hubiese acompañado. Al fin Aurora se levantó y dijo:

—Me llevo á María; voy á enseñarla las flores del jardin.

—Y yo, dijo Carlos levantándose, pues que María queda tan bien acompañada, voy á ver, si me lo permiten, á un amigo que me espera.

—A las siete comemos, dijo el marqués.

—Vendré ántes, contestó Carlos inclinándose ligeramente ante el marqués y César que le acompañaron hasta la puerta del salon: adios, señorita; hasta luégo, María.

Momentos despues María y Aurora asidas de las manos, cruzaban por las calles de árboles del jardin, y César las seguia con la vista desde el balcon.

Las dos jóvenes formaban un grupo encantador.

María alta, esbelta, con los hermosos cabellos negros recógidos en trenzas y agrupados en su cabeza de una manera be-

lísima; vestida con un traje negro que se entreabría en su pecho en una ancha solapa, dejando ver la agitación con que se levantaba su seno blanco como el marfil; Aurora, de estatura mediana, riante, sonrosada, fresca como las flores que llevaba en la mano, vestida con un traje blanco salpicado de ramitos azules, y un cinturón azul como sus ojos; llevando los cabellos recogidos en una redecilla del mismo color, con menudas perlas, y como el principal adorno de su *toilette* la dulce belleza de sus diez y seis años; las dos niñas, vistas á lo léjos, entre floridas enramadas que formaban sobre sus cabezas un flotante toldo de verdura, parecían dos modelos de las *doncellas* del Ticiano, animados por el beso de un nuevo Pigmaleón enamorado de su obra.

—María, decía Aurora procurando dar á su voz una gravedad que seguramente no tenía; has sido muy ingrata para conmigo, y sobre todo, añadió vacilando, para César; no nos has escrito siquiera para participarnos tu casamiento.

—¿Qué no os he escrito?... preguntó María vivamente. ¿Has podido creerlo? Sí, te escribí.

—¿Cuándo?

—Cuando mi papá escribió al tuyo.

—¡Ah! dijo Aurora, que adivinó con ese instinto natural en la mujer lo que había sucedido: entonces mi papá temió que en el estado de César le hiciese daño esta noticia, y nos ocultó tu carta. Dime, María, continúa: ¿eres feliz?

—¡No lo sé! contestó ésta apoyando su cabeza en el hombro de su amiga. Carlos me ama, adivina todos mis deseos, y, sin embargo, hay como un vacío alrededor de mi corazón.... Las ideas de Carlos, sus aspiraciones, sus sentimientos, ¡son tan distintos á los míos! El, hombre de mundo, emplea su talento en escarnecer su corazón; él no cree en nada grato, en nada dulce, en nada puro. Todas esas sensaciones que yo creo necesarias para formar el claro-oscuro del cuadro de la vida, él las cree ridículas hipocresías; todos los sentimientos que llenos de vida brotaban en mi alma, se van secando bajo el hielo de sus burlas; él niega todo lo que yo creo, y cree en lo que yo, apoyándome en el instinto de mi corazón, niego. Hace dos días estaba yo en el balcón de mi gabinete, cuando una pobre mujer, cubierta de andrajos, se me acercó

para pedirme una limosna, llevando en sus brazos un niño casi desnudo.

—Espere Vd., hermana mia, le dije; y corrí á tomar un pañolón de abrigo y algunas monedas para darlo á la pobre madre.

Cuando yo iba á salir á la antesala llegaba Cárlos, y me preguntó sorprendido:

—¿A dónde vas, querida mia?

Yo dudé un momento, y al fin le dije, no sin vacilar:

—Iba á dar á una pobre mujer que está en la calle este pañuelo y estas monedas.

—¡Ah! ¡ah! me dijo riendo á carcajadas: ¿eres filántropa?

—No; soy caritativa, porque Dios nos manda tender al pobre nuestra mano, le dije con seriedad.

—Vaya, no te me enfades, hija mia, por tan pequeña cosa, pero toma mi consejo: llama á un criado y que entregue lo que quieras á la mendiga; sentiria que tus bonitas manos tocasen sus asquerosos andrajos.

Yo le miré con asombro, y ántes de que pudiese contestarle tiró del cordon de una campanilla, y se presentó un criado.

—Lleve Vd. eso á donde la señora le mande, le dijo sin mirarlo.

—No, Cárlos, no: voy á dárselo yo; tocar la mano del pobre no deshonra.

Y bajé rápidamente la escalera para entregar á la mendiga la limosna que le llevaba.

—Que Dios la bendiga, señora; yo le pediré todos los dias de mi vida por la de usted, me dijo aquella pobre mujer.

Sus palabras me conmovieron tanto, que sentí brotar las lágrimas en mis ojos. Cuando subí, Cárlos fumaba tendido en una butaca; al verme, se sonrió irónicamente, y me dijo:

—Te aconsejo, querida, que te perfumes: el olor de esas gentes no siempre es muy aceptable.

—Cárlos, le dije yo tristemente: ¿por qué has de burlarte de los mejores sentimientos del corazón? Tú eres bueno, y tienes como orgullo de no parecerlo: si al conocer la sociedad hubiese que despreciar en ella todas las acciones que ennoblecen á quien las practica; si al tener experiencia no hemos de creer más que en lo indigno y en lo miserable, es mejor, créeme, vivir en la santa ignorancia de todos sus misterios, y tener fé en lo desconocido, sin querer llegar á analizarlo.

Cárlos me miraba sonriendo, queriendo ocultar la emocion que mis palabras le producian.

—¡Admirables teorías! me dijo al fin: ¿sabes, doctorcita, á dónde llegarías si fueses á dar un abrigo á todo el que te dijese que tenia frio? Pues al cabo tendrías tú que pedirle á tu vez.

—Yo no tengo la pretension, le contesté sin ocultar mi disgusto, de remediar todos los males, de consolar todas las penas; pero si encuentro en mi camino un sér que sufre y puedo darle un consuelo, lo haré así, á pesar de tus burlas.

—Puedes hacer lo que gustes, me dijo con indiferencia; jamás te preguntaré en qué has invertido la cantidad que para alfileres te está señalada.

Muchas veces despues de esto, Aurora mia, he recordado sus palabras, y mi corazon se ha estremecido.

—¿Tendré yo, me he preguntado, que ocultar mis sentimientos para que no choquen con los suyos, sosteniendo un contínuo martirio, ó logrará viciarlos tambien con su constante ejemplo?

Las facciones de Aurora reflejaban una profunda pena al oír á su amiga.

—¡Ah, Dios mio! la dijo al fin: ¡mi pobre María! ¡Cuánto más feliz!...

No terminó su pensamiento, porque sus mejillas se cubrieron de rubor, y quedó confusa.

María, como si hubiese adivinado lo que Aurora no se atrevía á decir, se ruborizó también.

—¡Yo creí que le amabas! exclamó con su ingénuo candor Aurora.

—¿A quién? dijo María.

—A César.

María se puso extremadamente pálida, y sus labios temblaron, como temblaban con el viento las hojas de las rosas que tenía en la mano; dudó un instante, y mirando á todos lados como si le diese miedo lo que iba á decir, murmuró con voz queda:

—Sí; yo le amaba....

El viento que vagaba entre las cabezas de las dos jóvenes no debió sentir las palabras de María: ¡tan débiles fueron!

—¿Y por qué te has casado? ¡Hubiérais sido tan felices!...

María no pudo contestar, porque el marqués y César aparecieron en la calle de árboles que conducía al pabellon donde hablaban las niñas.

María fijó en César una mirada absor-ta, y merecía en verdad esta prueba de in-terés.

Era alto y elegante; su precioso unifor-me de húsar marcaba vigorosamente la gallarda forma de su talle: su cútis blanco tenía entónces ese ligero color tostado que el soldado adquiere en campaña, como si el sol y el humo de la pólvora le oscureciesen; su cabello negro se rizaba graciosamente sobre sus sienes, sombreando una frente ancha y tersa, donde un frenólogo hubiese podido hallar los rasgos de un gran ta-lento.

Sus ojos negros eran hermosísimos, gran-des, atractivos, soñadores.

Las pestañas que los adornaban eran tan largas, tan rizadas, tan espesas, que cuan-do aquellos ojos se inclinaban formaban so-bre sus mejillas una ancha franja de seda.

Su boca no tenía la perfección que hu-biera soñado un artista, pero tenía en cam-bio un movimiento muy gracioso; su den-tadura era tan blanca, tan fino y suave el bigote que cubría su labio superior, que cuando sonreía sabía despertar simpatías.

—Pero, Aurora, dijo el marqués al lle-gar cerca de ella; lo que tú haces, en buen

castellano se llama *egoísmo*: ¿no sabes que todos deseamos ver á María?

—Vamos, continuó bondadosamente, á coger flores, niñas, y tiempo habrá de continuar la conversacion.

Y ocupando el banco en que las dos amigas habian descansado:

—Vamos: aquí os espero con vuestras flores, les dijo.

Los tres jóvenes empezaron á cruzar el jardin: María sonreía con una expresion de felicidad, que daba á su rostro una dulzura infinita.

Al rodear uno de los cuadros de flores, se halló con César, que la miraba con una expresion tal de tristeza y de amor, que era imposible definir.

María se detuvo cortada y sin saber qué hacer; César avanzó como el que toma una resolucion definitiva, y se acercó á ella.

—Te ruego que aceptes mi brazo, María, le dijo: tengo que hablarte.

María, trémula y encendida, apoyó su pequeña mano en el brazo de César.

—Dispénsame si te hablo del pasado en este sitio lleno de su recuerdo; pero es preciso para ocuparse del presente y del porvenir. No temas, prosiguió al sentir que la

mano de María temblaba ligeramente sobre su brazo; no temas que al recordarlo te culpe por no haber cumplido lo que en él prometiste, nada puede exigirse al corazón: sólo quiero que aquel recuerdo sirva de garantía á mis palabras. Yo no sé si tú me amaste entónces; eras muy niña para no equivocarte al juzgar tus sensaciones; pero ¡cuánto te amaba yo! Déjame decirte por la última vez que te amaba: hablo del pasado, añadió tristemente; al olvidar tus promesas me has hecho mucho daño; he sufrido tanto, que este sufrimiento ha cambiado el sentimiento que me inspirabas: hoy pienso sin amargura en que eres de otro.... ¡el pensamiento se acostumbra al dolor! Hoy vengo á decirte: María, olvida que mi corazón te consagró su primer latido; olvida que tú has sido por mucho tiempo el sueño de mi felicidad, y acepta el cariño de hermano que te ofrezco. No sé si amas á tu esposo; no quiero saberlo, pero deseo que seas feliz. Acaso llegue un día en que necesites mi cariño para que sostenga tu espíritu; quizás un brazo en que apoyarte con la confianza de que no te desviará de la senda de tu deber; tal vez una vida que por tí se sacrifique: en ese caso, María, piensa en el

amigo de tu infancia; llámame, y yo sabré ir á tu lado desde donde quiera que esté. Si eres feliz, olvídame; si sufres, dínelo, para sufrir contigo.

—Gracias, César, gracias, dijo María, que lloraba; acepto ese cariño purísimo que me ofreces; seremos hermanos, sí, hermanos de corazon, como lo hemos sido siempre.

María llevaba en la mano una pequeña rosa blanca, y algunas de las lágrimas desprendidas de sus ojos cayeron sobre ella.

—Adios, pues, hermana mia: esta vez no olvidarás tu promesa.

Y arrancando rápidamente la rosa que, como un rocío del corazon; habia salpicado el llanto de María, se alejó entre los árboles del paseo que seguian.

—¿Me habré equivocado al creer á mi hijo enamorado de esta niña? se preguntaba el marqués aquella noche al ver que César, perfectamente tranquilo, habia estado durante la comida hablando con el marqués de la Rivera de una manera atenta y afectuosa, y con una tierna solicitud para con María: ¡diablo de muchachos cómo varian y nos vuelven locos! ¡Bah! Tanto mejor; vale más verle conforme, porque de otro modo los dos hubiéramos sufrido.

CAPÍTULO V.

La cita.

Cuando Cárlos salió de casa del marqués de Velez, se dirigió á una elegante berlina que esperaba á la puerta.

—¡Al Retiro, dijo al lacayo, y á escape!

—¡Las cinco! murmuró consultando el reloj: ¡ya debe esperarme esa hermosura desconocida! ¡Cómo me cansan, continuó, esas escenas sentimentales que mi sentimental esposa me ha obligado á presenciar. ¡Me hacen el mismo efecto que una representacion de aficionados en un teatro case-ro! ¡Casi estoy por creer que casarse es un disparate! Yo quisiera en mi esposa algo de más malicia y de ménos bondad. Pero ¡bah! esto es una garantía: más vale así. Buscaremos, si nos aburrimos demasiado, estas propiedades en una hermosa y alegre amiga. ¿No le habrá ocurrido á ningun gobierno la idea de prohibir que á las niñas que han de casarse las educasen las monjas? Si yo tomase parte alguna vez en el laberinto de la política, propondria una ley para que á las niñas hermosas se las ense-

ñase no aburrir á sus maridos. Veremos si esa Circe que me dá una cita vale la pena de que se den un mal rato los caballos. A la verdad que ya me iba haciendo falta algo nuevo: ¡me fastidio soberanamente! Lo que no me gustaria era hallar á alguna antigua conocida. Y áun de ser así ¡qué diablos! yo necesito algo candente, algo embriagador, para que vuelva á latir mi corazon gastado hoy en el roce de la vida como las ruedas de una máquina en su continuo movimiento; pero héla aquí!!

Acababa de ver una elegante carretela, que estaba parada junto á los primeros árboles del Retiro.

—¡Idos á esperarme á la Castellana! dijo el marqués á sus criados.

Y bajando rápidamente, se fué hácia la carretela que le esperaba.

En ella habia una mujer vestida de negro, cuyo rostro se ocultaba bajo el espeso velo de su sombrero.

—Entrad, caballero, dijo á Cárlos; os esperaba.

—Siento haberme hecho esperar, señora: dispensadme.

Cárlos se sentó junto á la desconocida, sin mostrar ni ansiedad ni sorpresa: en

aquella alma ya no habia sensaciones; todas se apagaban en ella bajo su glacial indiferencia.

El carruaje se volvió; y como si obedeciese una órden recibida de antemano, empezó á andar lentamente hácia el Prado.

Cárlos no queria por orgullo interrogar á la desconocida, y callaba; una expresion de hastío, de cansancio, se notaba en su rostro.

La dama, que temblaba de una manera imperceptible, estuvo mirándole á través de su velo algunos momentos.

—Señora, dijo al fin Cárlos: se me ha llamado de una manera misteriosa, invocando, para obligarme á venir, mi honor de caballero, y espero saber á quién tengo la honra de hablar.

—Creí que mi voz te lo habria dicho, dijo ella levantando rápidamente su velo.

—¡Beatriz! ¿Eres tú?

—Yo no soy Beatriz, caballero; me llamo Magdalena Cassini, condesa de Claraval.

—¿Qué significa eso?

—Significa que mi nombre, manchado por tí, no me sirve, y he tenido que cambiarle.

—¿A qué has venido á España?

—A buscarte.

—Pues, Beatriz, ó Magdalena, como gustes; llegas un poco tarde, y lo siento.

—¡Tarde! ¿Por qué...?

—Porque acabo de casarme.

—Cárlos: yo creia que habia en tu corazon, ya que no amor, respeto al ménos para la que todo lo ha olvidado por tí. No creí que con esa indiferencia, más aún, con ese cinismo, me arrojas al rostro tu olvido y tu abandono; sabia tu casamiento, pero creí que tú te disculparias de algun modo para conmigo, porque tú no puedes olvidar lo que yo he sido para tí.

—No por cierto; á una mujer que vale tanto, no se la olvida; pero amiga mia, no vale la pena de mentir; tú sabes muy bien que sólo mi voluntad ha podido obligarme á ello: me enamoré de una niña muy bonita y franca como ella sola. Figúrate que aún no me ha dicho que me ama, porque no quiere mentir. Esta confesion me hiere en mi orgullo; pero acostumbrado á engañar y que me engañen, hallo un encanto infinito en ese ingenuo candor que se revela en todas sus palabras.

—¡Cárlos, eso es infame!

—¡Qué exageracion, Beatriz! Mal gusto quizás; pero infamia....

—Lo que es infame es tu proceder conmigo; lo que es infame es enloquecer á una mujer y decirle: abandona por mí tu casa, no pienses ni en tu porvenir, ni en tu honor, ni en tu conciencia; sacrificalo todo en aras de mi capricho, y por recompensa te dejo mi desprecio, mi abandono, mi olvido.

—Te aconsejo, Beatriz, que dejes ese estilo dramático, que te hace asemejarte á la Civili, tu bella compatriota, y que hablemos como buenos amigos. Me he casado, ya no hay remedio; pero ¡qué diablo! no se ha perdido todo; tú estás casada tambien. Mi mujer es muy hermosa; ya la conocerás; hubiera sido un sublime modelo para un escultor de Atenas; esto me disculpa en tu juicio, porque tú admiras todo lo bello. Yo tambien, y creo que la mejor obra artística es una mujer hermosa. Pero, créeme Beatriz; á pesar de su belleza, de su alma de ángel, de todas esas cualidades que la adornan, y que admiro, hay como un vacío en mi corazon que ella no sacia. Ella es lo puro, lo dulce, lo consolador; pero yo necesito, no al ángel que asido á mi mano me lleve á ese paraiso de la fé y

del amor que yo abandoné por mi voluntad, sino una especie de demonio que me impulse hácia adelante, que me lleve á lo desconocido, que me haga sentir algo nuevo, algo ardiente.... ¡Todo lo que conozco me cansa! Mi mujer será, pues, mi ángel bueno, y tú... tú el hermoso demonio que me vuelva loco.

—Gracias, Cárlos, por el lisonjero papel que me reservas en el drama de tu vida. Acepto, sí. Seré tu demonio; te arrastraré conmigo, y veremos si el ángel de hoy deja de serlo mañana.

—En ese caso, peor para ella. Pero, dime, Beatriz: ¿me explicarás cómo te encuentro en Madrid con un nombre que no es el tuyo?

—Ya te lo he dicho: he venido á buscarte. Cuando un dia no volviste á nuestra casita de Saint-Cloud; cuando apuré la agonía de esperarte en vano, sintiendo caer sobre mi corazon los instantes que pasaban como gotas de hiel que habian de quedar para siempre en su fondo, comprendí que no te veria más, y decidí venir á España á buscarte; yo no sabia dónde podias estar, pero me dije: su nombre es conocido; en Madrid habrá sin duda quien me hable

de él: vamos á Madrid. Yo hubiera podido volver con mi esposo, porque, creyéndome en Italia, me era muy fácil simular la vuelta de mi viaje; pero me era odioso engañarle: de todos los vicios, el que más repugno es la hipocresía; me parece poco castigo para él las capas de plomo con que el Dante cubre á los hipócritas del infierno de su *Divina Comedia*. Además, yo necesitaba libertad para buscarte; queria que justificases tu abandono; buscaba una disculpa que me engañara, ya que no me convenciese. Al llegar aquí, quise darme á conocer, porque deseaba tener amigos á quienes preguntar por tí... La primera noticia que por ellos supe, fué tu enlace. Cuánto he sufrido, no lo sé; pero vive con cuidado; no ha sido á mí sola á quien ha hecho sufrir tu casamiento.

—¿A quien más? preguntó Cárlos con indiferencia.

—A un hombre...; no puedo decirte quién es, respondió.

—¡Beatriz! gritó Cárlos, cuyo pálido rostro se animó de una manera extraña: ten entendido que te lo permitiré todo, ¿lo oyes? todo, ménos que toques con un solo pensamiento á la honra de mi esposa.

—¿Y qué me importa á mí tu esposa; dijo Beatriz con voz sorda; qué me importa su honra si tú has manchado la mia? Oye, Cárlos, no importa que lo sepas: yo aborrezco á esa mujer que me ha robado tu amor, y el dia más feliz de mi vida seria el que pudiese mostrártela deshonorada y perdida.

—Tú no puedes nada contra ella, dijo Cárlos con desprecio.

—¡Ella no te ama!

—Es verdad; pero sabrá respetar el nombre que la he dado. Por la última vez, Beatriz, se mezclará su nombre en nuestras conversaciones.

—No me llames Beatriz, dijo ésta; ya te lo he dicho: me llamo Magdalena.

—Pues bien, Magdalena; si es verdad que me amas; si anhelas atraerme á tu amor, no me des quejas, no me hables del pasado; muéstrate encantadora, embriágame, porque, te lo aseguro, las quejas me cansan, y el estilo sério me fatiga: riámonos un poco de todo; no hay sentimiento en la vida que merezca otra cosa. Y ahora dá orden á tus criados de llevarnos á la Castellana, donde está mi carruaje. Son las seis y media, y á las siete me esperan.

—Deseo verte pronto.

—Sí, me verás; eres una necesidad de mi vida.

—No; una necesidad de tu hastío: me buscas como se busca un libro que nos agrada.

—Yo no sé hacer profesiones de fé, Magdalena: acéptame tal cual soy, y no te quejes.

—Pero ¿es verdad?

—No lo sé: te necesito, pero no te diré yo de qué manera. Debe bastar á tu deseo el saber esto.

—¿Hasta mañana? Dijo Magdalena presentando su mano á Cárlos, al ver que el lacayo abrió la portezuela.

—¡Hasta mañana! respondió éste saltando al suelo ligeramente.

—¡Ah! se decía Magdalena: eres siempre el mismo. Yo me vengaré de tu abandono; ya sabrás hasta qué punto has acertado al decirme que seré tu demonio!

—Beatriz ocupará mis horas de fastidio, decía en tanto Cárlos: es una mujer de fuego. María es muy inocente; la amo, sí, pero me canso de candor... ¡Bien venida! ¡Ha sido una agradable sorpresa y una encantadora cita!

CAPÍTULO VI.

María.

Tenemos que retroceder en nuestra historia, para que nuestros lectores puedan seguir despues su desenlace.

D. José de Osorio, padre de María, tenia en la época á que nos referimos sesenta y ocho años; su carácter franco y leal era agradable por la bondad que demostraba: su palabra, algo ruda, estaba dictada siempre por el sentimiento de su corazon; jamás en aquel carácter firme y noble se ocultó la verdad bajo una apariencia engañosa.

No comprendia, ó no queria detenerse á comprenderlos, muchos sofismas que hoy se presentan como realidades; apegado á sus ideas, por nada en el mundo las hubiera modificado.

Cuando llevó á su hija á su lado, cansado de su eterna soledad, quedó encantado de su dulce bondad, de su angelical carácter; pero bien pronto sintió su resolucion, no por su hija, que era el ángel de la casa, sino porque la niña necesitaba compañía cuando su padre faltaba.

—¡Y dónde diablos hallar un aya buena! se decia de malísimo humor el general.

Además, D. José no queria que su hija alternase en las fiestas para que la invitaban por pertenecer á una familia distinguida, pues á ella apénas se la conocia; decia, y acaso no le faltaba razon, que la vida de una mujer no debe pasar entre la atmósfera falsa del placer, sino que sus horas deben ocuparse en practicar esos santos y dulces deberes para los que Dios la ha destinado, que no son seguramente el de parecer una bonita muñeca que se viste seis veces al dia para divertir á los demás.

Tampoco hubiera transigido con unos amoríos que hubiesen puesto sitio á su casa, enviando constantemente para intimar la rendicion una descarga de proyectiles amorosos, es decir, de billetes, miradas y suspiros.

¡Su hija un novio! El pensarlo sólo le ponía de mal humor.

El general creia que para casarse no se necesita, no digo amar, porque él juzgaba el amor muy propio para figurar en una comedia ó una novela, pero no en la vida real, sino ni conocer al hombre que se eligiera por esposo.

Lo esencial era que éste perteneciese á una buena casa (D. José era muy aristócrata); que tuviese una fortuna para asegurar á su hija un porvenir, y que no se anduviese por las ramas; es decir, que viniera acompañado del cura encargado de leer la epístola de San Pablo.

Cuando el marqués de la Rivera conoció á María, le impresionó vivamente la belleza de la jóven, belleza que realzaba su extremado candor.

Por cuantos medios estaban á su alcance, atendida la vida retirada que ella seguía, quiso demostrarle su afecto; pero María no se apercibió siquiera del sentimiento que inspiraba.

La inocencia es á veces diplomática, y el mismo medio que hubiera ocurrido á una mujer de mundo, es decir, rechazarle para atraerle empeñándole, lo puso María en práctica sin sospecharlo siquiera.

En esos seres débiles consigo mismos, que tienen una exagerada idea de su propio valor, la más leve contrariedad es un incentivo, que aviva su deseo y le irrita.

Si María le hubiese atendido siquiera, su orgullo satisfecho no hubiera anhelado más, y se habría borrado la naciente impresion

que le inspiraba, sin imprimir en su corazon la más ligera huella.

Pero María, en su puro candor, no sabia imponer á su corazon la ley de su voluntad, y áun en esta ocasion estaban conformes, pues ella ignoraba por completo lo que en el diccionario social quieren decir las palabras *buen partido*.

No le amaba, y no se cuidó de ocultarlo.

Lo que para Cárlos empezó siendo un empeño, se convirtió bien pronto en una pasion inmensa.

Ya no aspiró sólo al amor de María, sino á llamarla suya por ante el derecho y por ante el corazon.

Una mañana, D. José de Osorio fué muy sorprendido á recibir á su amigo D. Antonio de Rojas, que con su sobrino D. Cárlos le esperaba en el salon, y que le hizo una peticion en regla de la mano de su hija para el marqués de la Rivera.

Le fué concedida casi sin consultar á María, porque el bueno del general creia que la voluntad de una niña pesa muy poco en la balanza de un buen matrimonio.

Se trataba de un jóven de familia ilustre, de gran fortuna, de figura agradable,

y el buen padre creyó que no se necesitaba más para que su hija fuese feliz.

Si alguno le hubiese hecho la más leve observacion respecto al porvenir, D. José de Osorio se hubiera reído de él.

María habia querido decir á su padre que ella no amaba á Carlos; pero el general, sin dar mucha importancia á estas palabras, le dijo:

—Tu madre tampoco me amaba, y apenas me conocia cuando nuestros padres concertaron nuestra boda, y sin embargo ha sido para mí la más buena y honrada de las esposas.

María no insistió; el carácter de su padre le inspiraba una mezcla de respeto y temor que no dejaba á su corazon ser expansivo.

Educada léjos de él, no tenia esa dulce confianza que se adquiere cuando en nuestra niñez hemos sentido el cariño y los cuidados de nuestros padres, ántes de que nuestra razon se explique esta ternura, que tan necesaria es para formar el corazon.

María sentia el instinto de su derecho, sin tener valor para expresarlo; en su alma habia como una protesta contra aquella abdicacion voluntaria de su libertad, de

la dicha de su vida; pero ¿cómo formularla?

No era el alma débil que se resigna porque apenas comprende el sacrificio; ella le apreciaba tal cual era; pero ¿cómo podía hacer valer sus deseos, sus ideas, contra aquella voluntad de hierro que tenía el derecho y el deber de impulsar su vida?

De nada le servía el instinto de su razón, como de nada sirve á la jóven planta encerrar en sus vástagos la savia que dá vida á sus flores, si éstas mueren al nacer bajo el hielo de la atmósfera.

Quiso intentar como un último medio el demostrar á Cárlos la verdad, pero cuando le dijo:

—Yo no amo á Vd.

Cárlos le contestó sonriendo:

—Ya lo sé, por desgracia.

—¿Y se casará Vd. con una mujer que no le ama? insistió María.

—Tengo la pretension de creer que me amará despues.

—Pero, ¿y si eso no sucede?

—De todos modos me casaré, á ménos que Vd. se niegue.

—Quizás por cumplir su palabra empeñada....

—No, María; porque necesito que usted me pertenezca.

María no volvió á hablar de esto á su futuro esposo, ni intentó oponerse á la voluntad de su padre.

Ella amaba á César; pero estos amores eran puros, ideales, amor de niños, que aún no habia recibido el soplo de contrariedad que debia convertirle en pasion.

Acaso se hubiera decidido á consultarle, y él hubiese hallado un medio de impedir este casamiento; pero César estaba gravemente herido, y además por nada del mundo su padre habria faltado á su palabra.

Su corazon sostenia una lucha cruel, que para todos pasaba desapercibida.

Muchas veces una ráfaga de tristeza velaba la luz de su mirada; pero María no tenia una madre que se mirase en sus ojos y se cuidase de si brillaban serenos.

En la noche en que se decidia su porvenir, María no tuvo una voz cariñosa que la indicase en él la senda de la dicha.

Hablaron á su vanidad, pero no á su corazon, y ella, que sentia en su alma ese entusiasmo generoso, que es como el primer albor de la vida, apenas comprendió á los que la hablaban.

Cuando vacilante, como una sonámbula que obra sin voluntad, se sintió unir para siempre á Cárlos; cuando la mano temblorosa de éste asió la suya para recibir la bendicion, una ráfaga de muerte cruzó por su corazon, y cayó desmayada en los brazos de su padre.

CAPÍTULO VII.

La camarera.

Volvamos á encontrar á Magdalena. Habian pasado algunos dias desde su primera entrevista con Cárlos, y la bella condesa le esperaba.

Acababa de vestirse un elegante traje de mañana, y en la impaciencia conque consultaba el reloj, conque escuchaba ansiosa cuando creia oír pasos en la escalera, se adivinaba que su corazon se interesaba mucho en volverle á ver.

—Cristina, dijo de pronto á la camarera, que arreglaba en el tocador los juguetes de concha y nácar desordenados para su *toilet* e: ven.

La camarera se acercó en silencio.

—Siéntate ahí.

—¡Oh señora! dijo demostrando un gran respeto.

—Siéntate; tengo que hablarte, dijo Magdalena con voz breve é imperiosa.

La camarera acercó un almohadon de terciopelo, y se sentó á los piés de su señora.

Era una jóven viva y simpática, de tez morena, ojos brillantes y maliciosos, boca encendida, y hermosas madejas de cabellos negros.

Llevaba con suma gracia un traje de seda y lana, á estrechas listas rojas y blancas; un delantal de seda negro anudaba con coquetería sus anchas cintas en un lazo, que dejaba flotar sus hojas, como para no ocultar la finura de su talle.

—Cristina, tengo que pedirte un gran favor.

—¡Dios mio! ¿Tendré la suerte de poder ser útil á mi señora?

—Sí: puedes asegurar mi dicha si comprendes y aceptas lo que te voy á proponer.

Cristina demostró una gran atencion, y continuó mirando á la condesa.

—Necesito, dijo ésta, que por algun tiempo te alejes de mi lado.

Las facciones de la camarera expresaron una gran sorpresa.

—Irás, recomendada por un amigo mio, á servir á la marquesa de la Rivera; allí es preciso que no se conozca tu nombre; te llamarás Concha, por ejemplo; en cuanto á tu acento extranjero, puedes decir que eres catalana, pues hablas ya perfectamente el español.

—Pero señora, el marqués me conoce.

—El marqués no se fija apenas, y con un traje más modesto, con otro nombre, confundida entre las otras doncellas de su esposa, no te mirará siquiera.

—¡Acaso más que á tí! pensó la camarera; pero sonrió, como dando la razón á la condesa.

—Una vez allí, continuó ésta, observarás cuanto hace, y adivinarás, si no puedes saberlo, cuanto piensa hacer la marquesa. ¡Oh Cristina! ¡Tú no sabes cómo la ódio yo! Necesito tener un arma poderosa contra ella; en la vida íntima de una mujer hay siempre misterios que pueden hacer mucho daño en poder de un enemigo que sepa servirse de ello. Tú tienes mucha inteligencia; te sabrás ganar su confianza, y entonces tendrás en tus manos mi dicha, porque si yo puedo un dia alejar al marqués de su lado, hacer que la olvide, que la desprecie,

seré completamente feliz, y aseguraré del modo que tú quieras tu porvenir.

—Procuraré, como siempre, complacer á mi señora.

—Ya sé que cuento con tu afecto, y por eso confio en tí. Esta noche veré á Saavedra, y le pediré que te recomiende á su hermana, que á su vez lo hará á la marquesa; despues ya sabes lo que has de hacer: no perder ni uno de sus pensamientos, ni una de sus miradas; ella debe conocer, y casi me atreveré á decir, amar, á ese jóven que me visitó alguna vez, un capitán de húsares....

—Le conozco, señora; un jóven muy interesante, pálido....

—Sí, sí, dijo impaciente la condesa; el mismo: observa si se ven...

En aquel momento se oyeron unos rápidos pasos que se acercaban.

—Vete, vete, dijo Magdalena señalando á Cristina la puerta de un gabinete: ¡que no te vea!

Un momento despues apareció Cárlos, y fué á besar galantemente la mano de Magdalena.

—¡Al fin! le dijo ésta con tristeza; ¡ya me iba cansando de esperarte!

Cárlos arrojó el sombrero y los guantes sobre un velador y se sentó en el almohadon que habia ocupado la camarera á los piés de Magdalena.

—¡Es verdad que me esperabas! Lo conozco en que habias previsto que me sentaria á tus piés.

—¿Podré saber lo que te ha impedido volver á verme?

—¿Sabes, Magdalena, contestó, como si no hubiese oido la anterior pregunta, que estás bellísima con esa linda bata de primavera?

—Es decir, que sin ella no lo estoy, dijo Magdalena.

—¡Oh, siempre! ¡Pero hoy estás tan fresca, tan risueña, que encantas!

—Hoy tengo que pedir al tocador que me rejuvenezca, que preste nuevo brillo á mi hermosura, ya que he de rivalizar con una mujer tan bella, que pudiera ser modelo para una estatua de Atenas.

Cárlos sonrió sin negar.

Una llamarada de ira brilló en los ojos de la condesa al ver aquella sonrisa.

—Una mujer, continuó con ironía, que cuidará flores y pajaritos, que tomará una infusion de rezos para dormirse, que se

pondrá á hacer la cuenta del gasto diario de la manera más vulgar... ¡Ja, ja! Y luego, cuando su marido, el hombre de mundo, el que debe á la experiencia el saber leer en los corazones, la haga una caricia, le contestará bajando los ojos humildemente, porque son muy humildes, muy modestas esas mujeres, le contestará: «Yo no te amo; no sé mentir.»

—Beatriz, dijo Cárlos queriendo demostrar indiferencia: ¡qué afán de hablar de mi esposa! Vas á conseguir que la quiera más, que ni á tu lado la olvide.

—Si la quieres, ¿por qué me buscas á mí?

—¡Pardiez! No lo sé, debo quererte también.

—¡Es que yo quiero todo tu corazón, ó nada tuyo!

—Todo mi corazón lo tienes; María es el amor de mi alma.

—¿Cuánto tiempo durará ese amor?

—¡Bah! No me ocupo del porvenir. Acaso un día, acaso toda la vida.

—¿Sabes que tus promesas no deben halagarme mucho?

—¿Y sabes tú, dijo Cárlos incorporándose y poniendo su mano sobre el hombro

de la condesa, que si no me hablas de nada agradable me voy á olvidar de venir á tu lado?

La condesa se estremeció al sentir la presion de su mano; sus ojos brillaron de la manera poderosa que les daba tanto encanto; sus mejillas se enrojecieron, y trémula, enajenada, le dijo:

—¡Cárlos mio! ¡Ah! ¡Cuánto te amo! Eres mi vida... Que yo te vea siempre así... ámame: que sea sólo mio tu cariño: que yo no vea interponerse una mujer entre nuestros corazones!

—¡Sigue, sigue Beatriz! dices bien: tus palabras me dan vida, una vida candente que yo necesito para reanimar mi corazon. ¿Qué importa que esa vida artificial se apague al alejarme de tí? Yo necesito emociones; eres una mujer preciosa. ¡Qué hermosa estás! ¡Ah! Tú me amas, sí; tú lo olvidas todo por mi amor; todo ménos tus celos.

—Yo los olvidaré tambien si tú lo deseas, Cárlos: yo no tengo para tí voluntad...

CAPÍTULO VIII.

Malicia y buena fé.

Aquella noche la condesa, radiante de felicidad, recibia á sus amigos.

A pesar del dominio que tenia sobre sí misma, no habia podido borrar la expresion de dicha que aparecia en su semblante.

Y es que hay sentimientos que nunca pueden ocultarse por completo, que envian como un reflejo exterior que los hace adivinar.

Una gran pena ó una gran dicha se revela siempre, ya en una mirada, ya en una palabra, ya en una sonrisa.

Magdalena era feliz; habia visto á Carlos á sus piés, enamorado y delirante; le habia sentido enloquecer con sus palabras, y su corazon apénas se daba cuenta del inmenso gozo que sentia.

Le amaba con una de esas pasiones que son tanto más temibles cuanto la razon nada puede contra ellas, siendo más bien su primera esclava; hay sentimientos que envilecen al sér que los abriga, y esa fascinacion que domina los sentidos, que borra

como un soplo maldito todos los nobles instintos, todas las puras aspiraciones del alma, es uno de ellos.

Porque al sentirlo, el temor de perder su ídolo hace cobarde al corazón, que empieza por abdicar voluntariamente su dignidad, su altivez, y acaba por hacer que la razón olvide también el derecho de su decoro y su conciencia.

De concesión en concesión, de olvido en olvido, bien pronto desciende hasta el último grado de bajeza el corazón esclavo de su sentimiento, y, una vez en el abismo de su abyección, todo puede esperarse de él, pues no retrocederá ante el crimen quien no ha retrocedido ante el sacrificio de toda dignidad.

Un ser que obra dominado por la pasión, merece que se le guíe, y no que se le abandone, como se guía al pobre ciego que no encuentra su camino, pues ciego es también quien no ve en su vida la senda que le marca el deber.

Magdalena sabía que Carlos no la amaba; que su belleza, su talento y su amor eran otros tantos juguetes de su capricho, y sin embargo no tenía valor para alejarle de sí, para renunciar á él; le amaba tan-

to, que anhelaba verle, aunque fuese para adquirir el convencimiento de su indiferencia; queria oír su voz, aunque esta voz se burlase de sus sentimientos.

Magdalena, que todo lo habia olvidado por él; que por su amor habia aceptado una posicion falsa y violenta, no habia tenido valor para reconvenirle por su cobarde abandono, y le habia acogido sonriendo, como si tuviese más miedo de no verle á ver que de sufrir la humillacion á que su frialdad la condenaba.

Por eso al ver brillar de nuevo en sus ojos una chispa de aquel amor que la habia enloquecido, el pasado y el porvenir se borraron para ella, y aspiró de nuevo la felicidad de ser querida.

En esta noche Cárlos estaba en sus salones, y Magdalena, enorgullecida, feliz, hacia los honores de ellos con la afabilidad encantadora de la dicha.

César llegó tarde, y Magdalena le observó con cuidado al ver que se acercaba á Cárlos; pero de nada le sirvió la sostenida atencion conque siguió las palabras que cambiaron con la mayor naturalidad.

—Me engañaria al creer despecho de amor lo que acaso era sorpresa! Se cono-

cen, pero pueden muy bien no amarse; dicen que la marquesa es una niña: ¡oh! entónces, ¿en dónde buscaria yo un medio de alejarla de su lado?... se decia Magdalena.

La condesa recordó que tenia que pedir á César la recomendacion de su hermana para la camarera, y se fué hácia el jóven.

—¿Quiere Vd. acompañarme un momento, César? le dijo con dulzura.

César, algo sorprendido, se inclinó, y la ofreció su brazo.

—Tengo que hablarle á Vd., continuó, de una cosa que acaso le parezca extraña, pero á la que sirve de disculpa el buen deseo que la inspira. Voy á pedirle que me ayude en una obra de caridad.

—Ya sabe Vd., condesa, que siempre será para mí un placer el seguir sus indicaciones, y que están á sus órdenes todos los medios de que yo pueda disponer.

—No se trata de ninguna asociacion caritativa de que yo forme parte...

—Pues entónces...

—Se trata, dijo la condesa sin dejarle terminar, de una pobre jóven que desea ser recibida como doncella en alguna casa respetable; es amiga de una de las mias, y por ella he sabido que no tiene familia, com-

prometiéndome á recomendarla al oír el elogio que de ella me han hecho: Vd. tiene una hermana, conoce además varias familias, y he pensado que puede muy bien necesitarla su hermana ó alguna de sus amigas, y en ese caso haria un gran bien á esa pobre chica, que no conozco, pero por la cual me intereso.

—Yo no sé, condesa, si mi hermana la necesitará para sí; pero, de todos modos, yo la recomendaré á ese jóven: ¿cómo se llama?

—¡Ah! ¡No lo sé! Mañana le enviaré á Vd. sus señas; entre tanto, gracias, mil gracias por la bondad con que ha acogido mi ruego.

Cuando Magdalena volvió al salon, Cárlos ya no estaba en él; escuchaba distraído la música de Bellini, que una jóven interpretaba admirablemente en el piano, cuando oyó á lo léjos un reloj que daba las doce.

Aquella vibracion le hizo despertar, pues bien puede llamarse *sueño* á esa fascinacion de los sentidos que es el olvido de todo; pensó en que María acaso le esperaba inquieta, y abandonando el salon, se alejó sin despedirse de nadie.

Magdalena le buscó con la vista, y no pudo reprimir un suspiro al convencerse de que no estaba ya.

—¡Siempre el mismo! pensó. ¡Cuando una nueva idea le domina, nada soy para él... se vá sin decirme adios... ¡pero más vale así! Con todos sus defectos, es el único hombre á quien yo puedo amar, porque un amante vulgar es insoportable!

Dejemos á Magdalena despedir á sus amigos, y sigamos á Cárlos hasta su casa, á donde se dirigió al momento, porque hacia algunas horas que faltaba de ella, y comprendia la inquietud que María debía sentir.

¿Le importaba á él no hacerla sufrir?

No nos atrevemos á afirmarlo, ni tampoco lo negariamos, porque el corazon tiene misterios que la razon no alcanza, y puede abrigar á veces muy distintos sentimientos.

CAPITULO IX.

La esposa.

Cuando Cárlos llegó á su casa, subió rápidamente á sus habitaciones y pasó á las de María.

Cruzó el dormitorio, donde se veia un

lecho intacto, y entró en un pequeño oratorio, iluminado débilmente por la suave luz de una lámpara de plata que pendía ante el altar.

Sobre un reclinatorio de terciopelo azul habia una mujer de rodillas. Cárlos se detuvo á contemplarla.

María, pues era ella, envuelta en una bata de noche de ligera batista, con los cabellos recogidos en una blanca redecilla, y sus brazos, sus hombros y su seno medio velados entre las vaporosas ondas de encaje que adornaban su bata, aparecia bellísima.

La luz de la lámpara, cayendo sobre su frente, iluminaba suavemente su hermosa cabeza, que parecia aún más bella por el sencillo peinado, que no bastaba á ocultar sus encantos.

Cárlos, al mirarla, sintió cruzar por su alma esa impresion vaga de descontento que inicia el remordimiento de una mala accion.

—Es hermosa y pura, se dijo; acaso oraba por mí, y en tanto yo buscaba el olvido en brazos de otra mujer.

Y acercándose lentamente á María, se inclinó hácia ella y la besó en la frente.

—¡Ah! gracias á Dios! dijo María, levantándose y pasando con él á un saloncito cercano; ¡si supieras con qué afan te esperaba!

—¿Qué pedias á Dios ahora? dijo Cárlos sonriendo.

—Por tí, contestó con suma naturalidad María.

—No quiero que estés de rodilla tanto tiempo, María; indudablemente te hará daño; son costumbres de convento que debes olvidar.

—Te aseguro que no; soy fuerte; además, cuando se espera con la mortal inquietud que yo he sentido, como mejor se pasa el tiempo es pidiendo á Dios que esta ausencia no presagie una desgracia mayor.

—María, dijo Cárlos, al que contrariaba en su orgullo dar explicaciones; no debes sufrir porque yo esté más ó ménos tiempo fuera de casa; tendrá que suceder muchas veces; yo tengo amigos, y, como hoy, pueden obligarme á quedar con ellos, sin darme tiempo de decirte nada. Tú tienes aquí amigas: ¿por qué no las visitas? ¿Por qué no sales? Esta vida debe cansarte mucho.

—¡Oh! no; yo no he anhelado nunca esa agitacion constante á que otras llaman *pla-*

ceres; apénas conozco la sociedad, y no la deseo tampoco.

—Pero hija, yò no puedo acompañarte siempre.

—Es verdad, dijo María con sencillez; mas cuando no pueda salir contigo, te esperaré.

—Aquí salen solas todas las señoras.

—Ya lo sé; pero yo prefiero no salir.

—Lo cual es una niñería...

—Lo será, pero ello no debe enfadarte; ¿te cansas de estar á mi lado? dijo con una coquetería tanto más adorable, cuanto era más extraña en ella.

—Bien sabes que no, dijo Cárlos algo confuso.

—¡Ah! es que ahora, Cárlos, tengo más necesidad de tu cariño.

—¿Por qué?

María vaciló en contestar, y un vivo color de rosa se extendió por su semblante, hermoseándole notablemente; Cárlos la miraba sorprendido, y un gran interés se adivinaba en sus miradas.

—¿Por qué? volvió á preguntar.

—Porque, léjos de mi padre, no tengo sino á tí.

—¡Ah! Me habias hecho creer una cosa

bien distinta, y que, por lo mismo que me hubiese hecho feliz, no ha sido verdad.

La turbacion de María fué tan visible, que Cárlos se fijó en ella con extrañeza.

—Pero ¿qué tienes? la dijo al fin: no me hablas con la confianza de siempre.

María estaba tan conmovida, que en sus ojos brillaban las lágrimas.

Cárlos, que apénas podia fijar el vuelo de su pensamiento, tan rápidas eran sus impresiones, en aquel momento se olvidó de todas las emociones que le habian agitado aquel dia, de todo lo que habia sentido, para no pensar más que en aquella mujer que le pertenecia, que le habia confiado su porvenir y su vida. Uno de esos pensamientos que sentimos cruzar tan fugaces como las chispas luminosas que de los astros se desprenden en la noche, brilló un instante en la mente de Cárlos.

Diríase que hay en nosotros dos poderes que luchan igualmente; el del bien y el del mal: cuando el uno vence, el otro envia, ya á nuestra razon, ya á nuestras pasiones, su atraccion poderosa.

Cárlos luchaba á momentos con el influjo de un buen pensamiento, que reanimaba su corazon gastado.

Al ver á María, tan bella, tan confiada, pidiéndole un cariño á que tenia derecho, una de esas ráfagas que parece que traen la esencia del bien, habia invadido su corazon y su cabeza.

—¡Ah! ¡Si tú me quisieras como yo te quiero! dijo contestándose á sí mismo en estas palabras.

—¡Pues qué! ¿Tú no lo has adivinado? ¿Tú no ves que mi corazon se despierta con el calor de tu cariño, y que él es ya necesario á mi vida?

—¿Qué dices? dijo Cárlos, olvidándose de todo: ¿tú me amas? ¿Era tu amor, y no tu deber, el que te hacia tan largas las horas que pasabas léjos de mí?

—Sí: yo te amo; yo soy feliz á tu lado.

—¡Ah, María de mi alma! Mi vida entera no es bastante para pagarte la dicha que me das; perdóname; yo no te he comprendido; yo te desconocia. Necesito que me ames de una manera infinita; que sacies la ardiente sed de mi alma... De ese modo yo viviré sólo para tí; porque, María, yo soy un pobre loco, que sueño, que ansío algo infinito, algo nuevo, algo divino. ¡Sé tú el ángel que realices mis sueños, que dé forma viviente al imposible de mi anhelo! No

me preguntes, si ves algo extraño en mi manera de ser; no te podría contestar... Sólo sé que te amo, que soy feliz.

.....

.....

Cárlos se olvidó completamente de Magdalena por María.

Como todos esos seres que, esclavos de sus pasiones, se dejan guiar por ellas, sin intentar vencerlas, Cárlos seguía siempre la corriente de su última impresion.

El amor de María había sido su más grande anhelo, la lucha en que se empeñaba su orgullo; y al alcanzarlo, se olvidó de todo lo demás.

—¡Me ama! se decía con la expresion del triunfo. ¡Al fin es verdaderamente mia!

Y se olvidaba de Magdalena, del mundo entero, en la embriaguez de su dicha.

Pero Magdalena no le olvidaba: Magdalena sentia cada vez más la imperiosa necesidad de su amor, y cada dia que le esperaba en vano, acrecia su ódio á la mujer que le alejaba de su lado.

María creia haberse salvado al buscar en el cariño de su marido un amparo contra sus mismos sentimientos; ella tomaba por amor lo que sólo era el resultado de una

lucha entre el corazon y el deber, en la que éste habia vencido.

Y se creia feliz tambien, porque para un alma verdaderamente grande, el cumplimiento del deber es la dicha.

Ella no sabia que el amor de Cárlos tenia una vida tan breve como su deseo; que en él bastaba una nueva impresion para que olvidase sus promesas y esperanzas.

Cárlos no mentia al decir amor á una mujer: él mismo se engañaba.

Creia un eco de su corazon lo que era solamente una ficcion de sus sentidos.

CAPÍTULO X.

Esperanzas.

Algunos dias despues los marqueses de la Rivera acompañaban á la mesa al marqués de Velez y sus hijos.

Cárlos sentia, sin poderse explicar la causa, una especie de aversion contra esta familia, tan cariñosa para con ellos, tan fina y agradable en su trato.

No queria, sin embargo, disgustar á María, y disimulaba sus sentimientos con tan-

ta más facilidad, cuanto más acostumbrado estaba á ocultarlos en la vida social.

María ejercía en su sér una influencia extraña: él, que se burlaba de todo, que hubiera tenido por una debilidad la creencia de toda virtud; que en su cualidad, en fin, de hombre gastado, no quería admitir como verdad más que la negacion de todo lo bueno, ante la dulce virtud de aquella niña se sentía subyugado, como si un genio benéfico se apoderase de su sér para trasformarle.

Para María no era el mismo hombre; su lenguaje cambiaba sin esfuerzo su expresion cínica y despreciativa por otra respetuosa y tierna; sus maneras, sus palabras, todo variaba en él. No era al hablar con su esposa el franco epicúreo que, cansado de todo, buscaba descanso en el placer, sino el hombre que ha vivido sin fé y abre con ánsia su corazon al sentimiento que se la hace conocer.

Quizás consistía en lo instable de sus impresiones, acaso en el involuntario respeto que el corazon más depravado siente hácia la virtud.

María, pues, se engañaba al juzgarle.

Ella creía que al atraerle á su amor le

alejaba para siempre de su pasado, y acariciaba las más risueñas esperanzas para el porvenir.

Volvamos á encontrarles en este día.

Cárlos se habia alejado despues de comer, dejando á María con Aurora, que siempre tenia que hablarla.

César salió con él, y el marqués dejó solas á las dos jóvenes, que hablaban y reian alegremente.

—¿Conque eres tan feliz? decia Aurora.

—Sí, Aurora mia, sí; Cárlos me quiere, y además vá cambiando notablemente en sus ideas.

—Y decididamente os quedais en Madrid?

—Ese es el deseo de Cárlos; yo dudaba por mi papá; pero Cárlos me asegura que iremos á verle cuando yo quiera.

—¡Cuánto me alegro! Así te veré siempre; ya sabes que apenas tengo más amiga que tú... ¡Ah! Ahora recuerdo: ¿no me digiste que tu doncella se habia despedido?

—Así es: hace unos dias se marchó; pero ¿por qué lo preguntas?

—Me han recomendado con mucho empeño á una joven que dicen es huérfana y muy honrada. Puedes verla, y, si te parece bien, quedártela.

—Recomendada por tí, desde luégo será buena: dila que vaya á casa, y se quedará.

—¿No sabes quién me ha hablado de ella?

—No: ¿alguna de tus amigas?

—César.

—¡César! ¡Es singular! ¿De qué la conoce él?

—No sé: asegúra que una de sus amigas le ha hablado de ella.

—De todos modos, envíala, dijo María levantándose.

—¡Qué! ¿Te vas?

—Quizás vaya Cárlos temprano.

—¡Pero si no son las diez!

María parecia dudar; habia vacilacion en su actitud; quizás temia ver á César; quizás temia alejarse sin verle de nuevo. El corazon tiene misterios que en vano queremos descifrar. ¿Qué puede nuestra voluntad contra el poderoso impulso que de él emana?

Le creemos vencido, y en un momento recobra su imperio y destruye la obra de la inteligencia y la razon con un solo latido.

María sintió esta lucha, y queriendo ven-

cerse una vez más, dijo con resolución:

—¡Me voy! ¡Hasta mañana, Aurora!

—Adios, la dijo; mañana te enviaré la doncella.

—¡Ah, sí! ¡No lo olvides!...

La jóven fué á despedirse del marqués, que la acompañó hasta su carruaje.

—Es extraño, pensaba María al alejarse; César recomienda esa doncella... entonces la conoce, y quizás quiere saber por ella si en la vida íntima soy feliz... ¡Es tan bueno para mí! ¡Tambien puede ser una casualidad!

¡Ay! ¡No pensaba ella que á su mejor amigo le iba á deber el principal enemigo de la dicha de su vida!

A veces la buena fé se pone al servicio de la infamia, por una sucesion de hechos casuales que no nos explicamos.

La bondad se hace agente de la malicia, que la explota en su favor.

María no podia penetrar en esos penosos misterios de la vida que le ocultaban como un velo su edad y su candor.

En aquel momento, feliz con la confianza de cumplir un deber, feliz con una esperanza dulcísima que empezaba á acariciarla como esposa, no temia al porvenir.

Al otro día llegó la doncella con una tarjeta de Aurora.

María la recibió al punto.

Ya conocemos á Cristina.

Su aparente sencillez y modestia la sentaban muy bien, y María la admitió á su servicio desde luégo.

Aquel día Cristina habia dicho á la condesa:

—Señora: la mujer que quedó encargada de dar noticias mías me ha dicho que hoy me esperan.

—Vé, pues, Cristina, y no olvides mis encargos; quiero saber todo, ¿lo oyes? todo lo que sucede á los marqueses de la Rivera.

—Pero ¿y si no me reciben?

—No temas: yo hice ofrecer mayor cantidad que la que allí ganaba á la doncella que tenia la marquesa, que aceptó y se fué; hoy les hace falta una, y tú vas bien recomendada para que no te se admita.

Cristina fué, pues, á cumplir en aquella casa la órden de su señora.

Cuando la marquesa, llena de bondad, la preguntó con interés por su suerte, Cristina la contó una sencilla y triste historia, que María creyó. Cuando le dijo que la familia del marqués de Velez la habia reco-

mendado á ella, y le preguntó si les conocia, Cristina contestó que no, pero que por la señora de una amiga suya habia sido recomendada para hallar colocacion.

María quedó muy complacida de su nueva doncella, que, ágil y discreta, no tardó en hacerse simpática.

Cárlos, al verla al otro dia en el tocador de su esposa, la miró con fijeza como si tratara de conocerla; pero su peinado, sus vestidos, sus maneras, eran tan distintas, que creyó un parecido casual el que existia entre aquella jóven y la camarera que Magdalena habia tenido en Saint-Cloud.

—¿Cómo te llamas? preguntó á la jóven.

—Concha, señor, contestó ésta con naturalidad.

—¡Bah! Pues no es, se dijo Cárlos.

Y no volvió á acordarse de ella para nada.

Algunos dias despues Concha, pues por ahora la nombraremos así, llegaba á buscar á Magdalena.

—¿Qué hay? la dijo ésta con ánsia.

—Señora, el marqués adora á su mujer, que tambien le quiere mucho: allí no hay más que una voluntad. La marquesa es hermosísima, fresca como una rosa, y bue-

na como un ángel. No recibe á nadie, sale con su marido; esto es todo lo que hasta ahora he visto.

—¡Ah! ¿Conque tanto se quieren? Vuelve Cristina, vuelve y observa, que yo pagaré tu adhesion hácia mí.

Cristina se alejó de nuevo, y la condesa se puso á pensar cómo haria volver á Carlos.

No sentia remordimiento por el daño que iba á hacer; cuando el corazon se agita en esa lucha que revuelve en su fondo todas las pasiones, no hay más que un anhelo, un deseo.

Para Magdalena no existia más que Carlos: lo demás ¿qué le importaba?

Quería llegar hasta él; para conseguir su objeto todos los medios le parecian buenos: si en su camino encontraba obstáculos, saltaba sobre ellos sin pensar en lo que hacia.

María no hubiera sido tan feliz con sus esperanzas si hubiese podido adivinar que para realizarlas tenia que luchar con tan poderoso enemigo.

CAPÍTULO XI.

Angel y demonio.

Han pasado algunos dias.

Cárlos, continuando en sus buenos propósitos, no ha vuelto á ver á la condesa. Pero como todo lo que era sencillo y natural parecia pequeño y mezquino á aquel espíritu viciado, empezaba á cansarse de la suave paz de su casa, del carácter dócil y tierno de su esposa, no ménos que de su angelical belleza.

—¡Cómo abruman estas cadenas! se decía; al parecer son de flores, pero en realidad ahogan... Héme aquí sin libertad para nada, esclavo de una situacion que ha creado mi voluntad. María es una hermosa niña; pero ¡es tan fria! No sabe más que sonreír y llorar... ¡Beatriz! Beatriz es una mujer que enloquece... en sus venas hay lava, en vez de sangre. ¡Qué fuego! ¡Qué pasion! ¡Y es tambien hermosísima! ¡Recuerdo que la última vez que la ví sus ojos ardian, su pecho se agitaba! Allí hay fuego... hay calor... ¡Pobre Beatriz! La he

olvidado... Pero en tanto que ella no dé un paso hácia mí, yo no le daré hácia ella... el contraste entre un ángel y un demonio es delicioso; ¡pero á estas horas no tengo más que el ángel!

Una mañana que Cárlos leía junto á su esposa, que bordaba un pañuelo, un criado le presentó una carta.

Cárlos la tomó distraido; pero al conocer la letra, una expresion de placer, de impaciencia, cruzó rápida por su frente.

Rompió el sobre, que arrojó al suelo, y leyó:

«Cárlos, Cárlos mio: ¿porqué no vienes? Tengo sed de verte, de oír tu voz, de repetirte que te amo: ¡ven! Te espera tu

BEATRIZ.»

Cárlos, procurando dominar su emociion, se guardó la carta con indiferencia; pero estaba tan inquieto, que María le preguntó:

—¿Qué tienes? ¡Parece que esa carta te ha disgustado!

—No, por cierto.

—¿De quién es?

—Del administrador general.

—Pues algo te dice que te disgusta, porque no puedes ocultarlo.

—¡Bah! No lo creas; no es que me disguste, sino que las cuestiones de negocios molestan siempre; pero hay por fuerza que intervenir en ellas.

—Pero ¿qué te dice?

—¿Sabes, hermosa mia, que eres muy curiosilla?

—No es curiosidad, Cárlos, sino interés, el que me inspiran tus asuntos.

—Pues, querida mia, el resultado es el mismo.

—No me enseñarás esa carta? dijo María sonriendo, porque creía que Cárlos dilataba en broma el mostrársela.

—Cuando te nombre mi asociado en esta clase de negocios, contestó Cárlos, visiblemente inquieto por aquella insistencia.

María extrañó el acento de Cárlos, que daba á entender no quería proseguir aquella conversacion, y le dijo con tristeza:

—Dispénsame: no creía que tuvieras secretos para mí.

—Mira, niña mia, dijo Cárlos levantándose y tomando sus manos con cariño; no te pongas triste por tan pequeña cosa; hay en la vida pequeños sucesos que no deben ser conocidos, que disgustan, que hieren, no el corazon, sino el orgullo; no insistas,

pues. Se trata de asuntos que tú no comprenderías.

—Sea como tú quieras.

—¿Pero me prometes no enfadarte?

—¡Oh! no: siento que no tengas confianza en mí; pero ni me ofendo ni me enfado.

Cárlos sintió al oír esto remordimientos.

—¡Pobrecita! pensaba. ¡Si supiera de lo que se trata! ¡Y la otra que me escribe á mi casa!... Es preciso estar loca. ¡Qué demonio! Esa mujer es capaz de venir á buscarme aquí mismo. ¡Diablo con la niña! Pues si insiste más se luce. ¡Vaya una ocurrencia! ¡Y esa Beatriz que es un volcan! ¡No puede escribirme de otro modo que diciendo amores! ¿Y qué hago yo ahora?...

—¿Qué es eso que bordas, María? dijo de pronto, queriendo hacerla olvidar la pasada escena.

—¡Oh! ¿Qué te importa? ¡De estos asuntos no entiendes tú!

—¿Sabes que esa ironía te hace mucha gracia?

María sonrió, pero nada dijo.

—¡Vamos á ver si adivino lo que es! ¡Ah! Es una cifra. Veamos: una *C*; puede decir *Cárlos*...

—¡Qué presuncion! dijo María.

—¡Ah! ¿No dice eso? Entónces acaso *César*...

María palideció, y mirándole como asustada, le dijo vivamente:

—No, no dice *César*; dice *Cárlos*, porque el pañuelo es para tí.

Cárlos la miró fijamente, porque aquella turbacion le extrañó.

—¡Es particular! pensó: ¿por qué se ha conmovido tanto al decirle yo ese nombre?... Así creo que se llama ese jóven que ella conocia... No sé por qué al verla conmovirse he sentido algo amargo dentro de mi alma; pero ¡bah! yo sabia que el pañuelo era para mí: ¿por qué me preocupo ahora? ¡He engañado á tantos, que me asusto sin motivo!

Y poniéndose de pié, la dijo:

—Adios, María, volveré pronto.

—¿Te vas?

—Sí; pero no tardaré: tengo algo que hacer. ¿Por qué no te vas con *Aurora*?

—No quiero salir.

—Pues hasta luégo: voy á vestirme un poco, y entre tanto me pondrán el coche.

—Adios, le dijo María.

—Es preciso que esto termine, decia

Cárlos: no quiero que estas escenas se repitan... María dudaría, y acaso sufriera mucho. No: no quiero que ella llore... Diré á Beatriz que se resigne. Pero ¡diablo! lo difícil es que acepte. Estas mujeres son peores que una culebra de cascabel, que ahogan antes de soltar su presa. Pero la verdad es que es hermosa y apasionada como ella sola: allá veremos. ¡Si fuese razonable!

Cárlos creía muy fácil alejarse de Magdalena; no sabía que cuando hemos creado una situación, no somos dueños de deshacerla, ni de oponernos á los sucesos que de ella nacen, y que vienen á interponerse en nuestro camino. Nada tan brutal, por lo irremediable, como un hecho, por la sencilla razon de que no hay medio de que no sea lo que ya ha sido; cuando más, se puede hacer que deje de ser, y áun á veces es muy difícil.

Cárlos, incapaz de seguir con decision una idea, vacilaba entre dos mujeres: una hablaba á su alma, otra hablaba á sus sentidos.

Se observa á veces esa extraña amalgama de sentimientos.

Hasta ha habido quien asegura que el

corazon puede á un mismo tiempo sentir dos amores distintos. ¡Error! no es amor ese sentimiento que vacila, que fluctúa entre dos séres, sin saberse fijar.

El verdadero amor excluye toda participacion: es exigente, único é indivisible.

No: no es amor esa fascinacion de un espíritu débil, que confunde dos séres en un mismo sentimiento. Es ¿cómo diremos? una falsa sed de afecciones que el corazon siente, cuando nada puro y grande disipa su hastío; una ocupacion de los sentidos cuando no los dirige y les ocupa la obra constante de la inteligencia; un fuego fá-tuo que ilumina á veces el vacío del corazon.

Cárlos, pues, creyendo amar á dos mujeres, no amaba á ninguna; porque el verdadero amor, ya lo hemos dicho, es único, y áun nos atreveremos á decir eterno. Sí; un amor basta para una vida: el corazon no debe cambiar sus sentimientos, como la planta sus flores.

Vacilando entre el deber y el deseo, sin buscar en su razon el punto de apoyo de las acciones de su vida, Cárlos vacilaba entre un ángel y un demonio, como él llamaba á su esposa y á su amante.

En esa vacilacion, no cabe duda que el mal triunfa siempre. Pensar el mal, es admitirlo: la indecision misma lo justifica.

CAPÍTULO XII.

Atraccion.

Magdalena, vestida con una hechicera coquetería, esperaba al marqués. Nada más agradable que la suave sonrisa de su boca; nada más atractivo que la ardiente mirada de sus ojos.

Hay algunos séres dotados de la extraordinaria facilidad de cambiar á medida de su deseo la expresion de su semblante.

Para esto se necesita haber sufrido, haber contenido mil veces las lágrimas en el corazon, sin dejarlas llegar á los ojos, haber amoldado á la forma de lo conveniente las impresiones de nuestra alma.

Magdalena habia estudiado en sí misma el dominio de la voluntad sobre el corazon, y en este dia daba una prueba de ello apareciendo serena.

En cada hora, en cada dia que habia pasado desde que vió á Cárlos, habia apura-

do esa agonía infinita que sólo comprenderá el que haya esperado en vano algo que anhelase mucho; mil veces su pluma se habia apoyado en el papel para escribir: «ven,» y otras mil un sentimiento de orgullo, ya que no de dignidad, la habia hecho retirar.

Pero la presion violenta, así en el órden moral como en el físico, produce la explosion.

Magdalena, al comprimir los sentimientos que como un torbellino de pasiones se alzaban en su alma, llegó á ese grado de exaltacion en que se obra como impulsados por una voluntad superior, que se deja sentir por encima de nuestra razon.

Quería ver á Carlos: en nada pensó sino en esto.

Uno de los caractéres distintivos de la pasion es el egoismo; cuando se siente, no se piensa en nada ni en nadie más que en nuestro deseo. Todo lo hallamos bueno, y lo que es más, queremos que todos lo vean del mismo modo.

Magdalena no pensó siquiera en que aquel hombre que llamaba tenia deberes muy sagrados que cumplir léjos de ella... ¿Qué le importaba? Quería verlo, esto era

todo; la pasión tiene mucho de brutal porque no raciocina.

Al escribir á Carlos, estaba segura de que vendría; conocía su carácter débil é indeciso, al que una palabra desviaba de la línea que se proponía seguir, y le esperaba. Así fué, en efecto. Carlos llegó bien pronto, y fué á saludarla con cariño.

—Te suplico, Magdalena, la dijo sentándose á su lado, que otra vez no me escribas como hoy, pues me has puesto en un grave compromiso.

—¿Por qué? preguntó la condesa con acento burlon.

—Porque me ha sido entregada tu carta delante de la marquesa.

—¿Y acaso no puedes tú tener tu correspondencia particular?

—Mi esposa tiene derecho á saber lo que dicen mis cartas.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! De ese modo veo que lo vá á tener también para ponerte una chichonera y unos andadores. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

—¡Magdalena! gritó Carlos con ira: no te permito que te burles de lo que yo respeto.

—¿Y si de lo que me burlo es de ese respeto?

—Ni aún así...

—Pues, amigo mio, por más que lo deseo, no puedo oír con seriedad que el marqués de la Rivera ha entrado en una tutela permanente... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Tú estás loca!

—¡Ah, sí! Loca porque me río de esa muñeca que apenas te deja respirar... Y en verdad que tienes razón: loca estoy cuando te doy amor en vez de...

—¡Acaba!

—¡Oh, no, Carlos, no! Yo mentía; son mis celos los que me hacen delirar...

—Esto no puede continuar, Beatriz; yo sufro una contrariedad constante; yo vengo á buscar amor á tu lado, y encuentro amargas quejas que me fatigan...

—¡Ah! ¿Me amenazas ya? ¿Me recuerdas tus deberes? Oye, Carlos, oye...: una vez habia un jóven casi de rodillas ante una mujer que oponia, ante la impetuosidad de su pasión, el débil dique de su deber: aquel hombre, ébrio de amor, le decía: «¿No sabes tú que para el corazón no hay cadenas? ¿No sabes que nada significan esos lazos, formados por las circunstancias, cuando el alma los rechaza y vuela libre hasta otra alma? ¿Has de ser tú, que tan-

to vales, esclava de una fórmula?» Marqués de la Rivera, ¿has olvidado ya tus teorías? ¿No sabes tú que para el corazón no hay cadenas? ¡Oh! Deja que repita tus palabras, que tanta influencia tuvieron en mi vida; deja que te pregunte á mi vez si tú, que tanto vales, has de ser esclavo de una fórmula.

—Beatriz, ¿á qué recordar el pasado? Yo no rechazo tu amor; pero me es imposible vivir por tí y para tí como ántes...

—¿Y qué puede impedirlo? ¿Quién te ha dicho que la huella que hoy dejamos en nuestro camino podemos borrarla mañana? ¿Quién te ha dicho que no somos esclavos de nuestras acciones? Tú me has enloquecido, me has arrastrado contigo, y el día que no soy una necesidad de tu capricho, quieres apartarme á un lado y seguir tu camino... ¡Eso no puede ser; eso no será! He podido perdonarte tu cobarde abandono: ¡cobarde, sí, añadió al ver un movimiento de ira en el marqués, porque cobardía es jugar con el corazón, con la dignidad, con el porvenir de una mujer; pero no te perdonaría tu desprecio, porque, continuó con voz temblorosa, yo necesito tu amor como el aliento de mi vida; yo no puedo vivir sin él!

Cárlos la miraba con delicia. A medida que hablaba, sus facciones se animaban, como si reflejasen el fuego de sus sentimientos: en sus labios trémulos habia como la iniciacion de un suspiro. Estaba hermosa, como es hermoso todo lo que fascina por su grandeza.

Su voz era tan trémula, tan opaca, tan ardorosa, que parecia que temblaban en ella la pasion, las lágrimas, la ira y el deseo.

Cárlos la miraba estático: aquella transformacion le admiraba, le enloquecia con una locura dulce y candente á un tiempo.

Quiso resistir la atraccion poderosa que le acercaba de nuevo á Magdalena; quiso romper con un último esfuerzo los lazos que á ella le unian; pero la vió pálida, temblorosa, con las manos unidas en ademán de súplica... Aquellos ojos donde brillaban las lágrimas eran ardorosos, hermosísimos; aquellos labios que temblaban, parecian la voluptuosa copa del placer y del amor..., y Cárlos cayó de rodillas, esclavo de nuevo.

¿Por qué ha de ser siempre débil el corazon para cumplir su deber?

¿Por qué le vence siempre la atraccion del mal?

¡Ah! Cuando se ha dado el primer paso en la senda del olvido de todo lo bueno, de todo lo justo, pronto se recorre toda sin que la voz de la conciencia, que cual centinela avanzado de la razon le advierte el peligro, se deje oír.

Cárlos, en la embriaguez de su amor, olvidó por Magdalena al mundo entero.

Algunas horas despues decia con voz aún trémula por la pasion y el delirio.

—Tienes razon, Beatriz mia; esas cadenas que parecen de flores, ahogan. Quiero el amor que se sostiene por si mismo, sin más lazos que los que forman sus dulces manifestaciones: ¡yo te amo! ¡Ah! ¡Tú eres la mujer de mis sueños!

—¡Ah! pensaba entre tanto Magdalena: necesito embriagarte en mis caricias si no has de abandonarme: yo sabré prolongar el imperio de mi amor sobre este corazon versátil; y si lo pierde ¡oh! entónces, si ese corazon no ha de ser mio, yo le romperé en pedazos para que apure la agonía que á mí me hace apurar!...

CAPÍTULO XIII.

El primer pesar.

Cuando María vió salir á Cárlos, le siguió con una mirada profundamente triste.

—¿A dónde irá? se preguntaba, cuando sus ojos se fijaron en el sobre que Cárlos no se cuidó de recoger.

María le miró distraída, le tomó en sus manos, y una profunda expresion de extrañeza apareció en su rostro.

—Esta es letra de mujer, se dijo: sí, no hay duda; ¡ah! aquí hay una cifra y una corona de conde: la cifra dice *C.* de *C...* ¿de quién será? Yo apenas conozco á nadie, pero alguna de mis amigas quizás... Yo necesito saber de quién son estas iniciales, porque de ese modo sabré quién escribe á Cárlos... ¡Dios mio! continuó, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas: ¿seria capaz de engañarme? ¿Amaria Cárlos á alguna mujer ántes de casarse conmigo? Pero ¡qué loca soy! de amar á otra, ¿quién le obligaba á casarse? Yo no sé, yo no sé, Dios mio, si le amo como tengo el deber de amarle;

pero yo he mandado á mi corazon que olvide, y mi corazon me ha obedecido; yo le he consagrado todo mi cariño... pero acaso este cariño no es un amor como él soñaba, es todo cuanto puedo darle; porque si á él no le amo con el amor de mi primer delirio, tampoco amaré á otro.

En el momento en que María pensaba así, apareció Concha, llevando en una pequeña bandeja de plata una tarjeta.

—No recibo, dijo María con viveza. Pero despues, como si obedeciese á un nuevo pensamiento, tomó la tarjeta, que decia: *Luisa de Miranda*.

—¡Ah! ¡Es Luisa! Decid que pase, Concha, y ya lo sabeis, no estoy para nadie, excepto para la familia del señor marqués de Velez.

La doncella se inclinó graciosamente, y salió.

—Luisa quizás sepa decirme lo que yo tanto deseo saber.

—Pero, María, decia un instante despues á la marquesa la preciosa rubia que ya conocemos, abrazándola con cariño: no te se vé por ningun lado, y para conseguirlo es preciso venir á buscarte.

—No salgo apénas...

—Sí; ya sé que la luna de miel consiste en esconderse á las miradas de los curiosos; pero hija, tú la prolongas tanto, que es muy fácil que te canses de soledad.

—Apénas conozco aquí...

—Pero conoce tu esposo; y desde luego, tanto por lo que tú vales como por tu nombre, serias bien recibida.

—Cárlos tambien sale poco.

—Una noche le ví en casa de la condesa de Claraval, y me dijo que tú no habias querido salir...

—Dime, dijo María, que habia palidecido: ¿quién es esa condesa?

—A la verdad que no lo sé; te diré lo poco que de ella se sabe: es italiana, muy fina, muy bella, aunque yo no la encuentro tanto como sus admiradores dicen; hace poco tiempo llegó á Madrid, y debe ser rica, porque se aposentó con gran lujo: recibe, ó recibia, pues ya por el calor ha suspendido sus tés de confianza los Juéves, y en verdad que son un modelo de distincion y buen tono sus reuniones. Se cree que es viuda, aunque nadie sabe acerca de esto la verdad.

—¿Estuvo Cárlos mucho tiempo allí?

—No; le ví al entrar, y despues no le

ví más: supongo se retiraria. ¡Pero yo creí que te visitaria la condesa!

—¿Porqué?

—¡Demostró mucho deseo de conocerte cuando oyó hablar de tí por primera vez!

—¡Ah! ¿Y por qué ese deseo?

—No sé: fué una coincidencia singular; el primer dia que yo te ví era Juéves; por la noche me preguntó la condesa por qué estaba tan contenta; la dije la verdad, que acababa de ver á una amiga á quien queria mucho; y cuando dije tu nombre y el de tu esposo, produjo una impresion que aún no me explico, en la condesa y en otro jóven que allí estaba. Los dos me preguntaban, los dos palidecian... en fin, dijo Luisa alegremente, un verdadero golpe de efecto.

—Luisa, yo no sé... Esa mujer no me conoce...

—¡Ah! ¡Ah! *Esa mujer...* ¿Sabes, querida, que si te oyera se ofenderia la que tiene pretensiones de ilustre dama?

—Pero en fin: ¿de qué manera te explicó su alteracion?

—¡Ah, sí! Me olvidaba; dijo que se habia fatigado del calor, que estaba mala, lo mismo que el otro jóven.

—¿Y quién es ese jóven?

—César Saavedra.

María palideció de una manera intensa, y sus manos, que asian las de su amiga, temblaron ligeramente.

—César, continuó Luisa, no queria creerme cuando le aseguré que te habia visto casada... Estaba pálido, así como tú lo estás ahora, y al fin creo que se puso verdaderamente malo, pues hubo de retirarse.

—César es, más que mi amigo, mi hermano; no sabia, por su enfermedad, mi casamiento, y me explico su sorpresa; pero no la de esa señora.

—Acaso conociera á Cárlos, dijo Luisa aturdidamente.

—Sí, tienes razon; puesto que la visita, debia conocerlo: eso será.

—Pero, María, ¿tú no sales? Mira, es tarde: ¿quieres que vayamos á dar una vuelta por el Prado?

—Si lo deseas, haré que pongan el coche, y te acompañaré; pero si no tienes empeño, Luisa mia, déjame aquí: no estoy buena.

—Como quieras; no sé cómo puedes estar tantas horas sola: ¿y Cárlos?

—No está, dijo María indecisa; salió hace poco.

—Adios, pues, ya que no quieres venir.

—Haré que te acompañen, dijo María, que habia tirado del cordon de una campanilla.

—No, gracias; me espera abajo un criado.

Y dando un último beso á María, se alejó ligera como una gacela, desapareciendo en breve.

—¡Ah! decia María cuando quedó sola: ¡condesa de Claraval: hé aquí la cifra de este papel! Esa mujer le conoce... tal vez se amaban... Dice Luisa que al oír la noticia de su casamiento se turbó. Sí, se amaban; pero yo... ¿qué soy entónces para él? Allí estará ahora... ¡Oh, no! Yo tengo derecho á su amor, á su consideracion; derechos sagrados; ¡yo necesito conservar su cariño, no sólo para mí, sino para mi hijo! Dicen que el amor de los hijos es el más intenso, el más puro de la vida; acaso al saber que va á ser padre olvide todo lo demás...

María, adormecida en sus penosas ideas, no sentia pasar las horas.

El primer pesar es indudablemente el

más sentido, pues el corazón conserva siempre su memoria como una amarga esencia.

La noche había extendido su velo de sombras, y María, sin apercebirse de ello, continuaba en sus tristes meditaciones.

Vino á despertarla el vivo reflejo de un candelabro cargado de bujías que entró un criado.

—No he llamado, dijo María volviendo vivamente la cabeza, para que no vieses su rostro cubierto de lágrimas.

—La señora marquesa, ¿quiere que sirva la comida?

—No: llevaos esas luces; yo avisaré. Decid á Concha que venga.

El criado se inclinó con respeto, y salió llevándose el candelabro.

Concha llegó un momento despues.

—Tráeme una bata, le dijo María, y abre esos balcones: el calor me hace daño...

La doncella obedeció en silencio.

La marquesa se quitó el elegante traje que llevaba, y se envolvió en la bata.

—Despéiname, dijo sentándose en una pequeña butaca: me duele la cabeza.

Concha soltó aquella soberbia cabellera negra, y dividiéndola en dos mitades, la trenzó con cuidado.

—¡Qué hermosos cabellos! dijo al ver que sus manos apenas podían alcanzar las gruesas trenzas. Y añadió con acento de admiración: ¡Ah qué hermosa está V. E. así, señora!

La doncella no mentía; María estaba bellísima.

La bata de seda blanca con ligeras listas rosa se entreabría en su pecho y se prolongaba sobre una blanca enagua guarnecida de encajes.

Un cordón de seda rosa ceñía su cintura sin oprimirla.

Sus largas y hermosas trenzas caían sobre su pecho y la hacían parecerse á la imagen dulce y poética de Mignon.

María inclinó su cabeza sobre la butaca como si estuviese fatigada, y pasó su mano blanca y fría por la frente.

—Señora, la dijo Concha con tierna solicitud: ¿no quiere V. E. que se le sirva la comida?

—No; espero al Sr. Marqués.

—El señor puede detenerse, y V. E. está delicada.

—No, no quiero aún.

—Señora: es tan tarde, que le hará á V. E. daño.

—Pues bien, como quieras; haz que me sirvan aquí, dijo María, cansada de esta insistencia.

—¿Qué tendrá? se preguntaba Concha, en tanto que María probaba apénas la comida que tenia delante en una pequeña mesa; parece que ha llorado: ¡y qué hermosa es! ¡Qué buena! ¡Cómo puede el marqués dejar una mujer así por mi señora!...

María hizo retirar la mesa, y volvió á quedar sola.

—Espera al marqués, se decia Concha: ¡pobrecita! ¡No sé por qué las mujeres hemos de querer siempre á quien ménos lo merece; le espera, y él en tanto estará al lado de mi señora; mi señora que decia que no me miraria! Si supiera, que si yo quisiera no le tendria ahora á su lado... ¡Bah! El marqués las quiere á todas.

María entretanto se preguntaba con afan:

—¿No vendrá? Será verdad que está en casa de esa mujer? ¡Ah! ¡Eso seria infame! ¿Si no volverá más? se preguntó con terror. Pero ¡qué loca soy! ¡Eso no es posible! Carlos me ama. Otro dia tampoco vino á comer; era muy tarde cuando llegó... ¡Ah! ¡Ese dia debe ser el que dice Luisa

que le vió en casa de esa condesa... ¡Ay Dios mio! ¿Estará ahora allí?

María se habia levantado, y se asomó á uno de los balcones.

La luna le iluminaba suavemente, dejando en la oscuridad una parte de la casa.

Apénas habia mirado distraida, cuando frente á ella, en la semi-oscuridad de la calle vió una sombra gentil que, inmóvil, parecia mirarla.

—¡Ah! dijo llevando ambas manos á su corazon para retener sus latidos: ¡César!... ¿Pero qué hace ahí, Dios mio?

Y retirándose del balcon, fué á sentarse de nuevo.

Su frente ardia; sus mejillas se habian encendido, sus labios temblaban, y en su mirada ardia como un reflejo del fuego de su corazon.

—¡César, César! repetia: ¡está ahí! ¡Me ha visto quizás! ¿Pero por qué está ahí? ¿Habrá sucedido algo á Carlos, y no se atreverá á decírmelo?... ¡Pero no; vendria su padre!... ¡César, César! se repetia. ¿Por qué está ahí?

De repente, un pensamiento extraño cruzó por su mente.

—Esa doncella, se dijo, él la conocia; ¿vendrá á verla?

Los celos son como la piedra de toque de todos los amores; si quereis saber sin engañaros si es amor lo que sentís, tened un motivo de sospecha, aunque sea infundado, y los celos os dirán bien claro el sentimiento que no acertábais á definir.

María hubiera podido juzgar del estado de su corazon si hubiese comprendido el sentimiento amargo y punzante que acababa de sentir.

Los celos aceptan como verdad todo lo más inverosímil, lo más absurdo; porque los celos, como pasion, dominan, y no dejan su luz á la razon.

María volvió á mirar por el balcon, queriendo justificar sus sospechas; pero la esbelta forma que entre la sombra se delineaba no estaba ya, y á nadie se veia en los balcones ni rejas de la casa.

—¡Ah! se dijo María: sin duda me han visto...

El corazon es ingenioso en martirizarse; cuando se abriga una duda, cuando se teme, siempre cree lo que más daño le hace.

Así María, sin explicarse el por qué, sufría una agonía infinita, que aumentaban sus sospechas.

César había visto á María varias veces; pero fiel á sus promesas, su lenguaje, sus atenciones, habían sido las de un hermano.

Este era el resultado de una lucha dolorosa, sostenida con su corazón, pues César la había amado mucho para poder cambiar tan fácilmente en un puro afecto las ilusiones y esperanzas de su amor.

Pero hay una edad en que se aceptan todos los sueños de oro del deseo como realidades; César había aceptado las ficciones de su fantasía, y confiando en su valor, había ofrecido á María acaso más de lo que podía conceder su corazón.

Pero en todas las edades, como en todos los sentimientos, el corazón es exigente.

César necesitó ver á María, ver algo suyo, á pesar de la pureza, de la idealidad de su amor.

El, como el Rafael de Lamartine que vendía la última joya de su madre por ir algunas noches más á mirar el reflejo de las ventanas de Julia, hubiera dado también lo más querido de su alma por mirar aquellos balcones entreabiertos, en cuyas cortinas se dibujaba á veces una sombra fugitiva que él adivinaba.

Veía la luz que alumbraba su frente, oía

á veces el eco de su piano, acaso su voz, y esto era para su corazón la realidad de un sueño de cielo.

En esta noche la vió á ella misma; la luna la iluminaba, como si hubiese querido dar este consuelo al triste amante... Vió sus trenzas, que él admiraba tantas veces, cuando María, niña aún, corria por los jardines de su padre... Sintió su mirada que le buscaba, que le conocía, y hulló de allí, llevando felicidad para cien vidas que tuviera.

—Me ha conocido, se decía; sabrá que su hermano no la olvida, que vela por ella: ¡qué hermosa está! ¡Parece que la veo en mi pensamiento! Estaba triste... ¿pensaría acaso en mí?

María, entre tanto, habia vuelto á inquietarse con la tardanza de Cárlos.

Toda la noche la pasó en una angustia creciente, y al otro día, pálida, muy pálida, le esperaba aún, sin saber explicarse su ausencia.

María no sabia que al primer dolor se siguen muchos dolores, como si se eslabonasen en cadenas eternas; no sabia que el corazón al fin acaba por enfriarse, por sentir con ménos intensidad, hasta que ad-

quiere una especie de triste costumbre; y entónces, lo que para él es extraño no es el dolor, sino la dicha.

¡Dichosos los séres que sienten todos los pesares con intensidad, pues eso prueba que han tenido tan pocos, que el corazón no ha podido adquirir el embrutecimiento moral de la costumbre de sufrir!

CAPÍTULO XIV.

Nuevos propósitos.

María pasó todo el día en una inquietud mortal.

Las ocho de la noche serian cuando oyó la voz de Cárlos que hablaba con tono imperioso á un criado.

María iba á salirle al encuentro; pero, contra lo que esperaba, Cárlos siguió á sus habitaciones sin detenerse.

—Quizás vendrá por la puerta interior, se dijo.

Pero el tiempo pasaba, y Cárlos no aparecía.

María no tuvo paciencia para esperar más, y fué á llamar resueltamente á la

puerta que unia sus habitaciones con las de su esposo.

Tardaron algun tiempo en contestar, y al fin Cárlos la abrió.

María entró, y al ver á Cárlos pálido, disgustado, olvidó todo lo que habia sufrido esperándole, para no pensar más que en él, porque aquel noble corazon vivia para los demás más bien que para sí.

—¿Has estado malo? le preguntó con anhelo.

—No, María, le contestó acercando un silloncito; siéntate, si quieres...

María estaba tan turbada, tan trémula, como si fuera ella la que tuviese que disculpar una falta.

—Venia á saber si te habia sucedido algo desagradable; he tenido una mortal inquietud desde ayer.

—¿Y para qué te inquietas? ¿No te he dicho muchas veces que cuando tarde no me esperes?

—Yo no puedo evitarlo; además, sin tí tengo miedo.

—¡Miedo! dijo Cárlos con una risa burlesca; ¿y á qué?

—No lo sé; pero no debes burlarte de ello, pues mi temor es por tí.

—¡Ah! ¡Por mí! Pues tu temor es infundado, te lo repito: además, tú no habrás pensado en que yo he de estar constantemente pegado á tus faldas; ¡eso es ridículo!

El acento de Cárlos era tan irónico, tan despreciativo, que María sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Cárlos, convencido de que habia obrado mal, de que merecia las quejas de su esposa, habia tomado el partido que ocurre siempre á una persona vulgar en este caso: el mostrar una superioridad impertinente, para esquivar las preguntas que pudieran hacerle.

María comprendió por instinto que Cárlos, para evitarse de dar explicaciones, demostraba una independendencia, muy discutible cuando ménos, pues nadie tiene el derecho de faltar á los deberes contraídos, y quiso desviar la conversacion de este terreno.

—No he venido, le dijo suavemente, á saber dónde has estado: he venido á informarme del estado de tu salud.

—Ya ves que es bueno.

—Sí, ya lo veo, y me voy.

María se puso de pié, y Cárlos no la de-

tuvo; estaba cansado y deseaba quedar solo, porque sus ojos se cerraban bajo la influencia del sueño.

—Beatriz dice bien; esta niña quiere ponerme unos andadores: ¡vive Dios, que esto es mucho exigir!... Y estaba pálida... Se conoce que ha llorado... ¡Bah! yo no quiero hacerla sufrir, pero ¿quién la manda ser tan sentimental? La verdad es que ella debe tener más filosofía... Pero no ¡diablo! entónces... podía ser muy bien que se le antojase ocupar sus horas... No lo temo: es buena y candorosa, y yo no sé por qué pienso en esto...

A veces la dulzura de carácter, la bondad de corazón, la dignidad que impide á una mujer quejarse, la toma el hombre por debilidad, por nulidad, por indiferencia.

Es verdad que esto sucede cuando se trata de un hombre de mediano talento, de corazón gastado y de educación descuidada; pero como por desgracia las medianías forman la mayoría en la sociedad; como son pocas las mujeres que hallan un sér superior que las comprenda, que sea al mismo tiempo para ellas el protector, el amigo y el esposo, la mujer que siente así,

ó tiene el valor del martirio, y es una santa, ó al ver que se la desconoce deja embotarse sus facultades para ser verdaderamente inútil, ó se rebela contra el tiránico poder que quiere amoldar á la medida de su egoismo sentimientos que no comprende, y es, no lo que debiera haber sido, sino lo que las circunstancias han querido que sea.

María no dudó, al volver á su cuarto, que Cárlos habia pasado al lado de otra mujer el tiempo que habia estado léjos de ella.

Era inocente, pero no á la manera que lo es el ignorante, sino como puede serlo una niña educada de una manera piadosa, y léjos del continuo hervidero de pasiones que se agitan y desarrollan en la vida social.

Así es que en el despego de Cárlos, en su empeño de evitar verla, y en la impaciencia que demostraba al hablarla, comprendió perfectamente lo que él queria ocultar.

Pero era orgullosa, era digna, y no se quejó; sólo se preguntó con amargura qué iba á ser de ella unida para siempre á un hombre que no la amaba.

María no tenia un corazon á donde lle-

var sus penas; Aurora era una niña dulce y pura que no entendia de pesares; Luisa, ligera é insustancial, no era tampoco la amiga que la hubiera consolado.

Y áun creemos que de tener una persona adicta y cariñosa, María habria callado; pues hay almas tan excesivamente delicadas, que creen que confesar sus penas es casi merecerlas.

María lloró casi toda la noche, y al amanecer su frente ardia, sus mejillas estaban encendidas; tenia fiebre.

Llamó, y Concha entró.

Al verla la preguntó con cuidado si estaba enferma, y María sonrió para decirle que era un leve dolor de cabeza.

La doncella salió despues de haber dado á su señora una copa de agua, en que puso unas gotas de azahar; y María, medio adormecida, no sintió pasar las horas.

Cárlos salió á las doce de su cuarto. Fué al comedor, y no viendo á María, aunque era la hora del almuerzo, preguntó por ella.

—La señora no se ha levantado aún, le contestaron.

—La señora está enferma, dijo Concha, que entraba en aquel momento.

—¡Enferma! ¿Y por qué no se me ha avisado? dijo el marqués con disgusto.

—La señora nada ha dicho.

Cárlos ya no la oía, porque se lanzó rápidamente á las habitaciones de María.

Al entrar entreabrió uno de los balcones cerrados aún, y se dirigió al lecho.

María abrió los ojos, y los volvió á cerrar como si la luz la molestase.

—María, dijo Cárlos: ¿qué tienes?

—No sé, contestó; me duele la cabeza.

Cárlos puso su mano sobre la frente de su esposa, que ardía.

—¿Por qué no has avisado? Creo que tienes calentura.

Y tirando con fuerza del cordon de la campanilla, dijo al criado que se presentó:

—Pronto: que vayan por el médico de casa, y si no lo encuentran, que venga otro.

—Pero Cárlos, dijo María incorporándose un poco: ¡si esto no es nada!

Al hablar así, apoyándose ligeramente en los almohadones de su lecho, y echándose hácia atrás las negras trenzas de sus cabellos, estaba hermosísima.

Pero sintiendo que su cabeza vacilaba, volvió á recostarse.

Cárlos se inclinó, y cubrió sus hombros con las ropas del lecho.

—Debí conocer anoche que no estabas buena, la dijo, porque estabas muy pálida: ¿por qué no me lo digiste?

—No me sentía mal, no, y esto no es nada, no tengas cuidado.

Cárlos se conmovió al oirla; en vez de culparle por su mal, aquella dulce criatura procuraba evitarle un disgusto, asegurándole que estaba bien.

Un impulso generoso volvía á iniciarse en su corazón hácia su amada esposa, que parecía vencer de nuevo la influencia fatal que le alejaba de su lado.

Pero aquel impulso noble y bueno cedió ante un sentimiento de orgullo.

—Ella no me ha preguntado siquiera dónde he estado; no se ha quejado. No la importará mucho.

En este momento sintió pasos en el salón que precedía á la alcoba, y salió á la puerta cuando llegaba el médico. Este observó con cuidado á María, y dijo que era una ligera fiebre nerviosa.

—Hace algún tiempo que no está buena, dijo Cárlos; apenas puede comer nada, y adelgaza notablemente.

El médico tomó el pulso de María; le retuvo con cuidado, contando sus pulsaciones; hizo algunas preguntas á la bella enferma, y volviéndose á Cárlos, le dijo:

—La señora marquesa está en cinta, y como su temperamento nervioso está excitado por su estado especial, ha adquirido una sensibilidad extraordinaria, y la más leve emoción la altera; es necesario mucho cuidado, mucha calma, y nada hay que temer: yo volveré hasta que la señora esté bien; pero repito que esta leve calentura no es nada; el resultado de una excitación nerviosa.

María se ruborizó, y Cárlos la miró sin poder ocultar su intensa alegría.

Acompañó al médico hasta la escalera, y volvió á su lado.

—¡María de mi alma! la dijo abrazándola: ¿por qué no me has dicho nada? ¿No sabes que todas mis esperanzas, todos mis deseos eran tener un hijo?

—No tenía seguridad de ello, y anoche quería decírtelo; pero tú apenas me dejaste hablar.

—¡Ah! perdóname; será la última vez que te haga sufrir... Mira, María de mi vida, hay en Madrid algo (no importa lo que

sea) que me haria volver á faltar á los propósitos que ahora hago con todo mi corazón... Sé tan buena, que no me preguntes lo que es, que no intentes saberlo..., para que pueda vencerme á mí mismo, necesito que nos vayamos de aquí: ¿quieres? Ya hace bastante calor; nos iremos á un puerto de Francia, y verás cómo somos felices: yo no quiero verte llorar, yo no quiero que sufra la madre de mi hijo.

Y cediendo á la volubilidad de su carácter, continuó con cariño:

—Pero ¿por qué me has callado tu secreto? ¿No sabias la felicidad que me dabas?

Para las almas como la de María no existe la ofensa, que perdonan al recibirla; María creia que Carlos, verdaderamente arrepentido, solicitaba su perdon, y se apresuró á darlo.

La pobre niña no se preguntaba qué dicha podria esperar del que así cambiaba de ideas y sentimientos.

—Iremos á donde tú quieras, dijo dulcemente; á donde tú estés, está todo para mí; no quiero saber lo que aquí te aleja de mi lado; pero ya que mi recuerdo no es bastante fuerte para hacer que venzas esa influencia, que lo sea el de tu hijo.

—Unido al tuyo, te juro que lo será; tan pronto como te mejores, nos iremos; entre tanto, haz que tus doncellas preparen los equipajes. ¡Ah! A propósito: no sabrán á dónde vamos; no lo digas tampoco á tus amigos; iremos á Dieppe; pero no hay necesidad de que nadie lo sepa.

—A nadie lo diré, dijo María con triste sonrisa.

—Procura ponerte pronto buena, y al momento nos iremos: llevarás una doncella; yo á nadie necesito.

—Como quieras.

—Pues, adios; voy á prepararlo todo para nuestro viaje.

Dos dias despues, María habia dejado el lecho, y sentada en una pequeña butaca, seguia con la vista á Concha, que iba y venia arreglando cajas y baules.

—¿Conque al fin podremos irnos pasado mañana, dijo Cárlos entrando.

—Por mi parte, mañana estaré dispuesta, dijo María.

—Éstas ya fuerte, ¿no es verdad? dijo Cárlos tomando sus manos con cariño.

—¡Oh, sí! Ya estoy buena.

La dicha daba, en efecto, á su semblante una expresion tan dulce, que parecia

la que imprime la salud y la alegría.

—Tanto mejor: sería imperdonable en mi heredero el darte más malos ratos ¿Qué doncella llevas?

—A Concha.

—Me alegro; Concha es una chica lista, y no fea. Decididamente, pasado mañana nos iremos, añadió Cárlos.

Aquella noche Concha salió con pretexto de hacer algunas compras, y fué á ver á la condesa.

Señora, la dijo, nos marchamos á Francia pasado mañana.

—¿A qué punto?

—No lo sé; la marquesa ha guardado silencio acerca de eso; pero, señora, allí hay novedades que son las que motivan este viaje.

—¿Qué sucede?

—Sucede que la marquesa está en cinta, y el marqués está loco de alegría: no se separa de su lado. ¡Cuánto cuidado, cuántos mimos! ¡Parece un chiquillo con su mujer!

La condesa, pálida de rabia, apenas podía hablar.

—Es necesario, dijo al fin, que me escribas desde donde quiera que estén; que me digas todo lo que les sucede.

—Lo haré así, señora.

Magdalena dió un bolsillo á Concha, y la despidió.

—¡Huye de mí! se decia: ¡se vá, y no quiere que sepa en dónde está! ¡Esa mujer ha vencido! Sí; porque ahora tendrá un lazo que yo no puedo romper; el cariño de su hijo... Es necesario probar si es tan duradera esa resolucion como todas las de Cárlos: no parten hasta pasado mañana. Mañana le llamaré.

Al otro dia Cárlos volvía con María de hacer unas visitas, cuando le entregaron la carta de Magdalena.

María le miró con ánsia, y palideció intensamente.

Cárlos tomó la carta, y sin abrirla la rompió en pequeños pedazos, que arrojó por el balcon.

—¡Ah! dijo María: gracias, Cárlos mio, gracias; ¡tú no sabes la dicha que me dás!

—¡Pues qué! dijo éste: ¿adivinas lo que podia decir esa carta?

—Lo sé con certeza; eso es lo que te retiene léjos de mí; lo que motiva este viaje; veo que empiezas á cumplir tus promesas, y te lo agradezco con todo mi corazon.

Cárlos, algo confuso le dijo:

—No pienses más en ello; ya soy solo tuyo; y añadió con tono festivo: pero, ¿qué es esto, señora? á pesar de mis severas órdenes se permite Vd. llevar corsé?

—Para vestir es preciso.

—No veo la precision; y puesto que estamos en una época de concesiones, es necesario hacerlas mútuas; Vd., señora, no llevará corsé por ahora, y yo...

—¿Qué? dijo María alegremente.

—No leeré más cartas que se me envien así.

—Haré cuanto tú quieras, te lo aseguro desde luégo; ¡qué no haré yo por conservar tu cariño!...

Un dia despues salian para Francia; María, feliz porque creia asegurado el cariño de Cárlos, y éste contento porque tenia por resuelta satisfactoriamente la cuestion que tanto le preocupaba.

Para él habia un gran encanto en el nuevo afecto que esperaba, que sólo por ser nuevo era agradable á su corazon; es muy dudoso que el que no sabe cumplir sus deberes de esposo, sepa cumplir los de padre.

María, quizás al alejarse de Madrid, sen-

tia, sin saber darse cuenta de ello, un gran vacío en su corazón: su alma pura, su espíritu recto y elevado cumplían siempre su deber, no como un sacrificio, sino como una dulce y sagrada obligación.

Si Carlos hubiese sido capaz de comprender aquel noble corazón, y le hubiera consagrado todos los latidos del suyo sin esfuerzo alguno, el afecto naciente que por él había cruzado se habría desvanecido como la aurora ante el sol; pero los hombres como Carlos no son los que pueden hacer de una niña sencilla y buena una mujer modelo.

Dejémosles por ahora, y volvamos á Magdalena, á quien sin duda desean conocer más á fondo nuestros lectores.

CAPITULO XV.

Historia de Magdalena.

En el año 1852 se celebraba en Florencia el casamiento de la linda jóven Beatriz Barelli con el caballero Víctor Marini, distinguido diplomático, hombre de gran talento, conocido ventajosamente, así por estas cualidades, como por sus prendas personales.

Beatriz, hija de una familia noble y distinguida, llevó á su matrimonio una cuantiosa dote, un corazon apasionado y ardiente, y una belleza ideal.

En vano la hermosa jóven, en las risueñas ilusiones del amor primero, que tan bellas son, quiso encontrar en su esposo el cariño entusiasta, el amor vehemente que ella le ofrecia.

Víctor, que tenia diez años más de edad, de carácter frio y egoista, profundamente calculador, opuso á sus trasportes una calma tan parecida á la indiferencia, que su jóven esposa, herida en su amor y en su orgullo, sintió irse enfriando su corazon, como si lentamente le fuesen envolviendo en la capa de hielo del desengaño.

Hay caracteres que no han sido formados para aceptar sus pesares, suavizándolos con el dulce bálsamo de la resignacion, y estudiando el medio de hacerlos ménos penosos.

Beatriz, de carácter enérgico, vehemente y firme; de alma apasionada, de indómita voluntad, ni sabia ni queria conformarse con las penas que la vida le ofreciera.

Instruida con esmero, pero no educada, pues creemos, con Mad. Staël, que saber

sentir es la mejor educacion, Beatriz se dejó llevar bien pronto de sus impresiones, que no contenian ni la religion ni la educacion, esas dos firmes bases de la vida social.

Ella se veia hermosa, halagada, envidiada; tenia veintidos años, y se preguntó si debia apagar en su corazon toda esperanza de amor, de dicha; todas esas ilusiones que, cual nubecilla de una primavera celestial, flotan en el Oriente de nuestra vida.

Muy pronto, dejándose llevar de sus deseos, como una barca abandonada se deja llevar por la corriente, compartió las horas de su vida entre los triunfos de su belleza, los galantes homenajes que se la tributaban, y la satisfaccion de inspirar algunas pasiones, que—preciso es hacerle justicia—no pensó en corresponder.

Víctor Marini supo bien pronto que el nombre de su esposa se hallaba mezclado en algunas aventuras amorosas; y no sus celos, pues en aquella alma no podian abrigarse, sino su orgullo, le hizo pensar en evitar el escándalo.

Sin participarlo á Beatriz, solicitó y obtuvo venir á España agregado á la lega-

cion de Italia, y el dia que tuvo su nombramiento, dijo á su esposa con frialdad:

—Dentro de tres dias salimos para España, señora; tened la bondad de estar dispuesta para seguirme.

—¡A España! ¿Y á qué vamos á España?

—A desempeñar un cargo que el gobierno se ha dignado confiarme.

—¡Pues yo no quiero ir! ¡No iré!

—Las leyes obligan á la mujer á seguir á su marido: además, Beatriz, sabedlo y no lo olvideis, pues no pienso decíroslo más de una vez: si ántes no he cortado de uno ó de otro modo vuestras ligerezas, vuestras locuras, no es porque haya sido indiferente á ellas, sino porque sabia no pasaban de meras coqueterías; pero ¡ay de vos, Beatriz, si llegais á manchar mi nombre! Nada os exijo en nombre del amor; yo no os amo; podeis llevar en vuestro corazon el nombre que gustéis; pero os haré respetar mi honra, que hasta aquí está sin mancha.

Beatriz, pues, vino á España porque no halló medio de oponerse á ello, y porque la energía que la demostró su esposo, á la cual no estaba acostumbrada, la asustó.

Al llegar á Madrid, sin tener una amiga,

sin comprender siquiera á los que la rodeaban, creyó morir de fastidio, de hastío.

Pasaba sus dias leyendo las dulces poesías del Dante y Tasso, estudiando con afan nuestro rico idioma, y hablando con su doncella Cristina, que la habia seguido desde Florencia, y que era la confidente de todos sus secretos.

Bien pronto se cansó de esta monotonía, y empezó á asistir á las reuniones para que se la invitaba; á hacerse notar en el paseo y en los teatros por su lujo y su belleza.

Algun tiempo pasó así, sin que su esposo la indicase desagrado por su vida disipada y ligera, cuando conoció en un baile al marqués de la Rivera.

Cárlos apenas se fijó en la linda italiana, y ella, acostumbrada á los homenajes, empezó á empeñarse por el que la miraba sin la más leve emocion. Esta lucha, como no podia ménos de suceder, acabó por un violento amor de parte de Beatriz, que pareció comunicar su fuego al corazon del jóven marqués.

Bien pronto estos amores no fueron un misterio para nadie, porque Beatriz era muy orgullosa, muy altiva para ocultar sus

sentimientos, y Cárlos sobrado vanidoso para disimular que era amado.

Víctor comprendió que nada adelantaría con reconvenir á su esposa, y ántes de que el mal fuese irremediable, pidió ser trasladado á Francia.

Beatriz le siguió con disgusto, confiando sin embargo, en que Cárlos iría á París.

Así fué, en efecto: bien pronto Cárlos, á quien irritaban todos los obstáculos, pidió á Beatriz que le siguiera, y ella, que le amaba de una manera loca, delirante, accedió á todos sus deseos.

Convinieron en que Beatriz pretestaria un viaje á Italia, donde tenia su familia, y quedaria en un pueblecito de las cercanías de París, donde Cárlos tomaría una casa.

Víctor, cansado de seguir constantemente á su esposa en la senda de sus locuras, accedió contento á este viaje, y Beatriz partió acompañada de su doncella Cristina.

En la embriaguez de su alegría, Beatriz olvidó la gravedad del paso que acababa de dar; olvidó el remordimiento que se alzaba sobre su conciencia para empañar la luz de su inmensa dicha, y no vivió más que por Cárlos y para Cárlos.

Este, de carácter débil y voluble, se dejó embriagar por la pasión ardiente de la italiana, y con la misma facilidad llegó á enfriarse y cansarse de ella.

Cárlos iba á París con frecuencia: el poético y perfumado retiro de Saint-Cloud le cansaba.

Un día se encontró con uno de sus amigos de Sevilla, que volvía á España. Habló á Cárlos de las novedades que habia en la andaluza ciudad; le instó para que volviese con él, y Cárlos que ya estaba cansado de idilios amorosos; que miraba á Saint-Cloud como una Tebaida muy pequeña para tenerle á él de solitario, por más que su soledad no fuese completa, se decidió á volver á España sin despedirse de Beatriz.

Si como hay leyes que castigan los delitos que afectan á las sociedades las hubiera para los que afectan al alma, y se castigaran en nombre del honor, acaso encontraríamos criminales en muchos que creemos caballeros.

Todo cuanto dijésemos del dolor y la desesperacion de Beatriz al esperar en vano á Cárlos, seria pálido; calmada su primera exaltacion, se propuso seguirle, y como ella habia llevado consigo grandes su-

mas, pudo al llegar á España desplegar un gran lujo y atraerse amigos.

Tomó el nombre de Magdalena, con su segundo apellido, y el título de una anciana parienta suya, y tuvo buen cuidado de evitar el trato con las personas que ántes la habian conocido.

Muchos la habian olvidado; otros creian un parecido casual el que existia entre la condesa y Beatriz, y nadie se interesó en profundizar este misterio.

Ya han visto nuestros lectores cómo encontró á Cárlos, y su empeño en atraerle de nuevo á su amor.

CAPÍTULO XVI.

Celos y esperanzas.

Hemos trazado á grandes rasgos la historia de Magdalena (pues por ahora la llamaremos así, ya que con este nombre se la conoce), y volvemos á encontrarla despues de haber esperado inútilmente al marqués.

Cuanta desesperacion, cuanta rabia, cuanta amargura pueden encerrarse en un corazon, las sentia Magdalena hervir en el suyo, haciéndole estallar en lágrimas.

Y es que en este dolor se unian muy distintos sentimientos: ella veía ante sí un porvenir dudoso, del que sólo podía esperar olvido y abandono.

Ella sentía alzarse el fantasma de su pasado como la sombría imagen del remordimiento, y sobre todos estos temores, dominándolo todo, como domina la luz del sol todas las luces de la esfera, veía á Carlos al lado de otra mujer, tierno, enamorado, esperando con ánsia el momento de compartir su cariño entre aquella mujer y la flor de amor que tomaba vida en su seno.

Magdalena sentía el dolor de su desesperacion, sin darse cuenta de las causas que se unian para producirla, porque en el paroxismo del dolor no se piensa, no se aprecian los detalles del sufrimiento, se sienten: la voluntad se dobllega vencida, y no hay en esos instantes luz para la razon ni espacio para el pensamiento, que gira sin voz y sin vida, como si hubiesen arrojado sobre él un torbellino de sombras.

Pero su pensamiento dominante, su locura, eran sus celos, lo demás era una consecuencia de ellos; pues de tener el amor de Carlos, no hubiera recordado los sacrificios que le costaba este amor.

Magdalena habia esperado con ansiedad noticias de Cristina, que no tardaron.

A los cinco dias de haberse marchado, recibió una carta, que decia:

«PARÍS 6 de Agosto.

«Señora: *Por ahora* continuaremos aquí, porque la señora marquesa está delicada. Despues no sé á dónde iremos: avisaré. Nada de nuevo.

»Su humilde servidora,

«CRISTINA.

»Grand Hôtel.»

Magdalena se resignó á esperar, pues á París le era imposible ir á buscar á Cárlos.

Allí estaba su esposo, y sentia al pensar en él, un temor involuntario.

Cuando inspirada por sus celos revolvia en su pensamiento planes de odio y de venganza, le anunciaron á César Saavedra, al que se apresuró á recibir.

—Sí, decia en tanto que arreglaba con cuidado los pliegues de su falda; que venga César; precisamente ha sido él mucho tiempo el primer agente de mis esperanzas...

Cuando César entró, le recibió con una agradable sonrisa, y le señaló un asiento cerca del suyo.

—Me han dicho, condesa, que ha estado Vd. enferma, y...

—Y se me conoce mucho, ¿no es así?

—Si su imaginacion dejase de volar alguna vez con esa viveza que tan rica de expresion la hace, me hubiese Vd. oido todo lo contrario; iba á decirle que no se conocia, pues como siempre, está encantadora.

—Gracias, amigo mio: y Vd., ¿cómo vá de su herida?

—¡Oh! perfectamente. Ya no la recuerdo siquiera.

—Pues César, á riesgo de que califique Vd. como quiera mi franqueza, le diré que he creido, al verle, que habia Vd. tenido algun retroceso en la convalecencia; le encuentro muy pálido...

—El calor, condesa.

—Puede ser, y me alegro de ello.

—Gracias á mi vez: y Vd., ¿cuándo nos abandona?

—Creo que muy pronto. Y esto se hace necesario, porque apenas queda en Madrid una persona conocida.

—Sí: se van alejando muchos, dijo César con acento involuntariamente triste.

La condesa observó aquel acento, y le miró con cuidado.

—Ayer, dijo sin dejar de mirarle atentamente, estuvo á despedirse de mí aquella deliciosa rubia á quien Vd. hablaba muchas veces en nuestras reuniones, Luisita Miranda, y me dijo que casi todas sus amigas habian dejado á Madrid: me citó á la condesa de Campo-Alegre, á la marquesa de la Rivera...; pero á esta última creo que la conoce Vd., César, pues le he visto hablar con el marqués.

—María es mi amiga de la infancia, casi mi hermana, señora, dijo César con voz conmovida.

—¡Ah! dijo ocultando su alegría la condesa: ¿conque Vd. era su amigo de la niñez? ¿Y cómo se conocieron Vds?

—Su padre y el mio son muy amigos, María quedó confiada al cuidado de mi padre, en tanto que estuvo en un colegio de esta córte.

—¿Se llama María? Tiene un nombre dulce y bello: ¿y es hermosa?

—¡Ah! hermosísima, dijo César con calor: pero ¿Vd. no la conoce, condesa?

—No he tenido ese placer; me han dicho que tiene talento, que es una jóven adorable.

—María, más que todo, es buena; su

corazon es tan generoso, su alma tan tierna, que por sus sentimientos, y áun por su edad, más que una mujer, es una niña; además, como Vd. ha dicho, tiene talento; para la pintura es una verdadera artista; el sentimiento de lo bello impregna todas sus creaciones, como el perfume las hojas de una rosa.

César, al hablar de María, se olvidó de la persona que le escuchaba, y repitió, sin pensar en lo que hacia, las alabanzas que para su ídolo se alzaban en su alma, como el cántico misterioso del amor primero.

La condesa apenas podia ocultar su gozo al oírle; le parecia oír en cada una de esas palabras la confirmacion de un amor que ella deseaba tanto; porque si María amaba á César, el encanto para Carlos estaba deshecho; y la mujer pura, el ángel ideal que la habia vencido en el corazon del marqués, venia á ser la mujer vulgar, el ángel caído que pierde sus alas en pequeños galanteos.

Así fué que en tanto que César estuvo á su lado, le hizo hablar de María, ya interrumpiéndole con preguntas al parecer sencillas, ya escuchándole con una complacencia que tanto podia interpretarse como

una prueba de amabilidad y educacion, como de profundo interés. Cuando César se fué, en el corazon de Magdalena dejaba con sus palabras un rayo de esperanza.

—Ella le amaré tambien, se decia, porque el corazon de esas mujeres tímidas, dulces y cariñosas se apega siempre á lo que conocen, y se aleja de lo nuevo. Por eso diria á Cárlos que no le amaba: ¿y quién sabe si para empeñarlo? No sé por qué todos han de creer de buena fe á los que imitan con el manto de la hipocresía la inocencia... Ella ha sabido atraer á Cárlos, que es demasiado despreocupado para intentar ahora volver al sitio que le marca su deber; ella me ha vencido, pero yo me vengaré.

Desde este dia Magdalena no pensó más que en su esperanza de vengarse, y en los celos que avivaban este deseo.

No pensó ni una sola vez en que ningun daño le habia hecho la inocente niña que queria perder; no pensó tampoco en que cuando el hombre no oye la voz de la mujer que le ama, es inútil esperar que por otros medios se llegue á su corazon; pues cuando el amor ha desaparecido, nada lo reemplaza.

Todo instinto noble y generoso se habia perdido en su alma; toda idea del bien se habia olvidado: y es que, como dice madama Staël, el corazón de la mujer se seca siempre al corromperse.

CAPÍTULO XVII.

Seis meses despues.

Han pasado seis meses desde que dejamos á Magdalena pensando en la manera de vengarse del abandono de Cárlos, y volvemos á encontrarla en su casa de Madrid al lado de una chimenea encendida, que proyecta con el reflejo de su llama un suave matiz de rosa sobre el pálido rostro de la condesa.

Cristina, su antigua camarera, sentada en un pequeño taburete junto á ella, le decia, siguiendo al parecer una conversacion empezada:

—La señora marquesa no escribe más que para su padre.

—Pues necesito absolutamente una de sus cartas, y tú te encargarás de ello.

—Repito á mi señora que es muy difícil, porque ¿cómo he de procurármela, si el

mismo marqués las entrega á un criado para que las ponga en el correo? Además, si siempre he visto escribir poco á la señora, ahora ménos que nunca, pues con el niño está ocupada todo el dia.

—¿Dices que el niño se parece á su padre?

—De una manera completa; es precioso, pues con tan poco tiempo parece imposible que tenga unas facciones tan bellas; y luégo, como es muy blanco y tiene la cabeza cubierta de rizos negros...

—¿Y le quiere mucho el marqués?

—¡Jesús! Creo que se vá á volver loco con él. Todo el dia está hablando de su Carlitos, deseando oírle hablar. ¡Qué sé yo! Allí no se vive más que para el niño. Pues ¡y la marquesa! El otro dia estaba yo vistiéndola, y el marqués miraba al niño, que dormía en su cuna.—«María, la dijo de pronto: ¿quién querrá más á Carlitos, tú ó yo?—Yo, le dijo la marquesa.—¡Tú! ¿Y por qué has de ser tú?—Porque, Carlos, yo le debo toda mi dicha: ¡bendito sea él, que ántes de nacer daba ya felicidad á su madre!» Y corrió á la cuna para besar al niño que despertó y pareció sonreír á sus padres que se disputaban el besarlo. Yo,

señora, sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas al verlos, y me acordé de que nunca habia conocido á mis padres. Desde entónces, señora, pensé venir á decirle: «Yo no puedo hacer ningun daño á esa señora, á la que he tomado cariño, y no sé para qué he de estar más tiempo á su lado.»

—Me haces falta allí, Cristina; tú no olvidarás que á mí me lo debes todo.

—¡Pero si allí de nada sirvo!...

—Díme, dijo la condesa imperiosamente, como si no quisiera dejarle terminar; y el marqués, al ver mis cartas...

—Yo lo he observado, señora, y no las ha leído.

—¡Que no las ha leído! ¡Eso no es posible!

Cristina calló, como si su silencio lo afirmara.

—Has debido engañarte, prosiguió: ¡no leer Carlos mis cartas! ¡Qué locura!

—Lo he visto romperlas sin abrirlas, señora.

La ira, el dolor y el orgullo enviaron una roja llamarada á la frente de la condesa.

—¡Ah! murmuró: yo escribiré una, que la guardará toda su vida, y la leerá con

llanto de su corazón. ¿Cuándo dices que se vá el marqués de caza?

—En la próxima semana, á principios de Marzo.

—Pues ántes, ¿lo oyes? necesito ver la letra de la marquesa.

—Pero, señora, ¿de qué manera?

—¡Eh! ¡Qué se yo! Tú buscarás un medio. ¿Te habrás vuelto ahora torpe?

Cristina hizo un gracioso gesto, y guardó silencio.

—Si haces lo que te digo, dijo la condesa, muy pronto volverás á mi lado.

—¡Ah, señora! ¡Quiéralo Dios!

—¡Pues qué! ¿Tan mal te vá allí?

—¿Mal? No señora; pero me hace daño, al ver en la marquesa tanta dicha, acordarme que mi señora sufre; y miro con odio al marqués, al que oigo decir á su mujer las mismas frases que decia á V. S. otras veces.

—Gracias, Cristina, por tu cariño hácia mí, dijo Magdalena, que no habia podido contener las lágrimas: ¿con que son tan felices?

—¡Ah, señora! ¡Parece imposible que el marqués sea el mismo! Cuando estábamos en Dieppe tenia algunos ratos de mal hu-

mor; pero como la marquesa es tan buena, le hablaba de cosas que le agradaban; le hacia que fuese á buscar á sus amigos, y al fin siempre pasaba como una nubecilla en una mañana de Mayo. Pero desde que volvimos á Madrid, desde que nació el niño nunca tiene mal humor: al contrario, está contento; y cuando vé á la marquesa de rodillas junto á la cuna de su hijo, en vez de burlarse de ella, como ántes se burlaba de todo, se arrodilla tambien, y un dia le oí decirla:—«Habia olvidado las oraciones que me enseñó mi madre; pero aprenderé ahora las que dices tú para pedir por nuestro hijo.» En fin, señora, es increíble cómo ha cambiado.

—Es preciso intentar el último medio que tengo.

—¿Para qué, señora?

—Tú no entiendes de esto; lo único que tienes que hacer es traerme algun escrito de la marquesa.

—Lo intentaré, señora.

—Lo traerás, porque yo lo mando; dime: y el jóven que te hice observar, ¿vá con frecuencia á ver á la marquesa?

—No señora; vá poco, y casi siempre con su hermana.

—Pero ¿no le recibe nunca sola la marquesa?

—No le he visto nunca á solas con ella.

—No importa; vá, y esto basta. Véte, Cristina, y no olvides mi encargo.

Cristina salió, y Magdalena dejó correr su llanto contenido ante su camarera.

—¡Conque son tan felices! se decia. ¿Será verdad que para hallar la mujer la dicha no tiene más camino que el deber? ¿Que al sentir en su pecho latir lleno de vida el corazon, ha de apagar sus latidos, si no quiere que ellos sean la eterna despedida de toda su ventura? Sea lo que quiera, yo no puedo ya retroceder; necesito á Carlos, quiero que mi alma sacie esta ardiente sed que me enajena: le necesito para no volverme loca. ¡Qué me importan á mí el llanto y la desgracia de esa mujer! Yo le quiero, bastante he dudado, bastante he vacilado, y no puedo más. Puesto que ella quiere tanto á su hijo, puesto que éste se le parece, habrá de contentarse con la copia... Y por otra parte, ella no le amaba; acaso me agradezca que le aleje de su lado; le ha convertido, me decia ahora Cristina: ¡bah! yo me rio de esas conversiones; hombres como Carlos no se convierten

jámás. Podrán, gracias á la debilidad de su carácter, parecer bien distintos de lo que son; pero cambiar... veremos. De todos modos yo no puedo sufrir más. Voy á intentar la última prueba...

Magdalena, al decir esto, lloraba; conociase que una gran lucha se habia empeñado entre su razon y su corazon.

Pero Magdalena no luchaba con su razon para vencer con ella, sino para que fuese vencida, pues como el postrer destello de una luz que se apaga, lucia débilmente su último reflejo.

Daba pena ver á aquella mujer, jóven aún, hermosa, luchando con tenaz empeño por conservar el amor del hombre que la habia perdido; y si la razon la juzgaba severa, el corazon la perdonaba.

Ella habia olvidado que el que busca la felicidad por medios que Dios, la conciencia y la sociedad reprueban, no debe esperar hallar más que su primer fugitivo destello que se apaga con el soplo helado de la realidad, pues el edificio de su dicha está sobre una nube que el menor viento deshace.

CAPÍTULO XVIII.

Cadenas de flores.

Volvamos á encontrar á Cárlos.

Como ya habrán comprendido nuestros lectores por la anterior conversacion de Magdalena y Cristina, Cárlos, dominado quizás por el nuevo sentimiento que llenaba su vida, habia olvidado sus culpables devaneos, ó al ménos así lo parecia.

Por muy gastado, por muy viciado que esté el corazon de un hombre, el cariño paternal graba siempre en él como un surco de luz.

Porque al sentir dilatarse su vida en la vida de su hijo; al ver palpitar en aquel tierno sér la sangre escapada de su corazon, su pensamiento quiere comprender la dulce mision que Dios encarga al padre, y que es un constante sacrificio de amor y de abnegacion.

Cárlos amoldaba sin esfuerzo sus impresiones á las impresiones que copiaba, sin darles vida propia, como puede copiar el cristal el color que refleja.

Así, pues, al lado de una mujer tierna,

sencilla y piadosa, su corazón parecía desprenderse de la capa de helado egoísmo que le cubría, para seguir su ejemplo.

Su dulce influencia, que él sentía sin sabérsela explicar, iba descubriendo en su corazón los perdidos gérmenes de virtud y de fé, que el calor de la educación no fecundizó á tiempo, para que luégo fructificasen, dejando su aroma celestial en su familia.

Muchas veces su corazón se adormecía en un cansancio profundo, en el cansancio del hastío; pero su hijo le retenía con cadenas de flores, pues su alma no había aprendido aún á olvidar este como los demás afectos.

Muchas veces la imagen de Beatriz había cruzado por su pensamiento y en aquel instante se decía que él necesitaba otros rayos de luz que diesen calor á su vida.

Un sentimiento de orgullo le detenía ántes de dar un paso hácia ella.

¡Magdalena no le había buscado!... El no sabía que ella había seguido uno por uno todos sus pensamientos, todas sus acciones; que no había querido verle, porque conociéndole, sabía que él se cansaría de lo bueno como se había cansado de lo que

no lo era; que él volvería á buscarla, porque vacilante siempre en sus ideas, al no tenerla, la desearía.

Magdalena comprendía aquel dicho de Tácito, que *el corazon está dispuesto á odiar á quien ofende*, y evitando el odio de Carlos, no quiso aparecer ante él como víctima.

Carlos se resignaba, pues, no al deber, sino al orgullo, porque le ofendía que el amor de Magdalena no hubiese sido bastante grande para olvidarlo todo por él, para contentarse con escribirle dos cartas que no había querido ver.

Estos pensamientos le agitaban junto á una mujer hermosa y pura que tenía el derecho de su amor, junto á un hijo de pocos dias que atraía su corazon con fuerza irresistible, y ni una voz se alzaba en su alma para recordarle su deber.

Y es que una educacion descuidada habia falseado en él la base de todo sentimiento, que en vez de afianzar en su alma las creencias de fé y moralidad, que son firme dique contra el torrente invasor de nuestras mismas pasiones, habia dejado perder en ella todo instinto del bien; y en vez de obedecer la ley del deber severo

y firme, obedecía la instable ley de su capricho.

Fluctuando entre distintos sentimientos, dudando y creyendo alternativamente, según su creencia ó sus dudas halagaban sus sentidos, cobarde consigo mismo, se abandonaba al impulso del momento, apoyándose en esa mentida teoría del derecho de las almas.

El creía sed de grandes emociones, anhelo de una atmósfera más pura, impulso de la pasión y el sentimiento, lo que era mezquino egoísmo, y débil cobardía.

No son aspiraciones de grandeza esos vagos deseos que se alientan de la vanidad.

Le llamamos egoísmo y cobardía, pues cobarde es quien vacila en buscar la verdad á través de esas dulces mentiras que flotan como una falsa atmósfera sobre nuestros sentidos, elevando sobre un trono imaginario esa mentida soberanía de un derecho que ninguna ley divina ni humana confirma.

Porque no existe, no puede existir el derecho de romper todos los lazos que el deber extiende á nuestro alrededor; no hay ley que permita olvidar las obligaciones

contraídas, de las cuales la voluntad es esclava: el sentimiento no puede levantarse sobre el deber; de ese modo la sociedad, la familia, estarían constituidas sobre una nube, que un leve soplo, que no se sabe de dónde viene, pero que llega al corazón sin que la voluntad lo impulse, le disolvería á su antojo.

La armonía, la felicidad, la seguridad de la vida descansan sobre esa base santa, que afirma la confianza y corona el amor.

Pero cuando la educación no ha modificado, no ha encauzado, por decirlo así, la corriente de nuestros sentimientos, el corazón se enfria, se gasta; y como sobre el cráter apagado del volcan no vuelven á brotar flores, en el corazón que ha abrasado esa lava de helado desprecio hácia el bien, no brotan las flores de la vida que evaporan la esencia del alma en dulcísimos afectos.

Cárlos, falto de fé, no combatía sus sensaciones, pues creía que la sensación es soberana; que el imperio de nuestro deseo es ilimitado; y en la falsa creencia de que para el corazón no hay cadenas, se dejaba llevar fácilmente por la impresión que se iniciaba en su alma.

Quizás habrá entre nuestros lectores quien no se explique esa versatilidad de impresiones, esos afectos volanderos que gastan el corazón, sin dejar en él, con el perfume de un noble sentimiento, una atmósfera de vida.

Pero si así es, no será porque en la vida real no se hallen esos seres, sino porque ellos hayan tenido la dicha de no encontrarlos.

Seres que serian buenos si hubiesen tenido una voluntad firme que les guiara al empezar la vida, un amor dulce que les transmitiese su ternura, un ejemplo, en fin, que les enseñase. Seres que ocultan bajo el flamante manto de la civilización moderna el asqueroso esqueleto de un corazón bajo y degradado, en el que sólo se anima el más odioso egoísmo.

Para ellos nada significa el daño que hagan sus acciones, si con ellas realizan un capricho.

Estos seres se creen grandes, y son muy pequeños: creen conocer la sociedad en sus más profundos secretos, y no se conocen á sí mismos.

Ya comprenderán nuestros lectores sobre qué base tan falsa, sobre qué muro tan

débil se levantaba la nueva vida de Carlos.

Cuando los afectos no están inspirados por el sagrado deber que el cumplimiento de nuestra mision nos impone, tienen una vida efimera y ligera, porque están sostenidos por una eventualidad.

Nuestros lectores nos dispensarán esta digresion: á veces en el cuadro social que una imaginacion pensadora desarrolla en un libro tiene que haber tintas bien sombrías, si ha de ofrecer enseñanza y ejemplo, porque las ficciones de la fantasía se inspiran casi siempre en los dolores de la realidad.

Pero como la sucesion de los sentimientos humanos es infinita; como varian en el corazon constantemente, vamos á terminar estos toques de sombras, para buscar en un sentimiento purísimo el rayo de luz que las ilumine.

CAPÍTULO XIX.

La madre.

María, sentada en una pequeña butaca de su tocador, decia á Carlos, que estaba de pié junto á ella:

—¡Que vuelvas pronto, Cárlos!

—¡Oh, sí! Antes que termine esta semana, te lo aseguro.

—Siempre que vas de caza te olvidas de tus promesas.

—Esta vez no lo olvidaré: ¿te disgusta que vaya?

—No, porque tú te diviertes.

—Ahora, como tienes compañía...

—Sí: ¡Dios me la bendiga!

—Pero tu pequeña compañía te se dormirá, como de costumbre...

—¿Vendrás ántes del día en que Carlitos cumple dos meses?

—¿Antes del 12 de Marzo? Sí: hoy es 4: voy á verle.

—Yo le tomaré, que tú le haces llorar.

Y levantándose, fué hácia una cunita cerrada por cortinas de encaje blanco, que una paloma de bronce suspendía sobre ella.

Las describió, y se pudo ver un hermoso niño que dormía, cubierto con un edredon de seda rosa, y envuelta la pequeña cabeza en una blanca gorrita.

María le tomó con cuidado, y fué á llevarle á Cárlos.

—¡Qué hermoso está! dijo éste besándole: mira, mira, parece que sonrie.

—Soñará con los ángeles, dijo María con sencillez.

—¿Qué ha de soñar, querida mia? Esas son preocupaciones: ¿cómo ha de tener sueños un sér que aún no tiene ideas?

—¿Y por qué no ha de ser verdad? dijo María que se habia puesto encendida: ¿no es él un ángel? Pues Dios puede muy bien enviar á su pensamiento un reflejo de su amor.

Cárlos sonrió de una manera incrédula, y nada dijo.

En aquel momento se oyó un reloj que daba las once.

—Me voy ya, dijo Cárlos levantándose; á las doce partimos, y no quiero que me esperen: adios, no estés con cuidado, que vendré pronto.

—No nos olvides.

—No, vida mia, dijo Cárlos envolviendo en el mismo abrazo á la madre y al hijo: cuida mucho á mi Carlitos. ¡Ah! Me olvidaba decirte que en estos dias salgas con él en carruaje, y vayas con alguna de tus amigas al teatro.

—Pero si á mí no me es penoso estar sola, y ahora ménos, pues con Carlitos no lo estoy.

—Como quieras, dijo Cárlos.

Y besando al niño por última vez, se alejó con ligereza.

María quedó sola, y empezó á besar con afán á su hijo, que se habia despertado y fijaba en ella esa mirada vaga y sin expresion de los niños, pero que tan tierna es y encierra tanta dulzura para una madre.

Era sencillamente sublime ver aquella hermosa jóven acariciando con pasion al hijo de su alma.

No hay sentimiento en la vida que sea más grande, más puro, que el amor maternal.

Diríase que ese afecto es el único que encierra algo de divino en su ilimitada ternura, en su constante abnegacion, en sus voluntarios sacrificios.

El hace fáciles para la mujer todos los dolores, porque para la madre que contempla á su hijo con insaciables miradas; que le siente crecer con el calor de su ternura, como ántes le sintió tomar vida con el calor de su sangre; que comprende en su verdadero valor la dulce, la honrosa mision que Dios, al hacerla madre la confia, no hay nada penoso en la ley de la vi-

da, porque en el amor de su hijo halla como un poder misterioso que fortalece su corazón, y en el perfume celestial de ese mismo amor una esencia de consuelo que no se desvanece.

Dios, sublime compensador de todos los sentimientos, ha rodeado la vida de la mujer de muchos pesares; pero la ha legado en ese purísimo amor que llena su vida, delicias inefables.

En el alma de una madre hay tesoros inagotables de amor; diríase que en esa fuente purísima que nunca un hijo halla agotada, bebemos, con la vida que ella nos dá, la primer gota de amor que despues crece en nuestra alma en distintas impresiones.

Si aún á los séres más peryertidos este santo amor les regenera, en una niña como María, que habia sentido desvanecerse los cándidos velos de su corazón virginal con el primer latido de aquel corazón unido al suyo, que tomaba vida en su vida; para María, que al despertar de su sueño de inocencia, habia comprendido todo lo que hay de apasionado y tierno en ese cariño que brota en el alma sin agotarse jamás, su hijo era una sonrisa del

cielo, la forma viviente de una bendicion, su dicha y su gloria.

Todo lo olvidó en el éxtasis de amor que la envolvía.

Amaba á Cárlos, porque no hay mujer que no ame al padre de sus hijos.

En su cándida ignorancia del mal, ella no llegaba al fondo del corazon de Cárlos, y al verle de nuevo amante y solícito, no volvió á pensar en aquellas horas de angustia que sintió al verse ofendida, más que en su amor, en sus derechos de esposa.

En tanto que esperó el nacimiento de su hijo, temió que Cárlos, volviendo á sus antiguas alegres costumbres, la olvidase de nuevo por buscar en fáciles galanteos ocupacion para la ociosidad, digámoslo así, de su espíritu; pero cuando María fué madre, cuando sintió que su vida se dilataba en otra vida por una corriente de amor, ni por un momento pensó en que Cárlos necesitase más amor para llenar su alma. «Un esposo, decia, puede abandonar y olvidar; ¿pero un padre?...» Esto no lo comprendia.

Así pasó algun tiempo; ella cada dia más feliz, su hijo cada dia más hermoso.

En este día Cárlos se iba de caza con unos amigos, y María, contenta y tranquila, le esperaba al lado de su hijo, con la dulce confianza de la madre que en su mismo cariño halla su más firme apoyo.

Algun tiempo habia pasado desde que Cárlos se fué, y María continuaba con su hijo en los brazos, meciéndole dulcemente, cuando apareció Cristina.

María, con un movimiento lleno de gracia, puso un dedo en sus labios indicando á la doncella que callase, para no despertar al niño que se habia adormecido.

Cristina le presentó en silencio una bandeja con algunas cartas que la marquesa fué mirando; separó las destinadas al marqués, y tomó una dirigida á ella, en la cual conoció la letra de su padre.

María hizo un movimiento para romper el sobre, y el niño se despertó, empezando á llorar.

—Llama á la nodriza, dijo María, queriendo en tanto acallar al niño con sus besos.

Una robusta montañesa, vestida con el traje característico de su país, apareció en el gabinete y fué á tomar al niño, poniéndole en su pecho con ruidosas caricias.

María empezó á leer la carta de su padre, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Dice bien, se dijo, que le he olvidado; mi pobre papá que tanto me quiere, le diré la verdad, que mi hijo ocupa todo mi tiempo. ¿Porqué se ha de enfadar si él me habrá querido lo mismo? Hoy le escribiré.

—Concha, decia una hora despues, haz que lleven al momento esa carta al correo, que es tarde.

—¿Quiere la señora que la lleve yo misma? El señor marqués se llevó á Juan, que es el más listo, y Nicolás acaso no la lleve á tiempo.

María sonrió al oir á su doncella, como si le agradeciese su interés, y la dijo con bondad:

—Está bien; llévala tú.

Concha salió, y fué rápidamente á buscar á Magdalena, á la que entregó la carta de María.

—Mañana, la dijo Magdalena, puedes despedirte; ya no me haces falta en casa del marqués de la Rivera.

CAPÍTULO XX.

La carta.

Dos dias despues de haber recibido Magdalena la carta que la marquesa escribia á su padre, una mañana, apénas serian las nueve, cuando vestida con un traje oscuro, y envuelta en un gran chal de cachemir, cubierta la cabeza con una de esas mantillas de fondo de terciopelo orlado de anchos encajes, que con tanta gracia llevan las mujeres andaluzas, la condesa de Clavaval, dejando su berlina en la calle de Alcalá, siguió rápidamente hasta la del Turco.

Miraba con cuidado los números, y se detuvo ante el...; vaciló por un momento, y al fin entró resueltamente en el portal de aquella casa, subiendo la escalera y llamando en el entresuelo.

Una viejecita tan limpia como arrugada abrió la puerta, y sin duda se la esperaba, porque se apresuró á decirle, haciéndole una grave cortesía á cada palabra:

—Pase V. S., señora; pase V. S.: mi amo está en su despacho.

La viejecita echó á andar seguida de Magdalena, que llevaba sobre el rostro el espeso velo de encaje de su mantilla.

Cruzaron un sombrío corredor húmedo y oscuro, y llegaron á una puerta donde la criada llamó.

—¡Adelante! dijo una voz atiplada.

Magdalena entró, y al verla se puso de pié un hombre que, sentado junto á una mesa, escribía y leía alternativamente.

—¿Es á D. Francisco Olmedo á quien tengo el honor de hablar? dijo Magdalena con voz breve.

—Vuestro humilde servidor, contestó aquel hombre saludándola profundamente.

—Ya sabrá Vd. á lo que vengo.

—Supongo, señora, que será á un asunto de que me habló ayer una jovencita...

—Sí, el mismo: ¿podemos empezar?

—Voy á prepararlo todo.

Si nuestro exterior es casi siempre la imágen de los sentimientos que en lo interior de nuestra alma se anidan, jamás en una figura más escuálida, más servilmente humilde, más larga y más maliciosa que la del hombre que nos ocupa, hubiera podido conocerse toda una vida de bajezas y miserias. Parecía capaz de todo, y de algo más.

Este hombre, de sonrisa melosa, de ojillos maliciosos, metido en su raído gaban, que acreditaba largos servicios, parecía el servicial agente de todos los crímenes.

Cerró cuidadosamente la puerta, acercó para Magdalena una silla á la mesa en que escribía, puso una pluma nueva, y fué á sentarse á su vez, diciendo á la condesa:

—Cuando gustéis, señora.

Magdalena se levantó, y sacó de su bolsillo la carta que hemos visto á María entregar á su doncella, y un pequeño pliego de papel que tenia una *M* grabada en el centro.

—Hay que imitar esta letra, dijo con voz algo trémula, escribiendo en este papel lo que yo dicte.

El amable agente tomó la carta, y la miró con cuidado, poniéndola delante de sí; despues dijo á la condesa:

—Podeis empezar, señora.

—«Hoy 4,» dijo Magdalena dictando.

—«Cuatro.»

—¿A ver? dijo Magdalena. ¡Oh! ¡Admirable! repitió, viendo la palabra escrita en aquella página blanca: continuad. «Ya estoy sola...»

- «Sola.
—«Por algunos dias...
—«Dias...
—«¡César mio!
—«Mio!...
—«Te espero esta noche.
—«Noche.
—«Tengo un gran deseo de verte.
—«Verte.
—«De decirte que te amo.
—«Te amo.
—«Que soy solo tuya.
—«Tuya.
—«Ven pronto...
—«Pronto.
—«Para que me compensen tus caricias...
—«Caricias.
—«De lo que sufro léjos de tí...
—«De tí.
—«Te ama siempre...
—«Siempre.
—«Tu María.»
—Ya está, señora.
—Tened la bondad de leerla toda.

Nuestro hombre se aproximó á la condesa, y leyó:

«Hoy 4.

»Ya estoy sola por algunos dias. ¡Cé-

sar mio! Te espero esta noche: tengo un grandeseo de verte, de decirte que te amo, que soy solo tuya: ven pronto, para que me compensen tus caricias de lo que sufro léjos de tí.

»Te ama siempre tu

MARÍA.»

—Ahora el sobre, dijo Magdalena.

Y le dió un pequeño sobre que tenia grabada una *M* como el papel y con el mismo color.

— *A C. S.*, dijo la condesa.

La sonrisa inalterable del que hemos oido llamar Olmedo se borró algun tanto.

—¡Ah! se dijo: no quieren que sepa el nombre: en último resultado, ¿qué me importa?

Y escribió las letras que le dictaban.

Magdalena recogió con ánsia las cartas, y las miró para compararlas.

—Perfectamente, dijo; ella misma no distinguiria el autógrafo de la copia.

—Celebro que la señora haya quedado complacida.

Aquella exclamacion servil recordó á Magdalena que aquel hombre esperaba le pagasen su trabajo.

Sacó una pequeña cartera, tomó de ella

dos billetes de á 1.000 rs., y se los presentó.

El Sr. Olmedo acentuó sus saludos todo lo posible, y su risa hizo un nuevo pliegue en sus mejillas al dilatarlas.

Magdalena se puso de pié, y despidiéndose con un ligero movimiento de cabeza, se dirigió á la puerta.

Repitiéndole las gracias en todos los tonos, y asegurándole que podia disponer siempre de sus servicios, el Sr. Olmedo la acompañó hasta la escalera.

—¡Brígida! Brígida! dijo entrando: ¡he ganado 3.000 rs. por escribir cuatro letras!

—¡Jesús! dijo la vieja, que se presentó á las voces: ¿y cómo ha sido eso?

—Aquella preciosa chiquilla que vino ayer, me entregó 1.000, y me dijo que esperase hoy á su senora, que me daría otro tanto; pero se conoce que es persona de rumbo, porque ha doblado la cantidad.

—Pero ¿qué es lo que Vd. ha escrito?

—Señora Brígida, es un secreto que nada nos importa: ¡al vuelo á cambiar este billete!

Y le dió uno de los que habia recibido de Magdalena.

—¡Voy corriendo, voy corriendo! dijo la señora Brígida, cubriendo su cabeza con una raida mantilla de seda.

Y bajó las escaleras diciendo:

—¡Jesús! ¡Este D. Francisco es el diablo! No sé, no sé cómo se arregla para que el dinero se le venga á las manos: ¡vea Vd.: ganar en una hora más que yo en toda mi vida! Dios quiera que el día ménos pensado uno de estos negocios no le dé un disgusto.

Si no existieran estos infames séres, ¡cuántos pesares se evitarían las personas honradas! Pero, á la verdad, ellos no son lo que hacen más daño; ellos son el brazo, y sólo el brazo, que guía un pensamiento más alto.

Los culpables son los que utilizan su infamia, los que les buscan, los que pagan su maldad.

Magdalena fué á tomar su coche, y se hizo llevar á su casa.

Cuando entró en su gabinete, la esperaba Cristina.

—¿Ya estás aquí? dijo la condesa.

—Con el pretesto de estar enferma, me he despedido.

—Está bien: vete, ya te llamaré.

Y Magdalena, quitándose por sí misma la mantilla, se sentó junto á la chimenea.

Estaba pálida, muy pálida, y sus ojos brillaban con una alegría que tenia algo de fatal.

—¡Oh! Esta vez, se dijo, no es dudoso lo que vá á suceder.

CAPÍTULO XXI.

Penas del corazon.

Casi á la misma hora en que dejamos á Magdalena, Aurora, apoyada en el brazo de su hermano, llegaba á casa del marqués de la Rivera.

Muy conocidos debian ser los jóvenes hijos del marqués de Velez en aquella casa, cuando llegaron á donde estaba María sin que les anunciassen.

Cuando entraron, María bordaba una pequeña gorrita, sentada junto al balcon cerrado de cristales, que bañaba el espléndido sol de aquel hermoso dia.

Una bata de terciopelo azul claro, orlada con una ancha tira de cisne, que subia á ambos lados hasta rodear su cuello, y una linda cofia de encaje blanco con lazos

de terciopelo azul, componian la rica y sencilla *toilette* de María.

Sentada cerca de ella, en una pequeña silla, estaba la nodriza con el niño en sus brazos, adormeciéndole con ese canto dulce y monótono que es peculiar en todos los países para arrullar el sueño de la inocencia.

Los dos hermanos la miraron un momento á través del *portier* extendido, hasta que Aurora le recogió para entrar.

La marquesa, al verla, se levantó con viveza y corrió á besar á su amiga, alargando su mano á César.

—¿Y Carlitos? preguntó Aurora.

—Míralo, dijo María, volviéndose y tomándole de los brazos de la nodriza: ¡mira qué hermoso está!

Aurora le tomó, y empezó á besarle con cariño.

—Déjemele Vd., ama, dijo, que yo no le despertaré.

—Puede Vd. irse, la dijo María, que la llamaré si el niño llora.

La mujer salió, y los tres jóvenes quedaron solos.

Aurora fué á sentarse en la butaca que ántes ocupaba María, con el niño en los brazos.

César aproximó una silla á María, y acercó otra para sí.

—Voy á quitarte el sombrero, Aurora: hoy comereis conmigo.

—¡Eso es! ¡Y papá quedaria solo!

—No, que enviaremos por él.

—Eso no puede ser, María.

—¿Por qué?

—Porque papá tiene que hacer hoy.

—Pues hija, yo no quiero comer sola, y preciso será que me acompañeis; Cárlos no está aquí.

—Pues ¿dónde está? preguntó Aurora.

—Cazando con unos amigos.

—¿Y cuándo vuelve?

—Creo que pronto; no sé el dia.

—No será muy pronto, dijo César, porque iban léjos.

—¿Lo sabias? le preguntó María.

—Me invitaron á mí, contestó, pero yo no quise ir.

—¿No te gusta la caza?

—No es que no me guste, sino que no puedo alejarme de Madrid.

—Pues yo espero á Cárlos pronto, porque así me lo aseguró.

—¡Ah! dijo Aurora riendo: es que Cárlos no podrá pasarse sin tí. ¡Como tú no te puedes pasar sin él!

—¡Es verdad! dijo María, que se habia ruborizado.

—¿A quién quieres más, María, dijo Aurora con ligereza: á Carlos, ó á Carlitos?

—¡Oh! á los dos con todo mi corazon.

César se habia puesto pálido, y una expresion de impaciencia habia cruzado por su frente; á no dudarlo la charla de su hermana le molestaba.

—María, dijo queriendo cambiar la conversacion: te has olvidado de enseñarnos el álbum de dibujos de que nos hablaste en casa.

—Es verdad, dijo María; voy á reparar mi olvido: hazme el favor de llamar.

César se levantó y tiró del cordon de una campanilla.

Una doncella apareció en la puerta.

—Clara, dijo María: traiga Vd. el álbum que hay sobre el velador del despacho del señor marqués.

—Esta doncella no es la que yo te recomendé, dijo Aurora.

—Aquella se ha ido hoy mismo; ayer se quejaba de dolor de cabeza, y hoy ha dicho que estaba enferma, y se ha marchado; no ha querido que aquí la vea el mé-

dico; yo lo he sentido, parecía buena y cariñosa.

En este momento entró Clara con el álbum que dió á la marquesa.

Todos sus dibujos estaban hechos por ésta, y habia algunos admirables.

César le tomó, y empezó á contemplarles con afan.

Eran un verdadero tesoro del arte sus preciosas acuarelas, sus paisajes á la aguada, sus ligeros bocetos, que revelaban un pincel maestro.

—Esta cabeza es un retrato, dijo César.

—El de mi padre, dijo María; pero imperfecto; está hecho de memoria.

—¡Oh, no! Admirable más bien; mira, Aurora, mira.

—Vaya, César; con tus voces has despertado al niño, dijo Aurora con pena, al ver que el pequeño Carlitos abria los ojos y empezaba á llorar.

—Verás qué pronto calla, dijo María.

Pero ántes que llamase apareció la nodriza, que sin duda oyó el lloro del niño.

Aurora se lo dejó, y fué junto á César á mirar el álbum.

—¿Es verdad que es admirable? la dijo éste mostrándole el perfil correcto y se-

vero de aquella cabeza hecha al lápiz con sorprendente maestría.

—¡Ah, sí! María siempre ha sido un genio para la pintura; recuerdo que nuestro viejo maestro la decia: «¡Hija mia, Vd. ha nacido artista!»

María, que se habia ruborizado, les dijo con dulzura:

—Vosotros me juzgais con el corazon: vuestros elogios, más que el mérito de mis dibujos, me prueban vuestro cariño.

César continuó volviendo las hojas y admirando las bellezas que encerraba cada una de ellas.

Casi al final, una acuarela bellísima reproducia un ramo de pensamientos sin orden.

—¡Ah! dijo César, que palideció densamente: ¿es esto un capricho, ó una copia?

—María, tú guardabas un ramo así, dijo Aurora.

María se conmovió, pero contestó con voz serena:

—Es un recuerdo de nuestros juegos de niños; no sé si tú ó César me dísteis un día un ramo de esas flores.

—No lo recuerdo, dijo César, á quien la

indiferencia de María habia herido en el corazon.

—Y le conservas aún? preguntó Aurora.

—No, dijo María vacilando; le dibujé de memoria.

Si alguien hubiese estado observando á César se habria sorprendido de la alteracion que por un momento demostraron sus facciones.

Por suerte para él, ni María ni Aurora le miraron.

Al oír á María decir que no conservaba el único recuerdo que de él tenia; al saber que habia olvidado si fué él ó su hermana quien le dió este recuerdo, sintió que una nube oscurecia su vista, y que los latidos de su corazon le ahogaban.

—¡Qué espero yo! se decia; ¿acaso no es bastante el haberse casado con otro para convencerme de que no me amó nunca? He ofrecido demasiado; yo no puedo oír su amor á otro hombre sin que mi corazon se rompa en una inmensa lucha; yo no puedo ocultar mi pena al verla con su hijo en los brazos; y si fuera feliz, si tuviese en el hombre que ha elegido un apoyo firme para el porvenir.... pero ese hombre no la ama, es un miserable; yo le he observado

bien, con el celeso afan que siento al verlo dueño de María; ¿y que será de ella el dia que lo conozca, el dia que se encuentre sola? ¡Ah! En ese dia sabrá apreciar el sentimiento que me anima, y él será su amparo.

—¿Qué piensas, César? le dijo Aurora.

—Que papá nos esperará, y ya es tarde; quédate tú con María, y yo iré con él.

—Dí á tu papá que me la deje hasta mañana; hace mucho tiempo que no he dormido cerca de Aurora.

—Eso será más difícil; pero se lo diré, dijo César levantándose.

Aurora habia vuelto á acariciar al niño, y su hermano la dijo:

—Hasta luégo.

—Adios, dijeron á un tiempo ambas jóvenes.

César salió, y María le siguió con una mirada triste; ella adivinaba que le habia hecho sufrir; pero creia ¡pobre niña! borrar con sus palabras la impresion que adivinaba en César, y acaso la que en sí misma no adivinaba.

CAPÍTULO XXII.

Sospechas.

Como esperaba María, Cárlos volvió pronto de su excursion.

En una bella tarde de Marzo en que las brisas de primavera se impregnaban con el perfume de las primeras flores, los marqueses de la Rivera volvian á su casa despues de haber paseado juntos en carruaje.

Empezaba á notarse en Cárlos la ligera expresion de cansancio que anunciaba en él el hastío de una situacion; pero María, demasiado feliz, ó acaso demasiado candorosa, no lo comprendia.

Acababan de llegar, cuando un criado entró el correo que habian traído en su ausencia.

Cárlos le empezó á mirar distraido, y al abrir una carta, la alargó á María, diciendo:

—Toma; esta carta es de tu padre.

María empezó á leerla, y volviéndose á Cárlos, le dijo:

—Papá se queja de que no le escribo, y le escribí hace poco: mira lo que dice:

«Dí á María que me escriba, ó escríbeme tú, si ella está muy ocupada, porque tengo un gran deseo de saber de mi querido nieto: ¿cuándo volveis á Sevilla? Esto está hermosísimo, y lo templado de su temperatura sería muy conveniente al niño. Además, yo quiero verlo, ponerle en mi rodillas, y comérmelo á besos: él es hoy todo mi amor. Tu tio D. Antonio desea tambien vuestra vuelta. Venid, pues, que nunca se está mejor que cuando estamos en el lugar en que hemos nacido.»

—Tiene razon, dijo Cárlos: debiamos volver á Sevilla.

—¡Ay! ¡Sí, vamonos Cárlos! dijo María alegremente. Allí tienes tú amigos, y yo amigas; allí mi padre y tu tio, que tanto nos quieren, y que tanto desean ver á Carlitos.

—Pues bien, nos iremos; á más de eso hay otra cosa que me hace querer á Sevilla, dijo Cárlos.

—¿Cuál es? dijo María.

—Que allí te conocí, dijo Cárlos con amor.

—¡Ah! es verdad, dijo María, apoyando su cabeza sobre el hombro de Cárlos; pero aquí fué donde yo empecé á quererte.

—¿No habias querido nunca ántes que á mí?

María se puso sucesivamente pálida y encendida, y pareció dudar.

Cárlos la miró con sorpresa.

—¡Qué! le dijo: ¿habias amado?

Y sus cejas se frunciéron levemente, formando en su frente un imperceptible pliegue.

—Tanto como amar, no, contestó María con sencillez; pero lo creí así.

—¡Ah! ¡Lo creíste! Y... ¿á quién creíste amar?

—¡Bah! ¿Qué importa, si me engañé?

—¿No quieres decirme su nombre?

—Cárlos, dijo María con seriedad: quizás no he debido decirte una cosa que nada significa, y puede, sin embargo, disgustarte; yo no he querido á nadie, porque mi cariño de niña era, más que amor, afecto de hermanos; despues, á tu lado, cuantos recuerdos guardaba mi corazon se borraron; mi vida empezó entónces, y tú sabes que hoy tú y nuestro hijo llenais esa vida. Todo lo demás no existe para mí. Por eso no creo necesario que sepas ese nombre; pero si lo exiges te lo diré, porque yo no sé ocultarte ni uno de mis sentimientos.

—No quiero saberlo: me basta con que lo olvides.

—Hace mucho tiempo que lo olvidé, Carlos mio; hoy mi corazón me parece pequeño para tu amor y el de tu hijo.

El acento de María era tan sencillo, tan natural, que no podía dudarse de él; se conocía que la verdad brotaba de su alma y palpitaba en sus labios con sus palabras.

Carlos lo conoció así, y poco á poco fué desuniendo el pliegue de duda que se grabó en su frente, como si hubiese detenido allí un instante su vuelo el pensamiento.

María era tan hermosa, tan ingenua, tan sencilla, que Carlos no pudo dudar de sus palabras.

Mientras María hablaba, Carlos fué quitando poco á poco y sonriendo la redécilla que sujetaba los soberbios cabellos de María, que al soltarse por su espalda la envolvieron como un brillante manto.

—¡Ah! dijo María entre enfadada y risueña: nunca me has de acariciar sin despeinarme.

—Me gusta ver tus cabellos: ¿te incomoda el que los encuentre hermosos?

—No; pero me haces perder algunas horas todos los días peinándome.

—¡Bah! Poco tienes que hacer; todas tus horas son mias.

Y Cárlos, al decir esto, arrollaba en sus dedos los cabellos de María, los soltaba de nuevo, los esparcía, jugaba, en fin, con delicia con aquella soberbia cabellera, que era el espléndido adorno de una cabeza de ángel.

Cuando María sonreía al ver la insistencia de Cárlos en acariciar sus cabellos, oyeron llamar suavemente á la puerta.

—¡Adelante! dijo Cárlos reteniendo á María, que quiso ponerse en pié, porque creyó que era algun criado el que llamaba.

La puerta se abrió, y Aurora y César aparecieron en ella.

Los dos jóvenes se detuvieron en el dintel, confusa Aurora, y profundamente alterado César.

María se levantó vivamente tan turbada, que apenas pudo adelantarse á recibir á su amiga.

Sus mejillas, encendidas como la flor del granado, sus labios temblorosos, su magnífico cabello flotando suelto por su espalda, la hacían hermosísima.

Cárlos se levantó, y fué risueño á saludar á Aurora.

Pero cuando habló á César, la voz de éste era tan temblorosa, que Carlos se preguntó:

—¿Será á César á quien María creyó amar?

Y queriendo probarlo, se dijo:

—Veamos si sufre, como sufría yo cuando me gustaba una mujer y la veía acariciar. ¿No es verdad, Aurora, continuó Carlos, que María no debía recogerse el cabello para que se viese lo hermoso que es?

—María siempre le ha tenido tan hermoso, dijo Aurora: en el colegio todas la envidiaban sus hermosas trenzas, porque eran tan largas y tan finas, que parecían de seda.

César debía sufrir mucho, porque en sus miradas había algo de la vaguedad del que delira.

Sus manos se crispaban, y todo su sér se agitaba violentamente.

Carlos le observaba de una manera sostenida.

—María, dijo al fin César haciendo un esfuerzo por parecer sereno: te dejo á Aurora para que te acompañe á comer y al teatro.

—Pero ¡qué! dijo ésta: ¿no te quedas tú?

—Yo no puedo dejar á mi papá, dijo friamente.

—María, dijo Cárlos: ¿por qué no propones á Aurora que nos acompañe á Sevilla?

—¡Qué! ¿Os vais? dijo Aurora con pena.

—Sí; papá nos espera. Aún no conoce á Carlitos.

Aurora abrazó á María, y empezó á llorar.

—¡Otra vez sin tí! dijo.

César no podía pronunciar una sola palabra.

El, que amaba á María con toda su alma; que veía en ella la realizacion de sus sueños de niño, de sus delirios de hombre, acababa de verla casi en los brazos de otro hombre, que tenía el derecho de llamarla suya.

Y luego, cuando apenas había podido dominar su poderosa emocion, sabía que iba á perder su único triste consuelo: ¡verla!

Aquel hombre se la llevaba, y él no podía oponerse, puesto que para ello tenía un derecho sagrado.

César sentía que la razon le abandonaba, que el delirio invadía su pensamiento

y en vano queria sobreponerse á él.

Cuantas ideas puede inspirar la desesperacion y la locura unidas, destrozaban el pensamiento de César.

Su silencio era insostenible, y la voz se apagaba en su garganta sin poder formular un sonido.

María acariciaba á Aurora y la consolaba con que volveria pronto; Carlos, en tanto, observaba á César.

—Este es, se decia, el que María amó; pero ella dice la verdad; ya no le ama; de otro modo, no podria estar serena como lo está; él la ama todavía... ¡y yo que no me explicaba el por qué me era odioso! La primera sospecha es el primer paso hácia la verdad... ¡veremos!

César, en tanto, pudo vencer su emocion, y se levantó para despedirse despues de pronunciar algunas palabras indiferentes.

Al decir ¡adios! á María, sus ojos brillaban de una manera poderosa, y aquellos ojos hermosísimos, que parecian encerrar toda la noche, y en los cuales estaba tambien toda la luz, debieron hablar en su misterioso lenguaje al alma de María, porque ella tambien palideció densamente, y tembló al estrechar su mano.

Y es que adivinó que aquella era una despedida eterna, como habia adivinado el desesperado dolor de César.

Ella, pobre niña, habia creído que al refugiarse en el amor de su hijo, en el amor de su esposo, vencía en su corazón aquel primer sentimiento que inició en él la vida; pero en el involuntario estremecimiento con que éste se agitaba, debía conocer que no se borran fácilmente las primeras impresiones del alma.

César, al salir, vacilaba; sentía la embriaguez del dolor, de los celos, de la ira.

—María no me ha querido nunca, se decía; yo he soñado: ¡no quiero verla más! Si ella fuese siquiera para mí una hermana...; pero me vé indiferente... ¡Ah! ¡Ese hombre la acariciaba y yo lo ví! El soltaría sus cabellos para verla mas hermosa... Pero ¿por qué he de odiarlo yo? se decía, procurando contener el torrente de fuego de sus ideas; ella le ama; ante todo, que ella sea feliz.

Cuando César se hubo alejado, Aurora, que amaba mucho á Carlitos, corrió á buscarle, y María llamó á una doncella para que le recogiese el cabello.

Cárlos, que habia quedado pensativo, se

dijo que en último caso no debía inquietarse porque César amase á su mujer con tal que ella no participase de este amor: «Es adorable, se decia, y no es extraño que sea adorada.»

—Iré á buscarte al teatro, dijo á María cuando acabaron de comer; entre tanto, me voy al café; allí me esperan unos amigos.

Aurora y María quedaron solas, y Carlos bajó las escaleras rápidamente.

Al salir á la calle, una mujer vestida de negro, y cubierta con un velo se le puso delante.

CAPÍTULO XXIII.

Venganza infame.

Carlos miró fijamente á la dama, que levantó en silencio su velo.

—¡Magdalena! exclamó: ¿tú aquí?

—Sí; yo, que vengo á buscarte.

—¿Para qué? dijo Carlos con voz algo trémula, porque la hermosura de Magdalena le inspiraba á un tiempo miedo y deseo.

—Tengo necesidad de hablarte de algo

que te interesa mucho, dijo ella con acento incisivo y frío: ¿quieres seguirme á mi casa?

Cárlos hizo aproximar un coche que pasaba vacío, y dando la mano á Magdalena para subir, subió él despues.

Guardaron ambos silencio algunos momentos.

Cárlos, porque comprendia que habia ofendido en su orgullo á aquella mujer, y aunque le halagaba ser buscado por ella, le contrariaba terriblemente tener que sufrir sus burlas y reconvenciones, no sabia qué decir, y callaba.

A Magdalena la convenia guardar silencio.

—Es muy extraño, dijo Cárlos al fin, que hasta ahora no hayas tenido nada que decirme.

—Despues hablaremos, dijo ella; se trata de un asunto muy grave para empezar aquí.

—¡Me asustas, Beatriz!

Magdalena calló, y Cárlos hizo lo mismo.

Momentos despues Magdalena, apoyada en el brazo de Cárlos, entraba en su gabinete.

Una doncella se apresuró á quitarle la mantilla.

Era Cristina.

—¿Tú aquí? la dijo Cárlos con extrañeza: ¡te creía enferma!

—Tu mujer la ha despedido en tu ausencia, dijo Magdalena, pronunciando estas palabras como si quisiera darles una intención profunda, y la he tomado yo.

—Pero, ¿no has sido tú, Concha, la que te has despedido por enferma? dijo Cárlos.

—La señora marquesa me dijo que no me necesitaba, contestó Cristina con voz insegura; é inclinándose ligeramente, salió.

—¡Es extraño! dijo Cárlos: ¿por qué se me ha mentido?

—Porque habia necesidad de no inspirarte sospechas.

—¡Sospechas! ¿Y de qué género? ¿Qué me importaba á mí que mi esposa tuviese esa ú otra doncella?

—Podrias haberla creído cómplice en alguna intriga...

—¡Beatriz! gritó Cárlos con tal ira, y poniéndose de pié tan violentamente, que Magdalena retrocedió asustada: vas á decirme qué significa eso.

—Significa, Cárlos, que te has engañado una vez más; que el ángel de ayer pierde sus alas para convertirse en mujer, y en

mujer despreciable, pues que miente á dos un amor que á ninguno dá.

Cárlos habia dado un paso hácia Magdalena, y asiéndola con fuerza una mano, la dijo con voz ronca:

—¡La prueba de lo que dices!

—¿La prueba? Héla aquí.

Y sacó de su pecho una carta, que entregó á Cárlos. Cárlos empezó á leerla; y á medida que leía, sus facciones se alteraban; temblaban sus manos, y una expresion de suprema angustia se retrataba en su rostro.

—¡Infame! dijo al fin con voz entrecortada: ¡me engañaba! ¡Y yo que la creia una santa! ¡Oh! qué niño he sido! ¡Cómo se habrá reido de mí! ¡Y ese hombre!... ¡Yo necesito matarle!... ¡Le mataré, sí, le mataré! ¡Por eso rehusó asistir á la cacería, porque esperaba verla! ¡Y ella, ella que me decia con aquel acento de verdad: *¡Vuelve pronto!* No, no es posible! ¡Pero esta es su letra; no puedo, por desgracia, dudar!...

Magdalena recogia con avidez estas palabras que Cárlos dejaba escapar con voz convulsa: los sollozos levantaban su pecho, sin que subiesen á su garganta: una palidez mate, una palidez de cadáver se esparcía en su rostro.

Sus ojos estaban encendidos; sus labios, que temblaban convulsivamente, parecían orlados de una lívida espuma. Cuanto puede expresar el sufrimiento humano, se encontraba en él.

Sus manos, dolorosamente crispadas, oprimían su frente, que parecía estallar, y un rayo de sombrío furor brillaba en sus ojos cuando los fijaba en aquel escrito fatal.

Magdalena le miraba asustada, temía que la explosión de su dolor le llevase más allá de lo que ella hubiera querido.

Fué á intentar consolarle; pero Carlos, rechazándola, la dijo:

—Déjame; necesito estar solo. Te ruego que me dejes.

—¡Oh! dijo Magdalena con celoso acento: ¡cuánto amas á esa mujer!

—¡La amaba tanto como hoy la odio! ¡Qué infame! Nunca, como en ella, las apariencias de un celestial candor han ocultado un corazón corrompido!

Carlos, al decir esto, inclinó su cabeza sobre una de sus manos y rompió á llorar.

Su llanto seco, nervioso, revelaba un sufrimiento infinito.

—Beatriz, dijo, como si un rayo de luz

se abriese camino á través de las sombras de su pensamiento: ¿cómo ha llegado esa carta á tus manos?

—La persona encargada de entregarla me la ha dado.

—¡Ah! ¡Esa doncella! ¡Sí, esa será! Por eso la han despedido... pero ella sabrá...

—No la dirás una sola palabra, dijo Magdalena; yo se lo he ofrecido.

Cárlos guardó la carta que creía escrita por su esposa con una calma glacial, y se puso de pié.

—¿A dónde vas? le dijo Magdalena.

—¡A matarlos! dijo Cárlos como quien delira.

—No, no te irás, dijo Magdalena verdaderamente asustada: no te irás, porque yo te amo, y mi amor te compensará del desengaño que has sufrido.

—¡Nada puede compensar la certeza de haber sido engañado, vendido, deshonorado!... ¡Déjame, Beatriz, déjame! ¡Si me amaras como dices, no me habrias enseñado esa carta!

—¡Que no te amo yo! dijo Magdalena con un acento que partió del alma: ¡que no te amo! ¡Ah! Mírame, Cárlos, mírame, y dime sino es tu amor, sino es el dolor de

estar léjos de tí el que me ha enflaquecido, el que ha apagado la mirada de mis ojos.

—Sí, dijo Cárlos, débil en su dolor como lo habia sido en su dicha; tú me amas; tú no me engañarás nunca; yo volveré á buscarte, y huiremos juntos...

—¿Y para qué volver, Cárlos mio? Quédate á mi lado, y vámonos á donde tú quieras; ¡mi patria, mi vida eres tú!

—Volveré, la dijo.

—No, no, por Dios; yo te lo pido de rodillas; desprecia á esa mujer, olvídala y yo te haré feliz.

—Es preciso, Beatriz.

—No, y mil veces no; mañana podemos partir.

Cárlos pensó en su hijo, y una nueva expresion de dolor volvió á pintarse en su rostro.

—¡Ah! ¡Mi hijo! exclamó. Mi inocente hijo... Pero ¿quién sabe? No: no quiero verlo tampoco.

—Vámonos á Nápoles, dijo Magdalena, que comprendió que Cárlos comenzaba á ceder; allí lo olvidarás todo, y mi amor te envolverá en una dicha celestial.

—Necesito volver á mi casa, Beatriz: no insistas.

—¿Y á qué has de ir? ¿Qué te importa esa mujer?

—Acaso dices bien, dijo Cárlos, cuya débil voluntad se doblegaba fácilmente; despreciarla es mejor...

Pero del fondo de su alma surgia la dulce imágen de su esposa, á quien hacia una hora habia visto amante, cariñosa, sincera, como una protesta contra aquella infame calumnia.

Quería dudar, pero tenia allí al alcance de su mano la prueba acusadora.

Como una gala de cinismo, la carta estaba escrita en el mismo papel que usaba María cuando escribia á personas de su confianza.

Cárlos no sabia que el crimen no olvida ningun detalle.

Una mujer hermosa tambien y enamorada, queria calmar su dolor, y Cárlos se dejó vencer.

Magdalena en un principio se habia asustado; comprendió de qué manera tan profunda habia herido el corazon de Cárlos...; pero ya no habia remedio; no podia retroceder; era imposible deshacer aquella infame calumnia, acusándose á sí misma.

Trató, pues, de ganar en el corazon de

Cárlos el lugar de que arrojaba á su inocente víctima; ella se vengaba en su rival de lo que le habia hecho sufrir, y se vengaba de sus celos en el dolor de Cárlos.

Estaba satisfecha.

Poco á poco Cárlos le fué concediendo cuanto deseaba, y convinieron en partir al otro dia para Nápoles.

Cárlos llamó aquella noche á su administrador á casa de la condesa.

—Necesito todo el dinero que tenga Vd. disponible, le dijo.

—¿Para cuándo, señor marqués?

—Para esta noche; lo más tarde para mañana.

—Iré por él, dijo el administrador sorprendido.

—Desde hoy, dijo Cárlos, no se dará á la marquesa la cantidad que para alfileres la está asignada.

El administrador le miraba absorto.

—Mañana, añadió Cárlos, irá Vd. á mi casa, y dirá á la marquesa que he salido de España, acaso para no volver; que necesito todas mis rentas, y nada puedo dejarle; sólo la casa, en que puede continuar, si gusta, á ménos que no se vaya á otra.

El administrador no comprendia una

palabra; le parecía que el marqués estaba loco.

—Pero señor marqués, se atrevió á decir: ¿y el hijo de V. E.?

Los ojos del marqués brillaron con tal ira, que el pobre hombre tuvo miedo.

—Sr. Fernandez, le dijo, no se moleste Vd. en ocuparse de mis asuntos. Como ya he dicho á Vd., continuó, mañana salgo de España; yo le escribiré para indicarle á dónde me ha de enviar mis rentas, y Vd. me dirá todo lo que se refiera á la marquesa.

El administrador, que dedicando la mayor parte de su vida á hacer sumas y á formar cuentas, no entendia nada de lo que sucedia al marqués, le miraba aturdido.

—Pero señor, dijo al fin, ¡la marquesa quedará sola!

—Hágame Vd. el favor de traerme esos valores, le dijo sin contestarle.

—Voy, voy corriendo, dijo el administrador, que no sabia dónde dar de cabeza.

Y cogiendo su sombrero, salió exclamando:

—¡Loco! ¡Qué desgracia tan grande! Y está loco, sí señor, no hay remedio. ¡Po-

bre marquesa! ¡Tan buena! ¿Y de quién será esta casa? Yo lo averiguaré.

Magdalena, que habia presenciado oculta esta escena, salió, y empezó á prodigar á Carlos mil caricias, que no alcanzaban á desvanecer la profunda desesperacion que éste sentia.

Magdalena todo lo tenia dispuesto.

Al dia siguiente el marqués, ella y Cristina salieron para Barcelona, donde debian embarcarse con rumbo á Italia.

Magdalena triunfaba.

El crimen vencía á la virtud. Su influencia sobre el débil corazon de Carlos dejaba un hijo sin padre, una esposa jóven y buena, sola y entregada á sí misma.

A veces parece que Dios permite esos triunfos sobre la inocencia, como una prueba á que somete el corazon humano.

¡Feliz el que en esas terribles pruebas no es vencido á su vez por el impulso del mal!

CAPÍTULO XXIV.

Presentimientos.

María ocupaba con Aurora un palco en el teatro del Príncipe. Aquella noche ponian la preciosa comedia de Ayala *El tanto por ciento*. María, triste ya, sin explicarse la causa, se entristeció aún más al escuchar sus encantadores versos.

—¿Qué tienes? la preguntaba Aurora.

—No lo sé, respondió: me duele la cabeza.

Y seguia escuchando con ansia á Teodora, que interpretaba admirablemente la creacion del poeta.

Pero cuando en la escena más interesante del drama, la condesa pide en vano que salven con una palabra su honra; cuando aquellos infames no lo hacen porque calculan en tanto que callan cuánto les puede valer su silencio, María, pálida, palpitante con los ojos llenos de lágrimas, seguia cada incidente con vivísimo interés.

—¿Por qué te conmueves tanto? la dijo Aurora tomándole una mano y estrechándola con cariño.

—No me lo explico, Aurora, pero siempre que veo esta admirable obra me sucede lo mismo; pienso en lo horrible que sería en la vida real sentirse herir por esas armas infames, y no saber por qué se nos hiere; la calumnia no puede evitarse, porque todos la conocen ménos aquel á quien ofende; cuando lo sabe, ya es tarde.

—Pero, hija mia, ¿para qué te preocupas tú por eso? Es verdad que la calumnia mata moralmente, pero tú, que no tienes enemigos, que á nadie has hecho daño, que eres tan buena, ¿por qué la has de temer?

—Acaso sea un presentimiento de mi corazón.

—No; es que tú eres muy sensible, y te impresionas fácilmente.

—Quizás tengas razón.

—Y luégo, querida mia, que Dios no puede dejar triunfante la mentira; podrá sostenerse en tanto que los sucesos preparados por ella ofusquen; pero luégo desvanecerá su sombra la luz de la verdad.

—Pero en tanto que esa luz se hace, Aurora, la prueba debe ser cruel.

—Tanto más bello es luégo el triunfo; pero dejemos esto, María; ya ves que hasta en ese drama que tan profundamente te

impresiona, la calumnia se desvanece.

María guardó silencio: el telon se había levantado, y empezaba el tercer acto.

María le escuchaba con atencion, y sus dulces facciones se serenaban á medida que avanzaba el desenlace.

Cuando terminó, María comenzó á extrañar que Cárlos no llegase.

Empezó á inquietarse, y la dijo Aurora:

—Por todo te apuras, María; estará con sus amigos, y no habrá podido venir.

—¿Tienes tú empeño en ver la pieza que sigue?

—No, ninguno; vámonos si quieres.

—Ya debe esperarnos el carruaje; le mandé volver á las once, y son diez minutos más.

—Tampoco César ha querido venir.

—Te dejaré en tu casa, y luégo me llevarán á la mia.

Las dos amigas se pusieron sus abrigos y se levantaron para retirarse.

En breves momentos llegaron á la calle de la Reina.

—¿Por qué no subes, María? le dijo Aurora; papá me esperará.

—Mañana volveré; tengo cuidado por Carlitos.

—Adios, hija mia, la dijo el marqués de Velez, que al sentir parar el carruaje bajó á recibir á su hija: ¿quieres que te acompañe?

—¡Ah, no! Van dos criados, y es temprano: hasta mañana.

El carruaje partió, y Aurora y su padre subieron.

—¿Y mi hermano? dijo la jóven.

—No ha salido, hija mia; dice que no está bueno.

—¿Está en su cuarto?

—Sí.

—Voy á verle.

Y cruzando con ligereza algunas habitaciones, entró en la de su hermano.

César, envuelto en una bata de terciopelo carmesí, estaba recostado en un sofá.

Su brazo se apoyaba en uno de los almohadones, y su rostro se ocultaba en su mano.

Estaba inmóvil; no podia asegurarse si dormía.

Aurora llegó cerca de él sin ser sentida, pues sus pasos se apagaban en la alfombra, y besó con cariño su cabeza.

César se incorporó, y abrazó á su hermana.

—¿Por qué no has ido al teatro? la dijo ésta; te hemos estado esperando.

César, al oír el plural, sonrió con tristeza.

—¿Quién me ha esperado? le dijo.

—María y yo.

—¡María! ¿Te lo ha dicho ella que me esperaba?

—No; pero yo le aseguré que irías, y luego nos hemos tenido que venir solas: Carlos no ha ido tampoco.

—¡Carlos! dijo César, por cuya frente pasó, rápida como la sombra de una mariposa, una expresión de disgusto. ¡Carlos no vá nunca á donde debe ir!

—¿Por qué dices eso?

—¡Pobre María! dijo César sin contestarle.

—¿Por qué? ¿No ves cuánto la quiere? Hoy mismo parecía loco con ella.

—¿Y cuánto durará ese cariño, niña mía, en un corazón como el de Carlos? María y tú, ¡pobres ángeles! no veis hoy más que la superficie de las cosas; no llegais al fondo, que es donde se oculta el ceno.

—Pero hermano, me parece que eres injusto con Carlos.

—Si tú le hubieras visto, como yo, en las reuniones de hombres solos, en esas horas de expansion y confianza en que parece que el corazon se entreabre para dejar ver todos sus pliegues, acaso, á pesar de tu inocencia, le hubieras conocido: Cárlos tiene el corazon seco y viciado; no tiene fe en nada; se burla de todos los sentimientos que forman como una atmósfera más pura alrededor del alma. Cárlos se cansará de María, y entónces la pobre niña se hallará sola.

—Dios no querrá que eso suceda; María es tan buena, que podrá regenerarle, si es como tú lo juzgas.

—María será una mártir, y nada más; no tiene ella el carácter firme y enérgico que podria dominar ese otro carácter débil.

—Esta noche estaba la pobrecita muy triste.

—Oye, Aurora: aunque eres una niña y apénas me comprenderás, los sentimientos puros pueden decirse siempre, y voy á abrirte mi corazon. Esta tarde he sufrido cruelmente; Cárlos sabe que yo he amado á María, no tengo duda de ello, y queria probarme haciendo alarde de su amor á su esposa. Yo he vivido un siglo en aque-

llos momentos de agonía; yo tengo ante mis ojos aquel cuadro, y oigo resonar aquellas palabras en mi oído. He formado una resolución invariable; voy á pedir mi traslado á otro cuerpo, y me alejo de Madrid: yo la amo; pero mi amor es tan puro, que es una especie de culto sagrado, de adoración respetuosa; mi alma es el altar de su memoria; mis pensamientos la buscan siempre sobre tronos imaginarios, y la veo en ellos tan elevada, que mis ilusiones de amor llegan á sus piés como un perfume de perfecto aroma. Si mi corazón abrigase hácia ella un solo latido que no fuese puro, me arrancaría el corazón, porque cuando se ama nos complacemos en creer lo más grande nuestro amor, y no es amor el profanar con un solo pensamiento el nombre que es nuestra vida. Pero, á pesar de la pureza de mi amor, yo no puedo soportar el martirio de mis celos. Yo la veo de otro hombre que acaso no la comprende, que no la ama, y mi corazón se rompe. No sé por qué creo que esperan á María muchos dolores; es un triste presentimiento que me asalta cuando pienso en su porvenir; y si este presentimiento se realiza, yo tengo el derecho y el deber

de velar por ella. Siempre encontrará un apoyo en mi corazón; pero ¿aceptará ella ese apoyo? Creo que no, porque, en su alta pureza, creería hacer una concesión á sus sentimientos contra sus deberes. Pero, acéptele ó no, yo velaré siempre por ella, y esta es la misión que espero del porvenir acerca de María. Tú no sabes cómo yo la amo, Aurora; ¡si vieras cuántas horas de angustia he pasado! Pero ya he logrado decir á mi amor lo que Dios dijo á las olas del mar: «De aquí no pasarás.» Ahora solo sufro cuando la veo junto á su esposo; y acaso, si llego á convencerme de que la hace feliz, pueda verla sin pena junto á él.

Aurora lloraba, y habia asido las manos de César.

—Pero, hermano mio, dijo al fin: ¿por qué no procuras olvidarla, si es ya imposible para tí? ¿A qué sufrir sin esperanza de consuelo?

—¡Olvidarla! Eso es imposible, Aurora; su recuerdo es una necesidad de mi vida, y en sufrir por ella hallo consuelo y dicha.

—¡Dios quiera que te engañes, que no seas desgraciado, y que tú no sufras más! En cuanto á irte de Madrid, papá no lo

consentirá, y es inútil; además, María se va á Sevilla.

—Tienes razon: veremos. Buenas noches, mi querida niña, dijo César besándola en la frente.

Aurora salió para ir á su cuarto, y César quedó solo de nuevo.

CAPÍTULO XXV.

El Administrador.

María pasó toda la noche en una ansiedad creciente.

Sintió pasar las horas junto á la cama de su hijo, y al amanecer, fatigada y enferma, se arrojó vestida en su lecho.

Ella no se explicaba la ausencia de Carlos, y nada más léjos de la realidad que las suposiciones que de ella hacia.

Las once serian cuando una doncella entró á decirle que D. Baldomero Fernandez deseaba con instancia verla.

—Pero ese es el administrador, dijo María: será al marqués á quien busca.

—Ha dicho que á la señora.

—¡Es extraño! En fin, hacedle entrar.

D. Baldomero entró.

El pobre señor completamente aturdido con la comision que le habia dado el marqués, no sabia cómo empezar á desempeñarla.

La marquesa le señaló una silla y le saludó con un leve movimiento de cabeza.

—Señora, dijo dando vueltas á su sombrero, que habia conservado en la mano; señora... yo, el Sr. Marqués...

—¿Qué? dijo María levantándose violentamente: ¿ha sucedido algo al marqués?

—No; no señora, al ménos que yo sepa; anoche estaba bueno, sólo me pareció que su razon no estaba muy serena; pero este es un parecer mio.

—En fin, hágame Vd. el favor de explicarse; estoy inquieta.

—A eso voy, señora mia: pues decia, es decir, iba á decir, que anoche el señor marqués me llamó; me pidió urgentemente todos los fondos que tuviera disponibles, y yo...

D. Baldomero vaciló de miedo.

—¡Y bien! dijo María que estaba excesivamente pálida: el marqués habria perdido acaso en el juego, ¿no es eso?

—No señora: precisamente hay algo

más; en fin, el señor marqués se ha marchado al extranjero.

—¿Qué dice este hombre? exclamó María, cuyas facciones se alteraron rápidamente: ¡está loco!

—¡Ay! sí señora: por desgracia yo creo que V. E. tiene razón: que está loco!

—Pero ¿quién está loco?

—¿Quién ha de ser, señora? el Sr. Marqués.

—¡Dios mío! dijo María pasándose su mano helada por la frente: ¡Dios mío, dame un rayo de luz, porque yo no comprendo lo que sucede!

—Señora marquesa, dijo temblando el administrador: yo siento darle esta pena, pero el señor marqués...

—Pero ¿dónde está el marqués?

—¡Ay! señora, yo no lo sé: ha salido de España.

—Pero ¿por qué? ¿Con quién?

—Anoche me llamó S. E. á una casa de la calle de Atocha: el señor estaba muy pálido; me miraba de un modo que daba miedo; ¡perdóneme Dios, pero yo creo que estaba loco! Me pidió el dinero, como ya he tenido el honor de decir á V. E., y me dijo que... que...

La voz de D. Baldomero volvió á anudarse en su garganta.

—¿Qué? dijo María, que parecía sufrir de una manera infinita.

—Que no se pasase á V. E. la pension mensual de alfileres... y ... que le dijese su marcha, pero que V. E. puede seguir habitando esta casa, á ménos que no prefiera irse á otra.

Los grandes dolores tienen algo de la influencia adormecedora del narcótico.

Pasan sobre el pensamiento con la pesadez de la niebla sobre el horizonte; le dominan y le aturden.

Unos de esos dolores puede producir el embrutecimiento de los sentidos, la atonía de la estupidez, y puede hacer despertar la energía de un carácter en el fondo de un corazón.

María, incapaz de pronunciar una sola palabra, parecía escuchar aún: nadie hubiera podido expresar lo que sentía, ni pensamiento alguno hubiera podido seguir el vuelo de su pensamiento.

Don Baldomero empezó á sentirse inquieto de aquel silencio, y tosió, como diciendo: «Aquí estoy.»

María levantó la cabeza, y con una sere-

nidad que espantaba le dijo:

—D. Baldomero, le doy á Vd. las gracias por venir á anunciarme el viaje de mi esposo. Yo tengo dinero y nada necesito: puede Vd. enviárselo todo.

—¡Anda, anda! dijo para sí el administrador, cómo lo toma la niña! Viaje ¿he? Pues á mí no me quitanadie que era huida, y milagro será sino anda alguna bribona de campanillas en el asunto.

—Mucho le agradeceré á Vd., dijo María que con su delicado instinto comprendió que no debía demostrar su dolor á un extraño, que vuelva por aquí para que yo le encargue algunos negocios.

—Siempre estaré á las órdenes de la señora marquesa.

Y levantándose, se despidió torpemente, y se alejó.

—Todos los pícaros tienen suerte, iba diciendo; el Sr. Marqués que se vuelve loco, porque para mí no hay duda, estaba loco, y escapa, tiene una mujer hermosa y más suave que el terciopelo, como que llama viaje á la escapatoria de su marido, y yo, que era tan buen casado, que no daba un paso sin pedir permiso á mi mujer, me tocó una amable como un erizo. ¡Uf! ¡Dios la

tenga en su gloria; si no se muere, me mata; pero me pasó lo que dice Quevedo le sucedió á cierto marqués que enviudó:

Ella se fué á ver á Dios,
y á mí Dios me vino á ver.

—Pero ¡vea V. lo que son las mujeres!
¡Quién habia de pensar que lo tomára con tanta calma!

CAPÍTULO XXVI.

¡Sola!

Difícil seria expresar lo que María sintió al quedar sola.

En su pensamiento no habia ideas, ni en su corazon latidos.

Era, más que abatimiento, más que desesperacion, como un anonadamiento de fuerzas á un tiempo morales y físicas.

—¡Sola! se decia. ¡Me deja sola!

Y en esta palabra se encerraba toda la cantidad de amargura que se desbordaba en su alma.

Algun tiempo permaneció así.

Sin ideas, sin voz, sin razon.

Parecia que todos los resortes de su vida

se habian roto por un sacudimiento de pena.

Habia en su actitud algo parecido á la indiferencia de la locura, algo del abatimiento de la desesperacion.

Un suceso muy natural le sacó de su abstraccion.

Acaso algunos momentos más de aquel estado de sonambulismo doloroso la habrian matado.

Se oyó el lloro de un niño por espacio de breves instantes.

María le oyó como si le escuchase por la primera vez, como si se preguntara de qué procedia.

El eco que dilataba aquel llanto resonó en su corazon.

Fué como un rayo de luz que brilló entre la densa sombra de su pensamiento.

—¡Ah! murmuró, como si despertase, y con una dulzura infinita: ¡mi hijo! ¡Le habia olvidado...!

Una reaccion poderosa se efectuó en su espíritu.

A la palidez de su rostro sucedió una arrebataada púrpura.

La pobre niña apoyó su frente en sus manos y rompió á llorar.

¿Cuánto tiempo permaneció así?

Los instantes de dolor no se miden. Ellos tienen una duracion infinita para el que sufre.

Diríase que detienen su vuelo sobre la frente herida del dolor, como detienen el suyo las tempestades sobre las crestas de las montañas.

El tiempo no es nada ó es mucho, segun los sucesos que en él se determinan.

En las penas el tiempo no pasa; parece que se adhiere al pesar para dilatarle, para prolongarle en lo infinito.

Si el tiempo estuviese representado en una figura, creeríamos que absorbe cuanto hay de cruel en el corazon humano, y que goza en nuestro martirio.

Sufrís, encerrais en vuestro pensamiento todo un mundo, le veis allí desgarrado, ensangrentado; mirais á vuestro alrededor, creyendo que si el mundo entero contribuye á vuestra pena, debe participar de ella, y veis primero con asombro, luégo con amargura, que todo sigue indiferente; que el cielo sonríe, el viento suspira y las flores recrean: sólo las horas se hacen eternas.

Parece que la creacion tiene en sí algo de egoismo; se asocia á nuestra dicha; pero

rechaza nuestro dolor. Entónces brota en el alma como un supremo consuelo la idea de Dios.

Entónces la oracion, como esperanza, como súplica, brota en nuestros labios independiente de nuestra voluntad.

Porque las oraciones son como las alas de nuestra alma.

Ellas la llevan más allá del mundo visible.

¿A dónde?

A ese infinito desconocido, que atrae como todo lo que es misterioso.

El aislamiento del dolor abrumba como el dolor mismo.

La oracion aleja el aislamiento, poblando de celestes esperanzas la soledad del pensamiento.

María despues de llorar oró largo rato.

¿Qué pedia en aquellas oraciones?

Acaso no lo sabia; pero la oracion era una necesidad de su alma en tales momentos.

Más tranquila despues empezó á pensar.

Cuando el paroxismo del dolor se desvanece, dejando al pensamiento recobrar su imperio, las ideas perciben mil detalles que renuevan, que hacen visible el dolor;

el pensamiento, al interrogarse á sí mismo, es cruel.

Hace el mismo efecto sobre el alma que una luz sobre unas ruinas.

En la oscuridad, éstas eran una masa informe que nada inspiraba; al iluminarlas, al poder apreciar sus detalles, inspiran tristeza y á veces horror.

En el alma de María empezaba á debilitarse el dolor.

Algunos girones de sombras flotaban aún en su pensamiento, como despues de la tormenta flotan girones de nubes en el horizonte.

Pero no se condensaban, huian.

María empezó á preguntarse si merecia aquel dolor el que la dejaba en un abandono infame, y su orgullo, su dignidad, le contestaron que no.

Aún vacilaba ántes de mirar al fondo de su situacion; aún se preguntaba entre sollozos que ya no subian á sus labios, pues se rompien en su pecho, si le seria posible vivir, cuando una de las puertas del gabinete en que estaba se abrió, y la montañesa que criaba á su hijo apareció en ella con el niño en los brazos.

María se levantó violentamente y le tomó en los suyos.

—¡Hijo mio! ¡Hijo de mi alma! decia besándole con pasion: ¡te he olvidado, cuando tú eres mi vida! ¡He querido morir cuando tú me necesitas...! ¡Vas á debérmelo todo, porque ya sólo tienes á tu madre...!

Las lágrimas de María salpicaban el rostro del niño, como salpica el rocío las hojas de una rosa.

El tierno ángel sonreia.

Quizás aquel rocío de dolor le acariciaba.

—¡Y yo me creia sola cuando te tengo á tí en mis brazos, y á Dios en mi corazon...! ¡Sola, cuando mi alma está llena de tu amor! ¡Bendito seas, hijo mio! ¡Qué seria de mí sin tí? ¡Madre mia, dijo arrodillándose siempre con su hijo en los brazos: tú que me ves desde el cielo: tú que me has querido como yo quiero á mi ángel, pide á Dios que me lo conserve, para que él sea en mis penas el consuelo y la esperanza de mi vida!

La nodriza la miraba absorta, sin comprender una sola palabra; pero como al corazon sencillo de la pobre mujer llegaban las palabras de María, lloraba copiosamente.

—Señora, la dijo en ademan de súplica

y sin saber de qué manera consolarla: señora mia, por Dios!

María la miró á través de sus lágrimas.

—Quiero llorar hoy, la dijo, porque no lloraré más.

—Pero, señora mia, V. E. se pondrá mala.

—Es verdad: debo atender á mi salud: ¿qué sería sin mí de mi hijo...? Ama, dijo volviéndose, al parecer serena: pida usted agua para mí... ¡Me estoy ahogando...!

La nodriza comprendió que María no debía ser vista en su dolor por los demás criados, y fué por sí misma á buscar el agua.

A veces en las mujeres del pueblo hay sentimientos delicados que casi permanecen ocultos, porque les falta el relieve de la educacion.

La marquesa, fatigada, dolorida, bebió con ansia el agua que la buena mujer le presentaba, é hizo un esfuerzo por aparecer serena.

Una gran pena revela á veces la existencia de un gran carácter.

María, dulce y delicada, débil al parecer, empezaba á trasformarse en enérgica y fuerte.

—Es necesario pensar en el porvenir, se dijo.

Y con una firmeza de que no se la hubiera creído capaz, empezó á analizar lo que podia esperar de él.

Durante aquel dia la lucha de sus sensaciones le impidió tomar una resolucion.

Pasada aquella noche de su pensamiento, un crepúsculo de consuelo se dibujó en él con indecisos colores.

Veámosla seguir su camino en la vida, guiada por su vacilante reflejo.

CAPÍTULO XXVII.

Decisiones.

Un dia despues, María habia tomado una resolucion decisiva, y estaba serena.

María habia encontrado en sí misma algo que no esperaba: habia encontrado valor.

Es muy posible que, unida á un hombre que hubiese sido para ella el sosten, el apoyo legítimo de su vida, María no hubiera dejado de ser una mujer tímida y dulce, de amante y tierno corazon.

Pero María, abandonada á sí misma, sin más apoyo que su propio sentimiento, sin más guía que su razon de niña, tuvo necesidad de hacerse fuerte, y como la voluntad para el bien es siempre poderosa, encontró en ella la fortaleza que necesitaba.

Parece que Dios reserva siempre las grandes luchas para los grandes corazones; acaso mide, ántes de enviar sus pruebas, el valor del alma á que las envia.

Séres hay que ordenan con una regularidad de máquina las acciones de su vida.

Y lo extraño es que el destino parece respetar aquel frio mecanismo, porque desvia de ellos los grandes golpes.

No son, sin embargo, dignos de envidia.

María, herida á un tiempo en todos sus sentimientos, se habia abatido momentáneamente, para rehacerse despues.

Así se levanta el mar soberbio, despues de haber temblado á la primera ráfaga de tempestad.

María muy pálida, pero serena, con los hermosos ojos rodeados de un ancho círculo oscuro, hizo llamar al mayordomo apénas estuvo vestida.

—D. Pedro, dijo á éste cuando se presentó; hágame Vd. el favor de sentarse.

D. Pedro se sentó en el extremo de una silla con visible cortedad.

El aspecto de la marquesa era tan puro y majestuoso que imponía respeto.

—El señor marqués, empezó diciendo María, no sin que su voz temblase ligeramente, ha tenido necesidad de hacer un viaje, tal vez largo.

El mayordomo hizo un gesto de asombro.

—Como probablemente necesitará muchos fondos léjos de su casa, he resuelto empezar aquí á hacer economías.

El mayordomo continuó guardando silencio.

—Es preciso, pues, despedir á los criados; sólo quedará la nodriza y una cocinera que Vd. hará buscar.

—Pero, señora, ¿cómo va V. E. á pasar sin una sola doncella, acostumbrada como está á hallarse bien servida?

—¡Oh! perfectamente; además otras tienen ménos.

—Pero, señora, ¿que se dirá? ¡Una casa tan rica...!

—No me importa lo que puedan decir. Vd. continuará como hasta aquí al frente de todo; ya sabe Vd. cuánto le quiere el

señor marqués, y aunque yo no le apreciase también, bastaría esto para conservarle á mi lado.

El mayordomo, profundamente conmovido, le dió las gracias.

María continuó:

—Esta misma noche puede Vd. despedirlos; les pagaré el mes completo, y les diré que serán admitidos de nuevo si vuelvo á necesitarles: ¿tiene Vd. aún mucho dinero para el gasto diario?

—Unos veinte mil reales.

—¡Ah! pues entónces les dará á cada uno la paga de un mes en memoria mia. Además, pasará Vd. aviso á nuestro administrador en Madrid, D. Baldómero Fernandez, de que puede disponer de los carruajes y caballos; sólo quedará mi berlina azul, y el caballo negro que me envió mi padre.

—Pero señora, ¡qué destrozo! decía el mayordomo, que no sabía lo que le pasaba; ¿por qué vender esos coches?

—Porque no los necesito, dijo la marquesa con dulzura.

—¡Es imposible, señora marquesa, que pueda V. E. hacer lo que dice! ¡Cómo ha de estar en esta casa tan grande sin criados!

—Se cerrarán todas las habitaciones ménos las mias.

—¡Pero siquiera una doncella y un cochero...!

—Bien, dijo María: puede Vd. en ese caso dejar á Clara y á Juan.

Y haciéndole con la mano un gracioso movimiento, le indicó que nada más tenia que decirle.

Cuando salió, se dijo:

—Tiene razon; necesito algunos criados más de lo que yo pensaba. Yo tengo poco dinero, he dado mucha limosna, pero tengo alhajas... esas para el último extremo; ántes yo trabajaré: me han dicho mil veces que mis cuadros eran buenos; empezaré uno, invocaré á Dios, y Dios guiará mi pincel; ¡valor! Cuando se tiene un hijo, cuando se trabaja por él, no hay derecho para quejarse. Y, en último caso, ¿qué soy yo, qué merezco yo más que esas infelices que veo pasar cada mañana para ir á sutaller? ¡Vanidad! Vanidad es el sentimiento que nos hace creer que valemos más, cuando valemos infinitamente ménos. Ellas van contentas y felices, ¡y yo aún siento la duda en mi corazon!

Algunas horas habian pasado, cuando

María vió entrar al marqués de Velez, que al pronto no supo qué decirle.

María se levantó y le alargó su mano con la gracia que le era habitual; pero con una marcada expresion de tristeza.

—¿Con que es verdad? dijo el marqués, cuya voz temblaba.

—Sí, contestó María adivinando lo que el marqués no se atrevió á decir.

—Hija mia, mi querida María, ¿por qué no has avisado? ¿Por qué no me llamaste?

—¿Y para qué? Además, en las crisis del dolor la soledad es consuelo.

—No, María, no; cuando se cuenta con el cariño de personas que han de compartir nuestra pena, el consuelo es su presencia.

—Todo lo olvidé.

—Pero ¿cómo ha sido esto?

—No lo sé; me dijo que iria al teatro á buscarme; le esperé en vano: despues su administrador me ha dicho que ha salido de España.

—Aquí hay un misterio que hoy no podemos comprender, María; sin estar loco no puede obrarse así: ¿no sospechas tú qué pueda ser?

—No: siempre he creido á Cárlos ligero é inconsecuente, pero no infame.

El marqués quedó profundamente pensativo.

—Habrá tomado al ménos medidas para que nada te falte en su ausencia, dijo al fin.

—Sí: ha dispuesto que no se me entregue ni aún la cantidad que desde nuestro casamiento me tenia señalada para alfileres.

—¿Qué dices? dijo el marqués asombrado: esa es una villanía, es la infamia llevada á su último extremo; no sólo te abandona, sino que te niega, que niega á su hijo los medios de vivir; eso no puede ser, María. Las leyes están en tu favor, y al amparo de las leyes tú le pedirás lo que de derecho te pertenece, y harás que se le castigue.

María movió dulcemente la cabeza.

—Yo no pediré nada á mi esposo con el derecho que me dan esas leyes; su nombre, el nombre de mi hijo, se veria escarnecido... ¡Oh, no! Tampoco quiero, y ántes me dejaria morir de hambre, recibir como una limosna nada suyo. ¡Que guarde ó tire su dinero... no lo necesito...! Yo sabré ganar para mí y para mi hijo un pedazo de pan.

—María, no piensas lo que dices; no hay bajeza en pedir para tu hijo á su padre lo que legalmente no puede negarle.

—Lo he pensado muy bien, y nada podrá hacerme variar en las decisiones que he tomado: acaso bajo el punto de vista material y legal no haya bajeza en lo que Vd. me propone; pero bajo el punto de vista moral, la hay; es una humillacion decir á un hombre: «Tú no quieres vivir á mi lado, y yo me puedo pasar sin tí, pero no sin tu dinero.» Esto no lo haré yo nunca.

—En ese caso, hija mia, vendrás á mi lado; tendré dos hijos más, y te deberé el que mi dicha sea mayor.

—Gracias, gracias, dijo María estrechando sus manos conmovida; el único asilo que yo podia aceptar era el de mi padre, y no le aceptaré tampoco.

—Pero entónces, ¿qué vas á hacer?

—Trabajaré para mi hijo.

—Eso no es posible, María: tú no puedes continuar aquí.

—Es preciso; quiero que mi hijo viva en la casa de su padre; quiero que si mi esposo vuelve, me encuentre en ella esperándole.

—Pero, hija mia, tú te vas á sacrificar inútilmente: ¿no ves, dijo vacilando y como intentando un último medio, que los que no te conozcan, al ver que aceptas sin que-

jarte la situación á que tu esposo te deja reducida, creerán que tú la has motivado?

María se puso vivamente encendida, y contestó con dignidad:

—Los que no me conocen pueden creerlo; pero los que me conocen saben que no es así; lo sabe él, lo sé yo, lo sabe Dios, sobre todo.

—¿No querrás tampoco admitir como préstamo, hasta la vuelta de tu esposo, lo que necesites?

—No tengo seguridad de que mi esposo vuelva, y no debe tomarse como préstamo lo que no hay certeza de pagar.

—¡Qué casuista más sutil eres, María! Veo que no se te puede convencer, y voy á escribir á tu padre.

—Yo iba á rogárselo á Vd., porque á mí me es penoso.

—¿No te convencerá él tampoco?

—No: tengo la convicción de que así cumplo un deber. Pero ¿cómo ha sabido Vd. la marcha de Cárlos tan pronto? ¿Es acaso pública la noticia?

—La he visto en un periódico, y sin decir nada á mis hijos he venido.

—¡Ah! ¡Pues que no sepan nada! Yo quiero que se crea á Cárlos viajando.

—¡María! ¡Le perdonas, y además le disculpas!

—¡Por mi hijo...!

—¡Adios, pues, noble mártir! Ya que nada quieres de mí, no olvides que tu recuerdo vive siempre en mi corazón.

María se levantó, le tendió los brazos é inclinó la cabeza un momento sobre aquel noble pecho para ocultar sus lágrimas.

El anciano marqués la estrechó conmovido, y dos lágrimas brotaron de sus ojos, que fueron á perderse en la perfumada cabeza de María.

CAPÍTULO XXVIII.

Nuevas pruebas.

Bien pronto no fué un secreto para ninguna de las personas que conocian á María la partida de Cárlos.

La murmuracion quiso sacar partido de este suceso; pero María era tan jóven, su vida tan pura, que todas las conjeturas, faltas de base, caian por sí mismas.

Se la llamó tonta por su conformidad, porque de algun modo habian de calificar-

lo, y á falta de otro mejor, aquel medio no era malo.

No se la podia llamar otra cosa; pero tonta se puede llamar impunemente á cualquiera mujer, sobre todo cuando apénas se la conoce.

¿Quién no se cree bastante apto para juzgar la capacidad ajena?

Pero estos rumores fueron vagos.

María era poco conocida.

Pasados algunos dias se fué olvidando, hasta que se borró.

Un suceso es en la vida lo que una gota de agua en el mar.

Al caer se hace visible por los círculos que forma, y van ensanchando hasta que se pierden en lo infinito: despues, ha pasado, nada queda de ella.

Diríase que el espíritu necesita alimento, y por eso se apodera con ansia de todos los sucesos.

Pero su vida artificial se gasta, se olvida, y entónces sólo queda su recuerdo en algunos corazones.

Quando los indiferentes olvidaron que el marqués de la Rivera habia abandonado á su bella esposa, los amigos de ésta la rodearon con nueva ternura.

Su padre llegó, y con él D. Antonio de Rojas, tío de Carlos.

El día en que volvemos á encontrarla, María, siguiendo al parecer, una conversacion empezada, decia á su padre:

—Es inútil, papá; he decidido no dejar esta casa.

—Pero ¿por qué?

—Ya te lo he dicho; mi hijo debe crecer en la casa de su padre.

—Y morirse en ella de hambre, puesto que á su madre se le antoja un absurdo como ese.

—¡No quiera Dios que falte nada á mi hijo!

—¿Y qué ha de suceder con tu obstinacion? ¿Crees tú que Dios ha de enviarte el pan en el pico de un cuervo como á San Pablo? ¿O esperas alimentarlo con ilusiones?

—Papá, aunque yo no tengo la pretension de ser santa para que Dios me favorezca así, confio en que no ha de abandonarme.

D. Antonio de Rojas oia en silencio á María: parecia esforzarse en contener las lágrimas.

—Escucha, hija mia, la dijo con cariño.

Yo creo que dices bien, que no debes abandonar tu casa: mira lo que voy á proponerte. Yo tengo poco caudal: mi hermano, el padre de Cárlos, era el mayor, y lo heredó todo; pero con lo que tengo basta para vivir en una decente medianía: yo no quiero ni oír hablar de tu marido, que se ha hecho odioso para mí al proceder tan villanamente contigo: pero cuanto yo tengo es de tu hijo: acepta en su nombre la mitad de lo que tengo, ya que no quieres venir conmigo: esto María, no es indigno de tí.

—Gracias, tío mio, por su generosa oferta; si veo que es superior á mis fuerzas la mision que me he impuesto, iré á pedirle su proteccion, y lo mismo á mi padre: ántes, me parece una cobardía.

—Pero ¿con qué cuentas?

—Con mi trabajo; tengo un cuadro empezado; el representante de una casa francesa le ha visto, y me ha ofrecido por él diez mil reales, asegurándome que tomará todos cuantos haga: creo que me bastará.

—Seria necesario, dijo D. Antonio, escribir á ese loco.

—¡Oh, no! dijo María con dignidad; yo no le llamaré.

—Tú, no; pero yo tengo el deber de in-

tentar hacerle volver á la senda de la razon; pero, ¿cómo averiguar el medio de que lleguen á él nuestras cartas?

—¡Imposible! el administrador se niega á decirlo: acaso no lo sabe.

—Y como tú no quieres emplear otros medios...

—¡Oh, no! dijo María. Eso nunca.

D. Antonio estrechó sus manos con calor, y le dijo:

—Gracias, hija mia, gracias porque evitas esa mancha á mi ilustre nombre.

El general, que callaba, se volvió al oír esto.

—¡Nombre ilustre! ¡Sangre noble! Hé aquí una fraseología á que yo he dado ántes mucha importancia; pero hoy..., al ver que un noble procede peor que el último plebeyo, voy creyendo que la nobleza reside en el corazon, que no se hereda. De nada sirve á mi yerno tener un nombre ilustre, porque es el más miserable de los hombres. ¡Ah, hija mia! Perdóname si tan á ciegas dispuse de tu suerte: ya he visto que ni los millones ni la nobleza son la felicidad.

María lloraba, y D. Antonio no se atrevia á contradecir al general, pues no ha-

biendo medios de justificar á Cárlos, siempre la desdicha de su hija le daría la razón.

Al fin se le ocurrió una réplica.

—Si la sangre noble se ha bastardeado en mi sobrino hasta hacerle cometer una mala acción, la sangre noble hace á tu hija ser lo que es, le dijo.

—¡Oh, es verdad! contestó el general más calmado: el todo no es la sangre; es el sentimiento, es la educación.

CAPITULO XXIX.

Luchas del alma.

Volvemos á encontrar á María algunos meses después de los sucesos que dejamos referidos.

Su aspecto, dulce y sereno al par que melancólico, probaban bien á las claras que aquella noble alma se había acostumbrado á su soledad.

María se había preguntado muchas veces la causa de la repentina partida de Cárlos, y nunca supo contestarse.

Oyó como un vago rumor acerca de la condesa de Claraval, que avivó sus recuer-

dos y le hizo pensar en la posibilidad de que Cárlos hubiese huido con ella.

Acabó por convencerse de ello, y entón-ces se dijo con amargura que ella había sido el juguete de los caprichos de Cárlos; que aquella mujer era la que él amaba, y de la que huía cuando salieron de Madrid.

Dios la evitó el dolor de sospechar la verdad.

Era ella tan noble y pura, que ni por un momento pudo creer que su esposo dudase de su honra.

Poco á poco María, como ya hemos dicho, había adquirido la costumbre de su soledad.

Ya las horas pasaban fugaces para ella; es verdad que el amor de su hijo las iluminaba con un reflejo celestial.

El niño crecía hermoso y robusto; ya balbuceaba el nombre de su madre, y ésta había sentido una alegría infinita al verle un pequeño diente, blanco como una perla de Golconda.

Trabajaba en su cuadro con ardor; de ser María ménos sencilla, ménos inocente, habría comprendido que no era natural se pagasen bien y se buscasen las obras de un autor no conocido.

Ella creía ver en esto la protección de Dios.

Pero si el exterior de María era plácido y risueño como la superficie de un lago, en el fondo de aquella alma tan elevada empezaban á despertarse algunas sensaciones que levantaban en ella una constante lucha.

En tanto que Carlos vivió á su lado, ella olvidó, así lo creyó al ménos, sus pasados sentimientos. Su voluntad, dominándoles, los creyó vencidos, porque para su razón enérgica la palabra *deber* era sagrada.

El cariño á su esposo, que se esforzaba en avivar en su alma, era el velo que le ocultaba, áun á su mismo pensamiento, las esperanzas, los deseos, el anhelo que agitaba su corazón.

Pero al quedar sola, abandonada, olvidada con un olvido infame y miserable, el velo cayó como rasgado por una mano invisible.

María volvió á sentir brotar una ardiente llama de las mal apagadas cenizas de su primer afecto.

¿Qué soplo la había encendido?

Ella no lo sabía.

Acaso la casualidad; acaso el mismo Dios como una esperanza de consuelo.

Habia en aquel sentimiento, que ella no queria confesarse á sí misma, mucho de dolorosa resignacion, unida al extravío de lo imposible.

Participaba de la vaguedad del delirio, de la ilusion del sueño, del desconsuelo de lo irrealizable.

María, procurando apagar aquel fuego le avivaba; parecia que era él la vida que llenaba su corazon, el aliento que dilatava su alma.

La imágen de César la alentaba cuando se sentia desfallecer; la imágen de César era la luz que disipaba las sombras de su alma.

Su nombre era el perfume de sus sueños, su recuerdo el calor de su vida.

¿Cómo habia de poder la pobre niña vencer el sentimiento que, más fuerte que su voluntad, más poderoso que su razon, la acariciaba en su aislamiento?

Su corazon era el Prometeo encadenado á la roca fatal de lo imposible, pero que se agitaba entre aquellas cadenas hasta ensangrentarse y desgarrarse en ellas.

Cuando el alma, al dilatarse con el primer latido de vida, siente la sed de emociones que revela acaso la primera flores-

cencia del pensamiento, la soledad moral es imposible, el aislamiento eterno es la muerte.

María, cobarde ante la inmensidad de su pasión, había querido vencerla, no combatiéndola, sino aislándose aún más.

No había querido ver á César.

Creía la pobre niña huir de él, cuando le veía constantemente en el fondo de su alma, como si su imagen hubiera sido grabada en ella por el dedo de Dios.

César, respetando su dolor, evitó el despertar con su presencia recuerdos de otra época de dulces esperanzas en el alma de María.

El sufría doblemente por su amor y por el olvido de María.

Aquel noble corazón, que nada exigía, hubiera sido feliz con una sola mirada.

Pero tan valerosamente había ocultado María sus sentimientos, que él no sospechó siquiera que, vencida ya su razón en la constante lucha que estaba sosteniendo, se encerraba en su soledad como en un último medio de defensa.

Si él hubiera tenido el consuelo de saber que no le era indiferente su memoria; si un rayo de esperanza hubiese llegado á reani-

mar su corazón, no habría impreso el dolor tan hondas huellas en todo su ser.

El veía á María algunas veces. María iba á una iglesia cercana, y allí buscaba en la oracion consuelo.

César lo sabía, y sin que su voluntad lo guiase iba á la solitaria iglesia, y oraba también.

Acaso las súplicas de aquellos dos corazones llegaban unidas ante el trono de Dios.

Un día sus miradas se encontraron. María se puso muy pálida y se la hubiera visto temblar poderosamente.

Cuando trémula aún se levantó para salir, César no estaba allí.

Aquella sola mirada la había revelado lo bastante.

César estaba pálido y delgado; sus hermosísimos ojos negros brillaban tan tristes como si ellos alumbrasen la agonía de su alma; su boca, ántes riente y graciosa, había adquirido una expresion de habitual melancolía.

María lloró, y cuando pudo conciliar un sueño agitado é intranquilo, soñó que César moría y que ella era la causa de su muerte.

Aquel día fué Aurora á verla; iba ménos

que ántes, no porque no la amase con todo su corazón, sino porque en la nueva vida adoptada por María, temia molestarla, turbando su soledad.

—¿Y César? le preguntó María con ansiedad, olvidándose de todo.

—Está bueno, contestó Aurora volviendo á acariciar al niño.

María comprendió que evitaba hablar de él.

No se engañó: César la habia prohibido que le nombrase en sus conversaciones con María.

Ahora nuestros lectores nos seguirán á Italia, donde vamos á buscar al marqués de la Rivera al lado de Beatriz.

CAPÍTULO XXX.

Embriaguez del triunfo.

Cuando Beatriz, pues ya ha dejado el incógnito y vuelve á usar su nombre; cuando Beatriz, decimos, salió de España llevando á Carlos á su lado, sintió en su alma una sensación de orgullo, de felicidad, que sólo comprenderia el criminal satisfecho de

su obra. Era la expresion del orgullo satisfecho, la vanidad del mal, la embriaguez del triunfo.

Habia vencido: ¿qué importaban los medios?

Alejaba para siempre, así lo creía al ménos, al hombre que amaba de su rival; en adelante ella seria todo para él.

Porque ¿cómo desvanecer la atmósfera que su calumnia habia formado? Imposible!

La inocencia no es visible, y Beatriz esperaba que nunca se justificase la marquesa de la mancha que ella acababa de arrojar sobre su nombre.

Beatriz iba aún más allá en sus planes.

—Es posible, se decia, que lo que ántes no ha sido, ahora sea. Es muy jóven, se queda abandonada, y aquel amigo suyo hablaba de ella con demasiado calor. Tanto por vengarse de su marido, como por no aburrirse en su soledad, le amaré, continuando así la obra que yo he empezado. Entónces Cárlos, enteramente mio, no volverá ni á pensar en la que sólo le inspirará desprecio.

Beatriz estaba contenta, era feliz.

El corazon tiene extrañas embriagueces; puede embriagarse de gloria, y hacer

un héroe ó un genio de un hombre vulgar.

Puede embriagarse en el mal, y hacer un gran criminal de un sér mezquino.

Puede embriagarse en abnegacion, y hacer mártires y Santos.

Beatriz, verdaderamente embriagada en su triunfo, no sentia el remordimiento.

Cárlos empezaba á olvidar todo lo que no era Beatriz.

Tenia momentos de dolor, de desesperacion; pero su hábil amante alejaba con ardientes caricias aquellas nubes que el viento del pasado empujaba hácia el limpio cielo de su dicha.

Nigun sentimiento era para Cárlos otra cosa que una instable impresion; y el amor que habia tenido á su esposa, sino se habia borrado por completo, se habia debilitado mucho; parecia que cada dia se hacia más vago en el fondo de su alma.

El recuerdo de su hijo, tan vivo en un principio, fué cediendo tambien, pero no desapareció; como si una cadena eléctrica é invisible hubiese unido los corazones del padre y del hijo, á veces un estremecimiento poderoso hacia recordar á Cárlos aquel tierno sér abandonado.

Cárlos quiso saber de María y de su hijo

y escribió al administrador, encargándole el secreto de su residencia.

En breve tuvo contestacion.

El administrador le decia:

«Sr. Marqués:

»La señora ha reducido la servidumbre á lo extrictamente necesario; ha cerrado todas las habitaciones de la casa, excepto las de su uso particular. No recibe á nadie; no sale sino para ir á la iglesia; viste de negro; por el mayordomo sé todo esto, y que la señora marquesa pinta un cuadro, que piensa vender.

»El niño está hermosísimo: aquí nadie se explica la marcha de V. E.

»La señora se ha negado á dejar la casa de V. E.; no ha querido ni ir con su padre, ni con el señor tio de V. E. que vino por ella.

»Soy su humilde servidor,

B. Fernandez.»

Cuando Cárlos leyó esta carta, se sintió profundamente conmovido.

María deshacia con su conducta todo el infame edificio levantado para perderla.

—¡Trabajar ella para comer! se decia Cárlos. ¡Vivir mi hijo del trabajo de su madre, cuando su padre tira el oro! ¡Oh, no! Yo

no lo puedo consentir. ¡Si esa carta fuese mentira!...

Cárlos habia sentido esta duda muchas veces; pero aquella letra, admirablemente falsificada, le engañaba de nuevo.

Cuando Cárlos vacilaba en estas dudas, apareció Beatriz.

Bien pronto se apercibió de lo que pasaba.

—¡Bah! dijo á Cárlos con acento burlon: no te creia tan cándido. ¿Crees virtud en tu mujer el no alejarse de Madrid, el no abdicar su independendencia?

—¡Es una prueba de que respeta mi nombre!

—¡Es una prueba de que respeta su amor! ¿Has olvidado que está su amante en Madrid?

Cárlos bajó la cabeza confundido.

—¡Pero de esta carta se desprende que su vida es irreprehensible!

—Lo que se desprende de esta carta es que tu administrador es un imbécil. ¡No recibe á nadie! ¡Qué seguridad más peregrina! ¡Como que la marquesa va á recibir á su amante acompañado de tu administrador, como acompaña á un embajador un introductor! ¡Donosa idea!

—Pero ella trabaja...

—¡Ja! ¡Ja! ¿Y lo has creído? ¡Qué candor, hijo mio: eres un querubin! Esos cuadros los comprará su amante... lo cual explica muchas cosas.

—¡Beatriz, eres cruel; cualquiera diría que gozas en avivar mis penas!

—Y quien lo dijera se engañaría; yo no quiero que sufras, y por eso quiero que olvides á quien te hace sufrir.

—Dices bien: debo olvidarla.

Estas escenas se repetían algunas veces, y siempre vencía Beatriz.

Cárlos, recordando que Beatriz había dicho «esos cuadros los comprará su amante,» quiso convencerse de ello.

Escribió á su administrador, diciéndole:

«Valiéndose de una persona extraña que se diga agente de una casa extranjera, para no infundir sospechas, comprará Vd. cuantos cuadros ponga á la venta la señora marquesa, ó más bien, sin esperar á que se vendan, irá á buscarlos; dará Vd. cuanto dinero le pidan, y me enviará un recibo de mi esposa.»

Gracias á esto, que María no sospechaba, su cuadro buscado desde luégo, la prometía ganar más de lo que exigían sus modestas necesidades.

Cárlos sintió una alegría infinita cuando el administrador le dijo:

«El primer cuadro de la señora está comprado, pero no lo ha terminado aún, y por consiguiente, no le he hecho entregar la cantidad señalada, adjuntando el recibo á V. E.»

Cárlos contestó inmediatamente:

«Me guardará Vd. con el mayor esmero el cuadro de mi esposa, y adquirirá para mí cuantos haga.»

—¡Es particular! pensaba D. Baldomero: ¡quiere los cuadros de su esposa, y no la quiere á ella! Allá se las hayan. ¡Caprichos de estos señores de la aristocracia!

Cárlos se decia entre tanto:

—Puesto que ella vende sus cuadros al primer comprador, es evidente que no son para su amante. Y si ese hombre la amara, ¿la dejaria trabajar? No quiero pensar en ello porque mis ideas se confunden, y casi la creo inocente; pero no, esta carta desvanece mis dudas. Y Cárlos volvía á leerla, aspirando su letal veneno. Siempre acababa por decir: esas apariencias de virtud que la rodean, son la hipocresía del vicio, como dice Beatriz.

CAPITULO XXXI.

Nuevos celos.

Pero el lago azul que Beatriz habia más bien soñado que realizado en su amor, empezaba á perder su transparencia.

Era imposible que Cárlos dedicase su vida entera á un sentimiento; que se esclavizase á una mujer, ya se llamase María y tuviese el sagrado derecho de esposa, ya se llamase Beatriz y fuera una encantadora amiga.

Muy en breve Cárlos empezó á cansarse, y aunque no pensó en romper los lazos que á Beatriz le unian, buscó en nuevos galanteos las emociones candentes, que eran para su corazon una segunda vida.

En Nápoles no era conocido; pero un hombre jóven y simpático, que tiene un título ilustre, que derrama el oro á su alrededor, es en todas partes bien recibido.

Bien pronto tuvo amigos y amigas que lo atraian con el encanto de lo nuevo, tan grande para él.

Beatriz conoció que se habia engañado

al creer que tenia bajo su mano aquel corazon, como tiene un niño una mariposa.

Sus consejos se volvian contra ella: el que empieza por no respetar á su esposa, no puede en ningun caso respetar á su dama.

Cárlos, libre y voluble, no se cuidaba de ocultar sus locuras, ni del dolor que éstas producian.

El creia que hacia un favor á Beatriz con permanecer á su lado, cuando no le retenian más lazos que su voluntad.

Una tarde Beatriz estaba sola en el balcon de la pequeña casita que ocupaban, desde la cual se veian las azules y murmurantes olas del golfo y las barquillas que le cruzaban en todas direcciones.

Beatriz estaba triste.

Habia pedido á Cárlos aquella mañana que la acompañase á dar un paseo por el mar, y Cárlos se negó con el pretesto de que le esperaban unos amigos.

Beatriz, que acostumbraba á seguir siempre sus caprichos, no podia doblegar su voluntad á la agena; miraba con amarga tristeza á las amantes parejas que ocupaban las pequeñas barcas que vogaban en el golfo.

De pronto se dijo que ella era libre tam-

bien, y pues Cárlos no queria acompañarla, iría sola.

Llamó, y se pesentó Cristina.

La pidió un abrigo y un sombrero, y acompañada por ella, se dirigió al puerto.

Beatriz hizo acercar una lancha, saltó á bordo con Cristina, y se recostó indolentemente, en tanto que los marineros, envueltos en sus largos capotes, impulsaban la barca con los remos.

Esta avanzaba en un balance dulcísimo, dejando un surco de espuma en pos de sí.

La tarde estaba templada y serena; empezaba Octubre; la brisa era tan leve, tan suave, que las olas, más bien que rizarse, parecían palpar dulcemente.

Su movimiento era tan lento, tan igual como si el golfo hubiera sido el corazon del globo y respirase con su vida.

Beatriz, siempre soñadora, gozaba sobre aquel mar que el reflejo del sol hacia parecer de plata, y escuchaba con delicia el rumor de las gotas de agua que como perlas se desprendian de los remos al levantarlos la fuerte mano de los marineros.

Se cruzaron con algunas barquillas, que Beatriz distraida no miró siquiera, y cuando más absorta estaba en sus pensamien-

tos se estremeció, y poniéndose de pié miró á todos lados.

A lo léjos se veia una barca en que iban varias personas; la distancia impedia ver quiénes eran.

Pero Beatriz habia oido una carcajada y algunas palabras, á las que siguió un dulce canto de mujer, y en aquella risa habia reconocido á Cárlos.

—¡Bogad hácia allí! dijo señalando con la mano la barca que se alejaba; pronto, pronto; si la alcanzamos, os recompensaré.

La lancha, impulsada con más fuerza, corrió rápidamente sobre las olas como un cisne que nadase en ellas.

Beatriz, en su rápida impaciencia, hubiera querido prestarle alas.

—¡Más aprisa, más aprisa! decia; y para estimularles les arrojó algunas monedas de oro.

En breve la distancia que separaba las dos barquillas se acortó, y Beatriz pudo ver distintamente á las personas que la ocupaban.

Lo que sufrió en aquel momento debia formar parte de la expiacion que Dios la reservara.

La barca estaba ocupada por tres hombres y tres mujeres.

Dos de ellos le eran desconocidos á Beatriz; el tercero era Cárlos.

Aquellos hombres reian, bebian y oian cantar á una de las mujeres, que al terminar fué aplaudida ruidosamente.

Era el canto que habia oido Beatriz.

La mujer que habia cantado, despues de beber en la copa que Cárlos le presentaba, apoyó su cabeza en el hombro de éste, que empezó á hablarle al oido; sin duda lo que le decia era muy grato para ella, porque Beatriz la veia sonreir.

Cada una de aquellas sonrisas venia á clavarse como un puñal en su corazon.

—¿Avanzamos más, excelencia? dijo uno de los marineros, con ese acento dulce, timbrado y armonioso de los napolitanos.

—Sí, sí; hasta alcanzarla.

Beatriz seguia de pié y con la vista fija en Cárlos, pálida en extremo.

Este, por la posicion que ocupaba no podia verla.

Cuando algunos momentos despues la barca donde iba Beatriz pasó casi rozando la suya, al mirar hácia ella la apercibió mirándole de una manera amenazadora.

Cárlos la miró tambien con expresion de sorpresa, y despues, haciendo un gesto de indiferencia, se dijo:

—¡Beatriz está loca!

Esta que habia dado orden de volverse, le miró aún algunos instantes, y cayó desvanecida en los brazos de Cristina.

Cárlos no volvió á ocuparse de ella.

Aquella noche Beatriz, bañada en lágrimas, se quejaba dulcemente y conteniéndose.

—¡Hija mia! la decia él, no seas exagerada; yo te amo, sí; pero tú no querrás que sea eternamente esclavo. Recuerda tus teorías de libertad, cuando yo engañaba á mi esposa por tí; ¡pardiez! Las aprendí bien, y no dirás que el discípulo no te hace honor.

—¡Cárlos, tú debias recordar que todo lo he sacrificado por tí!

—¿Qué diablo de sacrificios son esos? En último caso, ¿qué has hecho tú? Tu marido te cansaba, y lo dejaste; esto se ve todos los dias.

—¡Ah! ¿De modo que nada supone para tí el que yo lo haya olvidado todo por seguirte?

—Hija, generalmente un amante da poco valor á esas cosas...

Beatriz lloraba.

Cárlos, al verla llorar, volvió á sentir há-

cia ella una compasion que le pareció amor.

Se levantó y fué á su lado.

Asió sus manos, y la dijo:

—Vamos, no seas exigente: todo ha terminado, ¿verdad? Yo te quiero; eso que has visto nada significa.

Beatriz pareció conformarse; calló, y volvió á manifestarle amor.

Pero sus nuevos celos empezaban á ser su castigo.

CAPITULO XXXII.

El incendio.

Empezaba el mes de Abril de 1862.

Serian las nueve de la noche, cuando en una de las mejores calles de Madrid, en la calle de Alcalá, tenia lugar uno de esos tristes sucesos que pueden ser la ruina y la desgracia de una familia.

Uno de los hermosos edificios que adornan esa calle se habia incendiado.

El fuego habia prendido en la planta baja de la casa, ocupada en almacen de materias inflamables.

La casa que ardía era la del marqués de la Rivera; era la de María.

La gente se agolpaba al lugar del siniestro; llegaban las bombas rápidamente; las autoridades tomaban disposiciones, y se oía el triste sonido de la campana que pedía socorro.

Un grupo de persona se destacaba por su actitud de la masa general de curiosos; eran los criados de la casa.

Se lamentaban en voz alta; todos querían decir lo que había que hacer, todos sentían algo suyo que estaba allí.

Hacia muy poco tiempo que el fuego había prendido, ó al ménos que había sido visible; pero las materias inflamadas le daban una intensidad tal que horrorizaba.

Las llamas salían por las ventanas del piso bajo como serpientes de fuego; parecía que la casa entera estaba envuelta en ellas.

Uno de los balcones del piso principal estaba abierto; á través de sus cortinas se veía una luz muy débil, casi perdida entre el torrente de luz del incendio.

Los criados, al lamentarse de esta desgracia, decían con voz angustiada:

—¡La señora y el niño están dentro!

Un jóven, que acababa de llegar y mira-

ba al incendio con terror, oyó estas palabras.

—¡Cobardes! les dijo. ¡La habeis abandonado!

Y tirando al suelo el ancho capote de militar que le envolvía y su pequeña gorra, se dirigió hácia unos municipales que sostenían una escalera.

—¡Pronto, pronto, les dijo, acercadla aquí; hay dos personas dentro!

—El fuego lo invade todo, le dijeron.

—Y bien, dijo sonriendo con la confianza del valor sereno: seremos uno más.

Y se lanzó á la escalera, que envolvieron las llamas.

Todos le miraron con asombro.

Le creían loco, porque el fuego alcanzaba ya al balcon abierto, y creyeron que no podría volverle á salvar.

Pasaron algunos momentos de ansiedad suprema.

Todos estaban aterrados de no verle aparecer.

Y las llamas rugían, y se ceñían á las paredes como sudarios de fuego, y amenazaban devorarlo todo.

La escalera habia sido retirada para evitar que ardiese, pero la sostenían los muni-

cipales para ofrecer socorro al valiente joven.

Cuando á la ansiedad iba sucediendo el espanto, el joven, en quien nuestros lectores habrán sin duda conocido á César, apareció en el balcon, llevando en un brazo á un pequeño niño, y sosteniendo en el otro á una mujer desmayada.

Al verle aparecer, varias personas se lanzaron á la escalera.

César dió el niño al que llegó primero, y alzando en sus brazos á María, se lanzó á la escalera.

Las llamas que le rodeaban prendieron en el traje de la marquesa, y pasaron sobre su cabeza como un relámpago, abrasando sus cabellos

Pero César no lo sintió siquiera.

María estaba en salvo; él no pensaba en otra cosa.

Al llegar al suelo, los criados de la marquesa le rodearon.

El mayordomo tomó al niño, que asustado lloraba, y la doncella recibió á su señora inanimada.

—Id á buscar un coche, les dijo César; pero pronto!

—Aquí está la berlina de la casa, seño-

rito, le dijo el cochero; á dos pasos de aquí: á las cocheras no ha llegado el fuego.

—¡Pues volando por ella!

El cochero salió corriendo.

Las ropas de María habian sido apagadas.

En tanto que el carruaje llegaba, todas las miradas se fijaban en aquella hermosa mujer, pálida y vestida de negro, que no habia podido huir del peligro.

César se desesperaba.

Cada una de aquellas miradas le hacia daño; odiaba á la multitud que contemplaba á María.

Porque él comprendia que en aquellas miradas no habia interés, sino curiosidad.

Al fin Juan detuvo la berlina más allá de aquella muralla viviente.

Llevaron á ella á la marquesa, que seguia desmayada, y al pequeño Carlitos, de quien se encargó la doncella.

César subió tambien, y dijo al mayordomo:

—El fuego empieza á ceder; quede Vd. ahí hasta que esto termine; me llevo á la marquesa á mi casa.

—¿A dónde, señorito? dijo el cochero.

—A la calle de la Reina: ¡á escape!

Los caballos partieron al trote.

César sostenía sobre su pecho la cabeza de María.

Su corazón latía tan violentamente, que si María no hubiese estado sin sentido, se habría asustado al sentir su movimiento.

—¡Mamá, mamá! decía Carlitos en su charla infantil: ¡no duermas, mamá!

César acariciaba al niño, que volvía á llamar á su madre.

La berlina se detuvo delante de la casa del marqués de Velez.

—Baja, dijo César al cochero, y dí al portero que venga.

El portero apareció en la portezuela.

—Sube, le dijo César, y dí á la señorita Aurora que venga al momento, que la llamo yo.

Aurora llegó poco despues.

—¿Qué ha sucedido? preguntó.

—Aurora, dijo César rápidamente: el fuego ha sido en casa de María. Está desmayada.

—¡Ay, Dios mio! dijo Aurora lanzándose á la berlina. ¡Cuántas desgracias para esta pobre criatura!

María había entreabierto los ojos al asirla para bajarla.

—¡María! ¡María! la dijo Aurora: no temas nada; estás conmigo.

María suspiró, y Aurora asió sus manos para ayudarla á bajar.

Pero su cabeza vacilaba, y tuvo que apoyarla en el hombro de su amiga.

César y Aurora la sostuvieron para subir la escalera.

Al entrar en el tocador de Aurora, María vaciló, y hubiera caído á no sostenerla los dos hermanos, que la sentaron en una pequeña duquesita.

María inclinó de nuevo su cabeza y cerró los ojos.

—Sus manos están heladas, César, dijo Aurora con espanto, y su frente arde; manda pronto á buscar un médico.

César salió, y Aurora empezó á desnudar por sí misma á María.

Después llamó y la llevó á su cama.

María abrió los ojos y preguntó:

—¿Y mi hijo?

Aurora se lo llevó y lo puso en sus brazos.

María le besó de una manera débil y dulce, y quedó de nuevo adormecida.

Aurora estaba asustada; no sabia qué hacer.

Su padre no estaba allí: César había ido por sí mismo en busca de un médico.

Ella llamaba á María; la besaba, tocaba su frente, y María no la sentía.

Algun tiempo pasó en esta angustia cruel, hasta que César llegó.

No se había detenido en hacer llamar al médico de la casa: llevaba al primero que encontró.

Por casualidad era uno de esos sabios que honran la ciencia que practican.

Observó á María, y movió lentamente la cabeza.

Aurora, que le miraba, al ver su movimiento, se asustó.

—¡Qué! dijo: ¿está muy mala?

—¿Podría Vd. darme, señorita, dijo el Galeno sin contestarle, algunos detalles acerca del mal estado de esta señora?

—Esta señora, dijo César, es la marquesa de la Rivera; su casa se ha incendiado esta noche; no sé por qué no pudo ponerse en salvo, y con su hijo la han sacado casi de entre las llamas.

El médico, que le oía con cuidado, volvió á observar á la enferma.

—Es necesario sangrarla ahora mismo, dijo; es un ataque cerebral que la ciencia

aún puede combatir; tened la bondad, señorita, de mandar traer lo necesario para hacer una sangría.

Aurora salió y poco despues su doncella y la de María entraron en su dormitorio, llevando una aljofaina de plata, vendas y pedacitos de tela de hilo.

—Está bien, dijo el médico tomándolo; hágame Vd. el favor de descubrir el brazo de esta señora.

Clara se adelantó, y arrojando la manga de una elegante chambra, dejó descubierta un precioso brazo blanco y mórbido, que cayó sobre la cama, como si no tuviese vida el sér á que pertenecía.

César miraba como un loco.

No tenia ideas: no sabia lo que aquello significaba; le parecia soñar.

Al oír el fatal diagnóstico del doctor, quedó anonadado.

El médico tomó aquel brazo é hirió.

La sangre saltó de la vena rasgada, y cayó sobre el fondo de la pequeña aljofaina como una cascada de rubíes.

El médico la dejó salir, y vendó cuidadosamente el brazo de María, que no habia sentido la sangría.

Despues fue hácia la luz que sostenia

una de las doncellas, y miró la sangre.

—Descubra Vd. el otro brazo, dijo á la doncella.

—¡Qué! ¿Más? dijo César.

—Es necesario.

—Pero ¿se va á morir?

—¡Está grave, gravísima! Pero aún hay recursos.

María no sintió la segunda sangría, como no habia sentido la primera. El médico la pulsó con cuidado y dijo:

—Parece que el pulso se rehace, que la piel se humedece... ¡No hay que desesperar!

Aurora habia aparecido, y lloraba.

El médico la explicó lo que habia que hacer con la enferma, y se despidió prometiendo volver aquella misma noche.

Cuando salia, llegó el marqués.

—¿Qué sucede? preguntó.

—María está muy mala, dijo César; su casa se ha incendiado.

—Pero ¿dónde está?

—Aquí.

César llevó á su padre al dormitorio de Aurora.

Esta lloraba silenciosamente, sentada junto á la cama en que María continuaba aletargada

El marqués se inclinó sobre ella.

Su frente, ántes pálida como el marfil, empezaba á matizarse de rosa, y algunas pequeñas gotas de sudor brotaban en sus sienes.

Una de sus trenzas, pesada, gruesa, magnífica, caía fuera del lecho; la otra se arrollaba en su cuello, semejando sus ondas los brillantes eslabones de una cadena de ébano.

Sus ojos cerrados dejaban ver la espesa franja de sus pestañas y el suave cerco de sus cejas.

El marqués se inclinó sobre ella, y besó su frente.

—¡Pobre niña! murmuró.

Salió con su hijo, que apenas pudo explicarle lo que habia sucedido.

—Es preciso ir, dijo el marqués; no podemos dejar así abandonada la casa de esta pobre niña.

—Ya lo encargué al mayordomo, dijo César.

—No es bastante, hijo mio; haz poner un carruaje, iré yo; entre tanto haz llamar al médico de casa, á otros, si fuese necesario, que tengan una consulta: ¡qué desgracia si esta criatura se muere! ¿Qué va á ser

de ese pobre niño? ¡Valor! dijo al ver la expresion de desesperada angustia que se reflejaba en las facciones de su hijo: aún no se debe desconfiar.

El marqués salió para ir á la casa del marqués de la Rivera.

El fuego habia sido dominado casi por completo.

Se trabajaba activamente para cortarlo: estaba ya vencido.

Habia hecho ménos daño que lo que se temió en un principio.

Al agotarse las materias que le daban su terrible fuerza, se debilitó; y como le sofocaban por todos los medios, no tomó grandes proporciones.

Los almacenes de la planta baja lo perdieron casi todo; en el principal, esto es, en lo que ocupaba la marquesa, apenas algunas cortinas quemadas, algunos, muy pocos muebles deteriorados por la accion del fuego.

La escalera, ennegrecida al contacto de las llamas, sus preciosos frescos destruidos y sus cornisas desquebrajadas: esto era todo lo que habia sufrido.

El marqués inspeccionó toda la casa, y se consoló de que las pérdidas no fuesen mayores.

Los criados, cuando pasó el peligro, volvieron á su puesto.

—¿Pero cómo no intentaron ustedes salvar á su señora, que acaso pierda la vida? dijo severamente el marqués.

—Señor, contestó el mayordomo: cuando apercibimos el fuego, las llamas cubrían ya la escalera; fué casi instantáneo: la señora estaba en sus habitaciones; no hubo tiempo de avisarle; las llamas nos envolvían al bajar: á no ser por el señorito César, la señora y el niño se habrían asfixiado.

—Hé aquí una cosa que me habia ocultado, se dijo el marqués: ¡siempre valiente y generoso!

—Pero ¿cómo la señora no se apercibió de ello? preguntó de nuevo.

—No lo sé, señor marqués.

Hé aquí lo que habia sucedido.

María, que dormía por sí misma á Carlitos todas las noches, estaba con él en sus brazos meciéndole dulcemente.

Estaba, como siempre, sola. Cuando el alma está triste; cuando el corazón se disuelve en lágrimas, toda persona indiferente molesta. María sola con su hijo lloraba, rezaba, y siempre hallaba consuelo en sus solitarias expansiones.

En esta noche, apénas el niño se habia dormido, oyó una extraña agitacion.

Llamó, y nadie vino.

Quiso por sí misma ver lo que la producia, pero al salir á la escalera se vió envuelta en llamas.

Dió un grito de espanto, y estrechando á su hijo contra su pecho, fue á un balcon para pedir socorro; pero al abrirlo, un calor vivísimo la abrasó el rostro.

Las llamas llegaban á él.

Entónces, trémula, asustada, cayó de rodillas con su hijo sin voz y sin razon.

Así la encontró César.

Al verle entrar le miró con extravío.

Cuando le reconoció, le tendió sus brazos como á una aparicion celeste, y le dijo con ansiedad:

—¡César, César, salva á mi hijo!

—¡A los dos, á los dos! gritó César con emocion; pero al avanzar para levantar á María, ésta cayó desmayada.

César tomó al niño que habia quedado en la alfombra, asió á María, la estrechó rápidamente contra su pecho, y se lanzó al balcon con su preciosa carga.

CAPÍTULO XXXIII.

El delirio.

Cuando el marqués de Velez salió para ir á la casa de María, César quedó en su cuarto en ese estado especial que sentimos despues de haber sufrido algun gran dolor, cuando el desvarío invade el pensamiento y el corazon paraliza sus latidos.

Habia sufrido tantas y tan dolorosas impresiones en poco tiempo, que su razon vacilaba.

Primero el incendio, el peligro de María; despues María, salvada en sus brazos, luego un nuevo peligro que él no podia vencer.

Todo el amor que en su alma se encerraba, estallaba con violencia ante tan inesperados sucesos.

No sabia darse cuenta de lo que sentia.

Aurora apareció toda asustada.

—¡César, dijo, César! Ven pronto: María me mira como si no me conociera, y yo no entiendo lo que dice.

César siguió anhelante á su hermana.

María deliraba.

Una violenta fiebre encendía sus mejillas.

César se detuvo al entrar, y Aurora se sentó junto á la cama triste é inquieta.

María murmuraba palabras ininteligibles.

Era como un murmullo vago y lento que espiraba en sus labios.

De pronto, con voz perfectamente clara, exclamó:

—¡Mi hijo! ¡El fuego! Allí...

César avanzó y se detuvo junto al lecho; sus miradas revelaban una angustia infinita; su palidez se habia hecho mate.

Nada hay en el mundo que haga sufrir más que presenciar el sufrimiento de una persona querida. Se sienten sus dolores; el corazon está en cada uno de sus movimientos.

Dios ha dado al corazon manantiales de amor ilimitados; le ha dado una aspiracion suprema, eterna, inmortal, y en cambio ha hecho frágil la vida, á la que ha dado la indecision de una luz que vacila y un ligero soplo apaga.

Quizás prueba esta aspiracion de nuestra alma la esperanza de otra vida inmortal.

Acaso nuestro amor vive más allá de nuestra muerte material.

César, con la mirada fija en la marquesa, debía sufrir horriblemente. La luz de la lámpara de noche le envolvía en un reflejo suave, que bastaba apenas para hacer visible la expresión de su dolor.

La enferma abrió los ojos y los fijó en él vagamente.

Murmuró de nuevo algo que no se comprendía.

Luégo, con voz vibrante, y tendiendo sus brazos hácia él, dijo:

—César... César... ¡bendito seas...!

César, asustado, asombrado, miró á su hermana, que indicó que guardase silencio.

—¡Cuánto he sufrido...! continuó María; ¡creías que te olvidaba...! y tú sufrías...! ¡perdóname...!

César, trémulo, delirante, la oía embriagado.

Olvidaba que aquel delirio podía ser el último latido de vida en el corazón de María.

Estaba extasiado, enloquecido.

María, su amor, su ídolo, le amaba también; sufría por él; su desvío, su indiferencia, eran el resultado de una lucha sostenida entre el deber y el amor.

Habia para volverse loco.

—¡Mi hijo... continuó María: ¡el fuego!
¡Y él, él... lo salvó! ¡César, César! ¡Bendito
seas...!

Aurora lloraba.

Aquel delirio podía ser la muerte.

César, dominado por un vértigo, se había acercado al lecho y había caído de rodillas.

María, en medio de su delirio, le miró de una manera inefable.

—¡Te amo...! volvió á decir; y no... puedo decírtelo... porque me... muero. ¡Mi hijo!
¡Quiero ver á mi hijo!

César, al oír á María decir: *Me muero*, se levantó violentamente.

—¡No! dijo con la voz ronca por el dolor, ¡no morirás! ¡Yo te salvaré, María de mi alma, dulce mártir! ¡Yo te salvaré!

Y salió desesperado.

Varios criados salieron á buscar los médicos.

En breve el de la casa, con el que primero vió á María, y otro, estaban al lado de la enferma.

La observaron con cuidado; oyeron al que se encargó de ella cuando comenzó á combatir su mal con los primeros recursos

de la ciencia, y despues se constituyeron en consulta.

César asistió á ella.

Encontraban grave el estado de María; pero no desesperado.

César seguia con afan, con angustia, las palabras de los médicos: cuando el tecnicismo de aquellos le impedia comprenderlos, les miraba con cuidado.

El no sabia que el continuo espectáculo de dolor que el médico se ve obligado á presenciarse, debilita su sensibilidad, y le dá una apariencia impasible.

Al fin resolvieron el sistema, que se habia de seguir con la enferma, y se levantaron para retirarse.

—Señores, dijo César: yo desearia que por lo ménos uno de ustedes quedase al lado de la enferma, en tanto continuase su estado grave: esa señora, hija de un íntimo amigo de mi padre, está hoy en nuestra casa como un depósito sagrado, pues léjos su padre y su esposo, sólo á nosotros tiene. Quisiera, y mi padre os lo manifestará lo mismo, que nada se omitiese para salvarla; que se apurasen todos los recursos que la ciencia os indique.

—El Sr. Rivero puede quedarse hasta

el amanecer en que yo volveré, dijo el de la casa que se llamaba Velazquez.

César se inclinó en silencio.

—Espero, dijo al despedirlos, que ninguno de ustedes abandonará á nuestra enferma.

Los médicos hicieron una señal de asentimiento y desaparecieron.

César fué con el que quedaba al lado de María.

La respiracion de ésta era dulce é igual; su rostro estaba tranquilo.

El médico la pulsó con cuidado é hizo un gesto de satisfaccion.

—La fiebre ha cedido, dijo á César: no hay cuidado. La salvaremos.

El marqués que acababa de llegar, entró en el dormitorio.

El médico se levantó y salió al saloncito que antecedia, en donde estaba el tocador de Aurora.

—Creo que debemos estar aquí más bien que allí, dijo al marqués y á César; bastará que á su lado quede esa señorita, que nos llamará si observa algun cambio en la enferma.

Y empezó á explicar al marqués en voz baja el estado de María.

Las doncellas se asomaban á la puerta del saloncito de vez en cuando.

César les hacia en silencio una señal y desaparecian.

—¿Y el niño, César? dijo de pronto el marqués.

—No sé, papá; le tenia una doncella.

—Vé, hijo mio; vé á ver si el pobre ángel duerme; es ya la una.

César salió y fué á buscar á Clara.

—¿Y el niño? le dijo.

—Le he acostado.

—¿En dónde?

—Allí. Y la doncella señaló al cuarto de César.

César entró, y sobre su cama vió dormido y cubierto con una colcha al pequeño hijo de María.

Su cabeza cubierta de rizos negros, su frentecita blanca como la batista en que descansaba, se veian iluminadas por el reflejo de una lámpara.

César besó aquella frente, le cubrió con cuidado, y murmuró, cayendo de rodillas:

—¡Dios mio, salvad á su madre!

CAPITULO XXXIV.

Cadenas del corazon.

Algunos dias despues, María, fuera de peligro, empezaba á convalecer.

Se habia salvado, gracias al vivísimo interés con que habia sido asistida.

En algunas enfermedades la convalecencia es rápida, como lo son sus efectos.

María dejó pronto el lecho, y apoyada en Aurora, llegó hasta el saloncito en que la familia se reunia.

César entraba cada mañana á preguntar su estado, y no la volvía á ver.

Un sentimiento de delicadeza le inspiraba esta conducta.

En tanto que la vida de María se vió amenazada, él, que parecia sufrir más que ella, no la abandonó un momento.

Cuando no hubo peligro, como María estaba en su casa, creyó un deber no abusar de esta circunstancia estando constantemente á su lado, como deseaba su corazon.

María supo por el marqués cuán poco daño habia hecho el fuego en su casa, y se

convino en que en tanto se restablecía, quedase arreglada para volver á ella; el marqués se encargó de todo.

Clara fué para traer ropas á su señora, y la confirmó en que todo estaba intacto.

María mejoraba rápidamente.

Ya hablaba de irse, y Aurora se enfadaba con ella, diciendo que era una locura.

Una tarde estaban ambas en el saloncito que ya conocemos, cuando llegaron el marqués y César.

—¿Qué tal? preguntó el marqués á María, ¿parece que hay animacion?

—Estoy muy bien, contestó María: ahora mismo proponia á Aurora bajar al jardin, y mi grave enfermera no me lo ha permitido.

—¿Y por qué no? dijo el marqués; hace una tarde templada y hermosísima, y creo te estará bien hacer un poco ejercicio; ¿has comido ya?

—Muy poco, dijo Aurora.

—No digas eso; he comido más que ayer.

—Pues id un ratito al jardin: César, da el brazo á María.

María le tomó, y empezó á andar muy lentamente.

Aurora hizo un gracioso gesto, y dijo á su papá:

—Pero ¿y si le hace daño?

—No, hija mia; ¿no ves qué buena tarde? No tengas cuidado.

Aurora tomó á Carlitos y bajó con él, adelantándose á César y María, que bajaban despacio.

César le hablaba de cosas indiferentes: parecía que deseaba alejar de su pensamiento toda idea que la preocupase.

—Dime, César, dijo María deteniéndose: mil veces he querido preguntarte y no me he atrevido: ¿no fuiste tú quien me salvó en el fuego con mi hijo?

—¡Bah! Olvida eso ya; yo tuve la suerte de llegar primero; pero eso nada significa.

María calló, pero sus ojos se abrillataron con un reflejo de llanto.

Al llegar al jardín, Clara, su doncella, la esperaba con un almohadon de terciopelo y una pequeña alfombra.

—El señor marqués, dijo, me encarga que ponga esto donde haya de sentarse mi señora.

María le indicó un banco de piedra sombreado por lilas y rosales, y siguió hasta él en el cual se sentó.

César quedó de pié á su lado.

Se oía la voz de Aurora y su alegre risa, unida á la vocecita balbuciente del niño que jugaba con ella.

Llegaron á donde estaba María, que siguió con una sonrisa de placer el alegre juego de su hijo.

Aurora le mostraba una flor.

Carlitos corria á alcanzarla; si caía sobre el enarenado suelo, Aurora le abrazaba con alegre risa; si llegaba á ella, le daba la flor con algunos besos.

Al ver á su madre, el niño corrió hácia ella.

—Mamá, mamá, la dijo en su gorjeo infantil; dame, dame. Y señalaba las flores.

María fué á alcanzar algunas lilas, pero César las cortó ántes y las dió al niño.

María le tomó para besarle y le dejó despues en la alfombrita que la doncella habia extendido á sus piés.

El niño se sentó en ella, y empezó á deshojar las flores.

—María, dijo Aurora: voy á tocar en el piano una melodía de Rossini que he aprendido para que la oigas; es muy bonita; á tí te gusta la música: verás qué buen efecto hace desde aquí.

Y ántes de que María contestase se alejó.

—¿Por qué no te sientas, César? dijo María.

Este se sentó en silencio.

Sus manos temblaban ligeramente, y el pecho de María se agitaba también.

Se oyeron los acordes ecos del piano. Sus notas llegaban claras y distintas, pero ellos quizá no las oían.

Callaban y temblaban.

Comprendían que en aquellos momentos en que la casualidad les dejaba solos, debían tener una explicación decisiva.

El amor de César era demasiado grande para no ser visible.

María temía no saber ocultar el suyo.

Aquel jardín estaba tan lleno de recuerdos como de perfumes.

El recuerdo es un perfume también; la vida, como flor, se marchita; el recuerdo queda de ella.

Los amores de aquellos dos grandes corazones habían tenido casi siempre aquel jardín por escenario de sus puras impresiones.

¡Digno escenario de tan delicado sentimiento!

Bajo aquel cielo azul que parecía cobijarles con amor, aspirando la esencia de las

flores, iguales á las que en otro tiempo habian cambiado, ellos olvidaban la realidad para acariciar una ilusion gratísima.

—María, dijo al fin César vacilando: ¿es verdad que esto parece un dulce sueño despues de tantos sufrimientos?

—Sí, dijo María con voz débil.

—¡Si no terminase nunca! añadió César.

María guardó silencio, y fijó su mirada en su hijo.

—María, dijo César resueltamente: lo excepcional de tu situacion casi me autoriza á que te hable como voy á hacerlo: prométeme que no te ofenderás; yo en cambio te prometo cumplir tu voluntad.

—¿Por qué he de ofenderme? preguntó María dulcemente: ¿no eres tú mi hermano? ¿No te debo la vida de mi hijo y la mia?

—Olvidemos eso; no quiero deber nada á tu gratitud, sino á tu corazon. Yo te amo, María, y te amo tanto, que no hubiera podido vivir si hubieses muerto tú; déjame decirte que te amo; mi amor no puede ofenderte, porque es un amor puro. Tú no sabes cuánto he sufrido al verte de otro hombre; yo no lo sé tampoco; porque hay sufrimientos tan grandes, que la razon no

los analiza; pero te amo yo tanto, que por verte feliz á tí, me olvidaba de mi propio dolor. Una accion que no me explico, porque no comprendo que sin un motivo poderoso haya un hombre tan cobarde y tan infame, te deja sola; tú, que me llamas hermano, no has querido deber nada á mi cariño, y has huido, esa es la palabra, has huido de mí... no me quejo, María; más bien te admiro; pero Dios ha dispuesto los sucesos y ha querido que yo conozca tu amor.

—No, dijo María, que temblaba; yo no te amo.

—María, dijo César con voz dulce y grave; no olvides que debemos dejar hablar nuestros corazones en este momento supremo, el último acaso de que podemos disponer. Yo no te exigiré nada en cambio de ese amor que bendigo, porque es en la vida mi única esperanza; pero de no saberlo no te hablaria así. Yo creo, María, que mi amor, que nuestro amor, ¿por qué no decirlo? debe ser el velo de luz celeste que oculte á tu vista ese pasado de sombra. Yo te daré todos mis pensamientos, todos los instantes de mi vida. Yo seré tambien el apoyo, el sosten y el amparo de tu hijo. María,

María, hé aquí lo que voy á pedirte de rodillas. Confía lo bastante en mi honor y en mi amor para abandonarme tu porvenir; deja que te lleve léjos, muy léjos, donde nadie nos conozca. Yo respetaré tu voluntad; yo seré tu amigo, tu hermano... lo que tú quieras que sea, y te consagraré toda mi vida. Tú eres libre; los lazos que te unian á otro hombre están rotos por su voluntad. Tú no puedes, no debes sacrificar tu vida á un deber que él no ha respetado: tú no le has amado nunca; ¡ah! no: tu amor ha sido mio, sólo mio; el amor no se impone; no hay cadenas para el corazón...

—César, dijo María, que al oírle habia adquirido el valor que le faltaba: ¿qué dices? ¿Acaso la voluntad deshace ó estrecha á su antojo los lazos que forma Dios, y que son la base del bien de nuestra vida? ¡Que el corazón es libre!... No; no lo es, no puede serlo. Esclavo de la razon y la conciencia, los deberes son sus cadenas; los deberes, sí, son las *cadenas del corazón*, que la voluntad es impotente para romper. ¡Que huya contigo! ¿Y cual seria nuestra ventura?... No quiero ocultar que te amo; pero ¿bastaria el amor para devolverme la paz, para

borrar de mi frente la mancha que mi falta imprimiera? ¿Qué contestaría yo á mi hijo el dia que me preguntara: «¿Dónde está mi padre? ¿Con qué derecho un hombre que no es nada mio ha cuidado de mi porvenir? ¿Con qué derecho has manchado mi nombre ántes que yo pudiese honrarle y defenderle?» No, César, no; no puede ser libre la que tiene un hijo á quien legar su honra; Carlos no ha roto, no ha podido romper los lazos que á mí le unen, porque esos lazos los estrecha nuestro hijo... Yo lo espero... Quiero decirte á tí lo que á mí misma quisiera ocultarme: yo no le amo ya; acaso no le amé nunca, por más que mi voluntad quiso imponerse á mi corazon; pero yo enseñé á mi hijo á pronunciar y bendecir su nombre; sus primeras oraciones pedirán por su padre... ¡Dios quiera que ignore siempre que su padre le abandonó! Yo quiero que le ame: este es mi deber, y le cumplo.

—Pero María, ¿qué va á ser de tí?

—Confío en Dios que sostendrá mis fuerzas y me dará valor.

—María, dijo César conmovido; yo bendigo tu virtud, yo la admiro y la respeto, pero no puedo, sin desesperacion, pensar

en el porvenir de angustia que te reservas. Nada te pido ya en nombre del amor que te tengo: yo le ocultaré en mi alma si su expresion puede causarte una pena; pero al ménos, en nombre de mi cariño, deja que me ocupe de tu porvenir.

—No, César, no; esa concesion seria poner un término más ó ménos largo al olvido de todo; ¡y yo no puedo olvidar!

—Mamá, dijo Carlitos; mamá, más... más... y señalaba las flores.

María cogió algunos ramos y los puso en la pequeña manita extendida hácia ella; la atrajo á sí y la llenó de besos.

—¡Pobre ángel mio! le dijo besándole: ¡tú no tienes, no puedes tener más que mi amor!

—Por última vez, María: ¿quieres continuar en esa tristísima soledad que ahoga tu pensamiento, y quieres que tu hijo te lo deba todo?

—Sí, dijo María: ese es mi deber.

—¿Pero no ves que vas á ser inmensamente desgraciada, que tu sacrificio quedará sin recompensa?

—Aunque Dios no me reservase otra, me queda el amor de mi hijo.

—Te he prometido respetar tu voluntad

y me someto á ella; pero yo no puedo sostener esta constante lucha que rompe mi corazón. Te hablo ahora á solas por última vez; voy á hacerte una súplica: ¡no olvides nunca este día! es lo único que anhele: ¡tu recuerdo!

—¡Mi recuerdo! ¡Pues qué! ¿No te veré?

—Quisiera irme de Madrid; no puedo verte sufrir sin que mi vida se gaste.

María palideció aún más; algunas lágrimas que no se cuidó de ocultar brillaban en sus ojos.

—Adios, dijo. Y las lágrimas no la dejaron acabar.

César estrechaba con pasión su mano: una lágrima cuajada en sus pestañas vacilaba y no caía... ¡se miraban!

¡Quién hubiera podido leer en aquella mirada!

Era un adios eterno el que se dieron. Sus almas se besaban en aquel reflejo que se confundía.

Sin duda había en aquella luz una esperanza... Ellos no lo sabían.

—Adios, dijo César: ¿me olvidarás?

María entreabrió un medallón de oro que llevaba en su cuello.

—Mira, le dijo.

César lanzó una exclamacion de alegría.

Allí estaba su ramo de pensamientos, aquel ramo que María habia dibujado fresco y bello, y que guardaba marchito.

—¡Ah! dijo: ¡cuánto bien me has hecho! pero ese medallon...

Y su acento era celoso y triste.

—Mira, dijo María mostrándole el interior de la tapa superior en que se leia: *César y Aurora á su hermana de corazon María de Osorio.*

—Pero, ¿cómo es eso? dijo César.

—Es el recuerdo que en vuestro nombre me envió tu padre; es un recuerdo de hermanos; no lo olvides, César; así le guardo yo.

Y volvió á cerrar el medallon, que tenia en el anverso, formada con brillantes, una cifra en que se enlazaban las letras *C. A.*

Hacia algunos momentos que los ecos del piano se habian apagado; y ellos no lo oyeron.

—Adios, volvieron á decirse.

César se levantó y se alejó. María le vió desaparecer con una angustia infinita.

Miró á su hijo, y dijo tristemente:

—¡Ya sólo me quedas tú!

Momentos despues llegaba Aurora.

- ¿Qué te parece? preguntó.
- ¿El qué? dijo María.
- ¡Cómo! ¿Pues no la has oído? ¡Y yo que creí haberte entusiasmado!
- ¡Ah sí! le dijo María, que en realidad no había oído una nota, pero que no quería disgustar á su amiga: ¡es muy lindo!
- Papá dice que no estés más en el jardín.
- Vámonos, pues.
- ¿Y César? ¡Vaya una galantería! ¡Te deja sola!
- Fué á coger flores á Cárlos.
- Y se apoyó en el brazo de Aurora, que daba la mano al niño para volver á la casa.
- ¿Qué tal el paseo? la dijo el marqués.
- Muy bien, dijo María con voz abatida y débil, pero estoy cansada.

Aurora la llevó á su cuarto.

Algunas horas despues, María que anhelaba quedar sola, dijo que sentía sueño.

Aurora la desnudó y la ayudó á recogerse.

¿Quién hubiera podido contar las lágrimas de María en aquella noche?

Sólo el que cuenta las estrellas, que cual chispas de oro marcan sus pasos; sólo el que sabe las gotas que llenan el mar; sólo Dios, que las recoge para coronar las frentes de los mártires.

Aquellas lágrimas eran el *adios* á su felicidad; pero al brotar, refrescaron su corazón.

Le dejaron la tranquilidad que infunde el cumplimiento de un deber.

Algunos días después, María restablecida volvía á su casa.

María, al volver á su casa, encontró nuevos detalles que avivasen sus dolores.

Sus recuerdos eran el martirio lento de su corazón.

Su soledad le parecía más triste, más oscura, más vacía, desde que habia formado la grata costumbre de rodearse de personas queridas.

Cada hora, cada momento, le recordaba un suceso que habia quedado indeleble en su pensamiento.

María sufría mucho más después de volver á su casa que ántes de haberla abandonado.

Necesitaba el calor del cariño para vivir como necesita el calor del sol la débil planta naciente.

Aquellos dulcísimos cuidados de que se habia visto rodeada; aquella amante y tierna solicitud eran para la pobre niña motivos de inmensa gratitud hácia la familia que le

habia dado tantas pruebas de amor.

En su corazon vibraba constantemente el acento de César; aquel acento querido que le señalaba á lo léjos un bello oasis de paz y de ventura, medio velado entre nubes de ilusiones.

¡Cuánto valor, cuánta abnegacion necesitaba para romper los lazos que la unian al pasado, y volar á aquel cielo que tan bello se reflejaba en sus pensamientos!

Pero María rechazaba instintivamente estas ilusiones, y desvanecia los sueños de su corazon.

A pesar de mirar la vida á través del prisma de su inocencia, ella comprendia que, como en la vida física para respirar necesitamos la atmósfera, en la vida moral necesitamos tambien una atmósfera de consideracion y respeto, sin la cual un noble corazon no podria vivir.

—¡Dios mio! se decia María: ¡haced que Carlos vuelva! A su lado yo olvidaré este desvarío que acrece mi soledad. Yo no quiero pensar en César, y su recuerdo, como si viviese unido á mi pensamiento, no me abandona nunca: yo no quiero verle, y su imágen surge donde quiera que miro, como si ella fuese la luz: si he de estar eterna-

mente sola, ¡que yo le olvide, Dios mio, porque esta idea seria capaz de volverme loca!...

Unas veces creia que Cárlos, cansado de aventuras, volveria á su lado, y confiada casi le esperaba y hallaba valor para imponer silencio á su corazon.

Otras creia que la habia abandonado para siempre, y entónces se aterraba y lloraba la sangre de su corazon al preguntarse cuál seria el porvenir de su hijo.

Así pasaba el tiempo sin que nada realizase sus esperanzas ni sus temores.

Nada se sabia de Cárlos.

María empezó un nuevo cuadro.

Los dos primeros habian sido buscados ántes de terminarlos, y María confiaba en que éste lo buscasen tambien.

¡Cuán léjos estaba de pensar que Cárlos era el que los habia comprado!

Alguna vez veia á César, pero nunca á solas; si su mirada, involuntariamente abstraída, se fijaba en él, César como si no viese aquella mirada, le hablaba con la dulce gravedad de siempre, y María volvía en sí y daba gracias en el fondo de su corazon á Dios porque César no la comprendia.

No sabia ella cuánta abnegacion habia

en aquella afectada indiferencia.

César había querido salir de Madrid, pero su padre se había opuesto.

El que hubiese visto á María en su dulce vida íntima, siempre plácida é igual, y hubiese comprendido al mismo tiempo la dolorosa lucha de su alma, habría admirado el valor que revelaba aquella calma, cuando su corazón se desgarraba.

María se arrodillaba con su hijo para enseñarle á orar.

El niño la oía con atención, y parecía comprenderla.

Como si en aquel tierno corazón se anidasen ya sentimientos, el niño modulaba su vocecita por la voz de su madre, y repetía balbuceando sus palabras.

—Hijo mío, decía María uniendo las manecitas de su ángel; Carlos mío, pide á Dios que vuelva tu padre!...

¡Quién sabe si al trono de Dios llegaba claro y distinto el acento del ángel que en una ternísima plegaria pedía por su padre!

¡Quién sabe si este acento era la demanda del perdón divino!

—¿Por qué le haces rogar por su padre? le preguntaba Aurora un día que presenciaba esta dulcísima escena.

—Porque debe aprender á amarle; y ya que no le ve á su lado, quiero que lleve su nombre en el alma.

—Pero María, Cárlos no es digno, no ya de que le ame, sino de que pronuncie su nombre.

—¡Ay, Aurora, no digas eso! No lo repitas delante de su hijo. Es verdad que las apariencias le condenan; pero ¿quién sabe la verdad?... Además, bueno ó malo, su hijo no puede juzgarlo; para amar á un padre no se ve ántes si lo merece; se le ama, porque ese es nuestro deber.

—Pues yo creo, María, á pesar de tus teorías, que á un padre, á quien se debe todo se le ama; pero á un padre que lo abandona, que acaso ni se acuerda de que existe....

—Mira, niña mia; la vida tiene misterios que tú no comprendes, que yo apenas comprendo tampoco; una de esas causas puede haber alejado á Carlos de su hijo... Si al volver ansioso de amor y de perdon su hijo le desconociera, si le dijese ese día: «Mi madre me enseñó á odiarte» ¿no comprendes, Aurora mia, que de no ser perversa y despreciable la mujer que esto oyera, debía morir de dolor?

—Acaso tienes razon; pero yo no tendria el valor, la abnegacion que tú... Enseñar á amar y bendecir el nombre del que tanto daño te ha hecho, es María, más de lo que se puede esperar de la criatura.

El gran corazon de María se revelaba en todas y en cada una de sus acciones.

No pueden ocultarse la grandeza de alma, la elevacion de sentimientos, como no puede ocultarse un perfume.

María hablaba á su hijo de la vuelta de su padre como de una cosa natural; el niño que habia aprendido á amarle, le esperaba.

Nada más tierno, más conmovedor que ver á aquella mujer tan bella, tan jóven, tan distinguida, dejar los pinceles con que ganaba el pan de su hijo para venir á arro- dillarse con él, á pedir á Dios por el culpable padre que le abandonaba.

Sus frases eran sencillas, dulces, poéticas y llegaban distintamente al corazon del niño.

—Mamá, decia Carlitos: yo te quiero más que á papá.

—No, hijo mio, eso no debe ser; tu cariño debe ser el mismo para los dos.

—Pero á papá no le veo...

—Tampoco ves á Dios, y le amas sobre todas las cosas.

—Mamá, ¿por qué no veo á Dios? ¿Dónde está?

—Mira, hijo mio, decia dándole una flor; aquí no ves el perfume, ¿es verdad? pero lo sientes; así á Dios no podemos verle, pero lo sentimos en todas sus obras, y lo sentimos en nuestro corazon.

La inteligencia de este niño, que apenas tenia dos años, empezaba á mostrarse grande y penetrante bajo el constante cuidado de su madre, que trasmitia á su hijo en cada una de sus palabras los puros sentimientos de su alma.

María se olvidaba de sí misma por su hijo; cuando sufría iba á buscarle, y en sus palabras llenas de gracioso candor, hallaba olvido y consuelo.

María creia que Dios, para alentarla, le enviaba en su soledad algunos rayos de dicha; y es que para sentirlos tenia la dulce paz de su conciencia sin mancha, la santa alegría del cumplimiento de su deber.

CAPITULO XXXVI.

Comienza la expiacion.

No puede soñarse una existencia más agitada, más intranquila, más triste que la de Beatriz.

Al separar á Cárlos de su esposa, habia creído asegurar de una vez y para siempre el dominio de su corazon.

Bien pronto conoció que se engañaba.

Cárlos, voluble siempre, más aún desde que por la infamia de Beatriz se creyó engañado en sus afectos más caros, no tenia ninguna consideracion para con aquella pobre mujer que tanto le amaba.

Beatriz no se atrevia á quejarse.

Comprendia que si Cárlos se cansaba de ella, la dejaria sin remordimiento.

Cada vez que veia salir á Cárlos temia no volverle á ver; cada vez las palabras de éste eran más frias; Beatriz lo comprendia y callaba, devorando su amargura.

A veces su mirada se alzaba como si buscara en el espacio un sér invisible, y murmuraba con voz ahogada:

—¡La expiacion!

Beatriz hubiera dado una parte de su vida por deshacer lo hecho.

Pero sólo una vez se elige la senda que hemos de seguir, y Beatriz sin una fuerza superior no podia retroceder.

Habia entregado su porvenir á Cárlos.

Beatriz llegó á apurar mayor dolor que el que hasta entónces le habian producido los devaneos de Cárlos, al apercibirse de que éste y su camarera Cristina sostenian inteligencia, casi sin ocultarse de ella.

Todo su orgullo, toda su dignidad se sublevaron contra aquella bajeza que se la imponia; pero tuvo el valor de no quejarse.

Algun tiempo habia pasado así, cuando Cárlos, cansado de Cristina como de Beatriz, las olvidó á ambas por una hermosa florentina, hermana de un amigo suyo, que accidentalmente se encontraba en Nápoles.

La bella Sofía tan discreta como hermosa, comprendió que el empeño que inspiraba al galante marqués no tenia nada de comun con el amor.

En otras circunstancias, Sofía no le hubiese mirado siquiera; pero en aquella ocasion la convenia que el marqués hiciese alarde de su amor, y la diese de él pruebas.

Sofía amaba á un hombre que apenas se fijaba en ella: la linda florentina creía que los celos avivarian en el corazón de su ingrato la llama que ella no alcanzaba á encender.

Pero Cárlos, creyéndose amado, empeñándose por aquella resistencia que él creía el pudor invencible del primer sentimiento, apenas vivía para otra cosa que para probar su pasión á Sofía.

Beatriz y Cristina igualmente celosas, igualmente desesperadas, le esperaban en vano hacia unos días.

Al fin Cárlos necesitó dinero, y fué á tomarle á su casa, esto es, á la que ocupaba con Beatriz.

Al ir á entrar en su gabinete, Cristina se le puso delante.

—Hace ocho días que no te veo, le dijo con acento de bravía amenaza.

Cárlos lanzó una carcajada.

—¿Y qué me importas tú? le dijo friamente. Vete, y no vengas hasta que yo te llame.

Cristina se puso roja de ira.

—¡Ah! dijo; es verdad. Me había olvidado de que yo soy aquí una mujer á quien se pagan sus servicios, es decir, á quien se

da un poco de dinero por las horas de su vida que se emplean segun el capricho de sus señores...

—¿Aún estás ahí? dijo Cárlos con impaciencia: ¡te he dicho que te vayas!

—No me iré: ántes quiero... Cristina no pudo acabar; Beatriz apareció y señaló la puerta á la camarera.

—Vete, le dijo.

Cristina vaciló; pensó que ella tenia muchos secretos de aquella mujer que la humillaba, y que podia perderla, pero se dijo: «Eso para despues», y salió.

Aquella órden fria y dura delante del marqués la exasperó; dió algunos pasos, y volvió á quedar detrás de las cortinas de la puerta.

Beatriz quedó sola con Cárlos.

Estaba muy pálida y temblaba visiblemente.

En su mirada más que amenaza habia súplica, habia pena.

Parecia que aquella mirada demandaba compasion.

Cárlos, á pesar de no amar á Beatriz, no queria renunciar á ella.

Era una mujer hermosa, apasionada, discreta, y si no era amor lo que le hacia de-

sear tenerla á su lado, era una costumbre de su corazon, que él no tenia el valor de romper.

Así fué que al verla sintió una vaga turbacion, que no le permitió hablarla.

—¡No te basta, le dijo Beatriz dominando la explosion de sus celos, herirme en el corazon con tus aventuras amorosas que llegan hasta mí, sino que en mi misma casa, á mi lado, descienes hasta una de mis criadas, y me ofendes diciendo amores á una muchacha que yo encontré perdida en las calles de Florencia, y que recogí como se recoge un harapo que nada vale!

—Beatriz, no tengas celos; tú sueñas, y das por realidades las ficciones de tu sueño; nada me importa esa muchacha; si has creído otra cosa, te engañas.

—¿Y me engañaré tambien al creer que amas á Sofía Salvini?

—¡Pardiez! en eso no. Tengo un gran empeño por vencer la resistencia de esa hermosa niña, que deberia llamarse Lucrecia; en cuanto deje de ser un imposible para mí, habrá pasado la ilusion que me inspira.

Beatriz lloraba.

De no estar tan preocupada, hubiese oído

un gemido ahogado y unos rápidos pasos que se alejaban.

Era Cristina, que todo lo habia oido.

La alteracion de su semblante espantaba; con los dientes apretados, los ojos secos y ardientes, encendida de rabia, de ira, de odio, se dirigió á su cuarto.

—¡Beatriz, dijo, pierde cuidado, que el pobre harapo que recogistes perdido en las calles de Florencia, sabrá vengarse de tí! Y tú, marqués de la Rivera, ladron de honras, tambien tendrás lo que mereces.

Cristina tomó papel y empezó á escribir convulsivamente.

Terminó en breve; dudó un instante, y al fin, como si tomase una resolucion definitiva, encerró en un sobre el papel escrito.

Despues puso en el sobre:

«Al caballero Víctor Marini, legacion de Italia, Paris.»

Y se envolvió en un manto para llevar por sí misma aquella carta al correo.

Entre tanto, Cárlos decia á Beatriz:

—¿Qué te importan esos galanteos que nada significan, si sólo á tí quiero? ¿No ves que vivo á tu lado? ¿Que cumplo todos tus deseos?...

Beatriz se convencia y con algunas que-

jas, que una caricia extinguía, dejaba pasar aquellas tempestades, pues sagaz siempre, no se le ocultaba que el carácter indomable de Carlos se rebelaba contra todo lo que era yugo, por suave que éste fuese.

Sufría, pero se decía que en tanto que Carlos viviese á su lado, no debía dar importancia á lo que era efecto de su volubilidad de sentimientos.

Pero sufría cada vez más; su corazón era un infierno de celos y de dudas.

—¿Qué derecho tengo yo, se decía, á exigirle amor? ¿Qué soy para él? No puedo quejarme si sufro; no podría quejarme si me abandonara; yo he hecho mucho daño á una mujer inocente, y para mí comienza la expiación. ¡Yo no pensé que el edificio de mi dicha se alzaba sobre la voluntad de Carlos, más movible y más insegura que las olas de esos mares!

CAPITULO XXXVII.

Revelaciones.

Algunos días habían pasado.

Beatriz nada había dicho á Cristina.

Era muy orgullosa para quejarse.

No se atrevia tampoco á separarla de su lado. La necesitaba.

La trataba con sequedad y dureza, pero no la daba órden de abandonar su casa.

Una nueva y ligera época de calma empezaba para ella.

Sofía Salvini habia vuelto á Florencia, y Cárlos, aunque quiso seguirla, no se atrevió á dejar á Beatriz, que ya creia borrada aquella impresion en el corazón de su amante.

Una mañana, Cárlos salió para buscar unos libros que Beatriz deseaba, y apenas habia cruzado algunas calles de la hermosa ciudad, cuando se apercibió de que una mujer le seguia.

Se detuvo y reconoció á Cristina.

—¿Te envia tu señora? la dijo cuando estuvo cerca.

—Nadie me envia; vengo á buscaros yo.

—¿Y para qué?

—Para revelaros algo que os importa mucho.

Cárlos encontró en el acento de Cristina una grave apariencia de verdad, y la miró con extrañeza.

—¿A dónde iremos? dijo.

—Seguid á la derecha, dijo Cristina; sal-

dremos de Nápoles, para que nadie pueda oírnos.

Cárlos siguió al lado de Cristina, y muy pronto abandonaron las calles de la ciudad para pisar sus fértiles alrededores.

La posición de la capital del antiguo reino de las Dos-Sicilias no puede ser más risueña ni más encantadora.

A su derecha corre suave y dulcemente el pequeño río Sabeto; al Este levántase el Vesubio, que se corona con penachos de fuego y que dejó tan tristes huellas de su horrible poder en las cercanas ciudades de Herculano y Pompeya, sumergidas bajo sus torrentes de abrasante lava; al Oeste el monte Pausolipo; en el fondo el bellissimo golfo de su nombre, y en todas partes una vejetacion riquísima, un cielo de purísimo azul, y el sonido igual y cadencioso de las olas que vaga en los ecos del viento.

Cárlos miró con delicia el magnífico paisaje que ante sus ojos se extendía. Cristina no lo miró siquiera.

—Habla, Cristina, dijo al fin Cárlos, y procura que no sea triste lo que vas á decirme; este risueño escenario no debe servir para un drama lúgubre.

—No es culpa mia, dijo Cristina; yo no he hecho los sucesos.

Y se sentó junto á Cárlos.

—Yo no he conocido nunca á mis padres, empezó á decir Cristina conmovida; recuerdo solamente como un sueño que una señora muy hermosa y muy bien vestida iba á verme con frecuencia á casa de la mujer que me criaba. Un dia aquella señora lloró al abrazarme con pasion, y dejó á la que yo llamaba madre un bolsillo de oro. La dama no volvió; cuando pregunté por ella, no me contestaron. Pasó el tiempo, y cuando apenas tenia yo doce años murió la buena mujer que me habia criado. No tenia á nadie en el mundo, y me ví sin pan y sin asilo, en esa edad en que el cariño es tan necesario al corazon. No quiero contaros cuánto sufrí!... Esto no os interesa. Algunos meses pasé vagando por las calles de Florencia, viviendo de la limosna que recogia. Muchas veces recorrí las orillas del Arno buscando un sitio para arrojarme á él desesperada; no sé qué sentimiento me contenia y me apartaba horrorizada de sus azules ondas. Una tarde pedia yo limosna en el paseo de Bóboli, que por su situacion y sus jardines es el más hermoso de Florencia, y ví una señora lujosamente vestida que iba á subir á un carruaje que la espe-

raba. Me adelanté y le alargé mi mano. La dama se detuvo á mirarme.

«—¿Qué edad tienes, niña? me preguntó.

«—Trece años.

«—¿Quieres venir conmigo?

«—¿Para que? le dije recelosa, porque no estaba acostumbrada á que nadie se interesara por mí.

«—Para estar á mi lado; te vestiré bien, comerás cuanto quieras, y te enseñarán lo que has de hacer.

«—Pero ¿tendré libertad para irme si no quiero estar?

«—Desde luégo, me dijo riendo.

«—Pues entónces voy.

«—Sube, pues.»

Yo no me atrevia á sentarme en aquel elegante coche, por temor de mancharle con mis andrajos.

«—¿Cómo te llamas? me dijo la señora.

«—Cristina.

«—¿Y tu apellido?

«—Yo no tengo apellido, le dije. Me llamo Cristina únicamente.

«Me miró con lástima, y murmuró. «¡Pobre chica!»

—En fin, señor, aquella dama era Doña Beatriz y desde entónces no me he separado de ella.

—Pero Cristina, dijo Cárlos; yo no sé para qué me cuentas tu historia.

—Ahora comprendereis el motivo; dejadme acabar.

Cárlos guardó silencio.

—Mi señora era para mí una Providencia, continuó Cristina; la pobre niña abandonada, á quien todos dirigian al paso palabras cínicas y ofensivas, tuvo un asilo, tuvo una proteccion. Yo aprendia con afan cuanto podia complacer á mi señora, y estaba orgullosa cuando la veia contenta. La he seguido á todas partes; cuando en Saint-Cloud la señora se ocultó á su esposo, yo lo acepté todo por no disgustarla.

—¿Cómo es, dijo Cárlos, que la dejaste en Madrid?

—Vais á saberlo. Mi señora me dijo un dia que era necesario fuese á servir durante algun tiempo á la marquesa de la Rivera.

—¡A mi mujer! Segun eso, ¿queria expiarla?

—Exactamente; pero la vida de la marquesa era tan pura, tan santa, que mi espionaje era inútil.

—¿Qué dices? dijo el marqués vivamente: ¿no fuistes tú quien le llevaste aquella carta?

—Despacio, señor marqués.

—¡Ah, por favor! Me estás matando.

—Voy á decíroslo todo. Mi señora, desesperada de no hallar en la vida de la marquesa más que virtud, concibió un proyecto horrible...

—¡Acaba!...

—Me hizo sustraer una carta que la marquesa escribió á su padre, y aquella carta sirvió para que, falsificando la letra...

Cárlos se habia puesto de pié, completamente trastornado. Parecia loco; estaba convulso...

—¡Acaba! dijo.

—Pues bien: se imitó aquella letra y se fingió una carta de la marquesa á un amante.

—¡Ah! ¡Era mentira! ¡María, María de mi alma, era mentira y yo te abandoné!...

El acento de Cárlos asustaba.

Todas las inflexiones del dolor y la desesperacion se notaban en él.

—¡Y tú, dijo asiendo violentamente á Cristina, lo sabias y has callado!

—¡Yo no queria, no podia hacer traicion á mi señora! ¡Hoy esa mujer me ofende y me humilla: hoy me disputa tu amor, y me vengo!

—¡Ah! dijo Cárlos: ¡cuánta infamia! ¡Yo he abandonado á mi esposa inocente, á mi hijo... mi hijo que ha vivido sostenido por su madre, en tanto que yo gastaba con esta miserable su fortuna! ¡Mi hijo que me odiará!...

Y rechazando á Cristina se alejó hácia Nápoles, ébrio de dolor y desesperacion.

Cristina, inmóvil, le vió alejarse.

Una cruel alegría se reflejó en sus facciones.

—Sufre, dijo envolviéndose lentamente en su manto: que nunca sufrirás tanto como me has hecho sufrir.

CAPITULO XXXVIII

El dedo de Dios.

Cárlos se dirigió á su casa, á donde llegó guiado por la costumbre más que por la razon, pues su pensamiento era un caos donde no habia ideas.

Algunas personas le habian mirado con curiosidad y extrañeza al verle cruzar por las calles de Nápoles; bamboleándose como un ébrio, deteniéndose á veces, corriendo

otras y con una expresion de furor, de desesperacion impresa en su semblante.

Le creian ébrio y no se engañaban: era una borrachera de pena que ofuscaba su razon.

Cuando llegó á las habitaciones de Beatriz, era tan grande la alteracion de sus facciones, tan marcada y visible su expresion de amenaza, que ésta asustada lanzó un grito.

—Beatriz, la dijo queriendo en vano contener la expresion sombría que tenia su acento: ¿qué castigo crees tú que merece la infame mujer que ha dictado esta carta?

Y le mostraba la que en otro tiempo habia servido á Beatriz para infamar á su esposa.

Beatriz comprendió que Cárlos lo sabia todo, y asustada, aterrada, no supo qué hacer; no se atrevió á negar.

Terriblemente pálida cayó de rodillas y uniendo sus manos murmuró:

—¡Perdon!

—¡Ah! ¿Con que eres tú? ¿Por qué no me dices hoy como ántes, que la escribió ella? ¿Por qué no repites que esa es su letra?

—¡Perdon! volvió á murmurar Beatriz.
¡Perdon! ¡Cárlos, yo te amaba!

—¡Cuánto debo á ese amor! ¡Toda la dicha de mi vida me la ha robado! ¡Toda tu vida no basta á pagar el daño que me has hecho! Quiero matarte, y temo que tu muerte sea poco castigo!

—¡Mátame, sí, Cárlos, porque sin tí no quiero vivir!

—¡Sí, te mataré! ¡Necesito que toda tu sangre borre este infame escrito: tus lágrimas no bastan! Te mataré; pero ántes oye: me bastará que leas en mi corazon para vengarme de tí. Mi único amor, mi sola pasion ha sido esa mujer de quien me has separado: hoy la amo más, mucho más, pues en este espacio de tiempo en que me retenias léjos de ella, mi amor ha crecido; yo no veia más que mujeres despreciables, y en el fondo de mi alma se alzaba el recuerdo de la que he visto siempre pura, noble y digna. En el año que estuve á su lado, comprendí lo que valia; en los que he estado al tuyo, he comprendido lo que vales...

El acento de Cárlos era tan despreciativo, tan hiriente, que Beatriz, trastornada, levantó hácia él su cabeza y quiso herirle á su vez.

—¿Quién te asegura, le dijo, que en ese

tiempo en que tú ofrecias un culto á su memoria, no te olvidaba ella al lado de su amante? ¿Quién te dice que porque esa carta no la haya escrito, no puede haber escrito otras? ¿No sabes que ántes de conocerle lo amaba?

—Sigue, sigue, Beatriz. Dime que mi mujer es completamente despreciable. ¡Nunca lo será tanto como tú!

Beatriz tembló y no tuvo valor para contestar.

Al fin se irguió y dijo:

—¡Más generoso sería matarme!

—Después: ántes quiero que sepas lo que voy á hacer. Mañana salgo para España; buscaré á mi mujer y la diré de rodillas: «Hé aquí la prueba de la infame mentira que me alejó de tí; vengo á que me perdones, y á consagrarte mi vida en cambio de lo que te he hecho sufrir.»

—Tu esposa no te perdonará.

—Una madre no cierra su corazón al padre de su hijo.

—Tu hijo ha muerto.

—¡Qué dices! ¿Cómo lo sabes? ¡Que ha muerto mi hijo! ¡No! ¡Eso no puede ser! ¡Se me hubiera dicho!

—¿Y cómo, si no saben dónde estás?

—Lo sabe el administrador; él me lo hubiera escrito.

—Yo he interceptado su carta.

Cárlos parecía fuera de sí: aquel último golpe le había aterrado.

Beatriz había querido distraerle con una nueva pena de su idea de abandonarla, y había inventado aquella noticia que anonadó á Cárlos.

—Dame esa carta en que se me participa la muerte de mi hijo.

—No la tengo: tuve miedo á que la vieses y la destruí.

—¡Ah! pues mejor; una prueba más de que debo matarte; me has robado hasta el consuelo de ver morir á mi hijo.

La puerta se abrió silenciosamente, y un hombre de aspecto distinguido, vestido de negro, alto, delgado, con espesa barba negra, apareció en ella.

Ni Cárlos ni Beatriz le vieron.

Él adelantó en silencio.

—Sí, continuó Cárlos: necesito matarte.

—Puesto que tanta necesidad teneis de matar, caballero, dijo avanzando el que acababa de entrar, podeis empezar por mí.

—¡Ah! dijo Cárlos volviéndose con viveza: ¡Sois vos! ¡Tanto mejor! ¡Hé aquí tu castigo!

—¡Víctor! dijo Beatriz con espanto: ¡tú aquí! ¡Víctor! repetía, ¡Víctor! ¿A qué has venido?

Víctor Marini, pues ya habrán reconocido nuestros lectores al esposo de Beatriz en el recién venido, no le contestó siquiera.

Se volvió hacia Carlos, que sin esperar á que le hablase le dijo con viveza:

—Evitemos explicaciones inútiles; estoy á vuestras órdenes: cuando gustéis nos batiremos.

—Hoy mismo si es posible.

Carlos pareció dudar; al fin se decidió y le dijo:

—Os ruego que me concedais algunos momentos: despues estaré á vuestras órdenes.

Víctor se inclinó en silencio.

Carlos le señaló un asiento y ocupó él otro cercano.

—Debo explicaros, caballero, dijo Carlos, las frases que al entrar me habeis oido; el dolor ciega á veces hasta el extremo de hacer que un hombre se olvide de todo, y amenace á una mujer.

Víctor nada le dijo, pero sonrió friamente como dándole la razon.

—Hace algun tiempo, continuó Carlos,

que se me hizo creer una infame calumnia. Esa mujer, y señaló á Beatriz que escondía el rostro entre sus manos, hizo falsificar la letra de la mia; me enseñó una carta en que mi esposa daba una cita á un amante... Yo, loco de dolor, la abandoné con mi hijo, y la abandoné sin volverla á ver, sin darle tiempo de justificarse; la dejé sin recursos... y era una mujer hermosa, jóven y honrada. Hoy, caballero, por una sucesion de accidentes en que es preciso ver el dedo de Dios desvaneciendo el velo que me ocultaba la verdad, he sabido el crimen en que se la habia envuelto: la he visto inocente y pura, y todo el horror y el desprecio que ántes me inspiraba, es para sus infames detractores... Pues bien: cuando loco de dolor pedia á esta mujer cuenta de la dicha de mi vida que su mentira me robó, sé que mi hijo ha muerto, que no se ha dejado llegar á mis manos la carta en que se me participaba, quitándome hasta el triste consuelo de ver su cadáver.

—Es una nueva mentira, marqués de la Rivera, dijo Cristina apareciendo en la puerta: ¡vuestro hijo no ha muerto!

Beatriz levantó su cabeza al oír aquella voz.

—¡Ah! dijo. ¡Has sido tú!

—Ha sido Dios, que se ha valido de mí para justificar á un inocente.

—Como la víbora, has desgarrado el seno que te dió abrigo. Vete de una vez, y para siempre. No quiero verte más.

—Sí, me iré; pero ántes he dicho toda la verdad, y me he vengado.

Beatriz volvió á caer en su abatimiento. Cárlos se habia lanzado ansioso á Cristina.

—¿Dices que no ha muerto mi hijo?

—Al ménos es mentira que una carta lo haya anunciado.

—¡Ah! ¡Gracias á Dios! dijo Cárlos: ¡le podré volver á ver!

—Hé aquí lo que queria que supiéseis, caballero, para haceros una súplica, dijo á Víctor, que escuchaba visiblemente alterado; no quisiera morir sin ver á mi esposa y á mi hijo; quiero alcanzar su perdon... Si os parece bien, el duelo se verificará en España, y me dareis de término ocho dias; yo os juro por mi honor estar, pasados éstos, en el lugar que me marqueis.

Víctor se levantó y le alargó la mano.

—¡Dichoso el que puede volver los ojos hácia una esposa honrada y un hijo querido! Id, caballero, y ¡ojalá esas absurdas

leyes que en nombre del honor nos obligan á batirnos pudieran olvidarse! Dentro de ocho dias mis testigos irán á entenderse con los vuestros.

Cárlos se inclinó para darle gracias.

Víctor se dirigió á Beatriz.

—En cuanto á vos, señora, olvidad para siempre que habeis llevado mi nombre; desde hoy sois libre: la señora de Marini no existe ya.

Víctor salió sin esperar contestacion de su esposa.

—Adios, la dijo Cárlos; te perdono á pesar de que me has hecho mucho daño.

—Cárlos, Cárlos, dijo ella llorando; ¡yo no quiero que te vayas!... Ese duelo... te va á matar...

—¡Adios: la muerte seria un bien para mí!

Beatriz se lanzó á él para detenerle, y echó sus brazos alrededor de su cuello.

—Yo te amo, le dijo.

—¡Cuántas desgracias debo á tu amor! Adios.

Y deshaciendo bruscamente el lazo que formaban las manos de Beatriz, cuyos dedos se cruzaban, se lanzó fuera y desapareció.

Beatriz quedó por algun tiempo inmóvil;

tantas emociones la habian quebrantado; estaba enferma de cuerpo y de espíritu.

Al fin llamó y se presentó un criado.

—Que venga Cristina, dijo,

—Cristina no está, señora; salió y no ha vuelto.

—¡Ah! es verdad, lo habia olvidado. Llamad á otra.

Una jóven se presentó.

Beatriz, temblando de dolor, se levantó y pasó con ella á otras habitaciones.

Recogió todo el dinero que tenia, hizo empaquetar una parte de su ropa, y repartió las demás entre sus criadas, á las que despidió anunciándoles que al otro dia partia léjos de Italia, y no las necesitaba.

Nadie podia expresar lo que sufrió en aquellos tristes detalles.

Al entrar en las habitaciones vacías que habia ocupado Cárlos, copiosas lágrimas brotaron de sus ojos.

Sobre una mesa, en una preciosa relojera, habia un pequeño reloj de madera, cuyos números salientes de la esfera permitian al tacto conocer las horas.

Era un reloj de noche.

Sobre la tapa de palo santo se veia una cifra de grandes letras de oro.

Aquellas letras eran una *B* y una *C*.

Decían Carlos y Beatriz.

—¡Ah! Dijo Beatriz apoderándose con ansia de él: ¡hé aquí todo lo que me resta de su amor y de mi dicha! Yo te guardaré siempre, dijo mirando el reloj; pero ya solo marcarás para mí horas de lágrimas.

Al otro día, Beatriz salió para España sola y desesperada.

¿Qué intentaba?

Su único afán era impedir el duelo de Carlos.

En un día parecía haber vivido diez años.

Apénas se hubiera conocido en aquella mujer pálida y doliente, severamente vestida de negro, á la brillante condesa de Clavaval, á la elegante Beatriz.

Cristina también se dirigió á España: ¿qué buscaba?...

Ni ella misma lo sabía.

La pobre muchacha abandonada, había sentido despertar su corazón con las palabras halagadoras de Carlos; le había amado con su primer ardiente amor, y al verse engañada, despreciada, se había vengado destrozando la obra de Beatriz; diciéndole la verdad á Carlos, revelando á Víctor el

sitio en que su esposa se ocultaba.

Cumplida su venganza, pasada la primera horrible alegría que habia sentido al envolver en su dolor á los que tenian la culpa de él, Cristina quedó como la débil yedra á quien quitasen el tronco que la sostenia.

La pobre jóven no tenia asilo, no tenia familia; ¿qué iba á ser de ella?

¡Cuántas tristes historias de prostitucion y miseria podrian empezar con esta palabra que Cristina murmuraba sin cesar: «¡Sola!»

No sabia lo que iba á ser de ella; no queria saberlo tampoco; pero su anhelo era vivir bajo el mismo cielo que Cárlos.

Era jóven y bella: tenia el corazon desgarrado, y ya no podia amar; pero podia pedir al amor fingido lo que no habia querido admitir del amor verdadero.

Porque ella habia amado á Cárlos con todo el ardor de su sangre italiana, con toda la pasion de su alma: despues que este primer amor pasa, en el alma no quedan más que sombras; su luz se apagó.

Beatriz queria á todo trance impedir el desafío pendiente entre Cárlos y su esposo; despues nada esperaba; su pensamiento no iba más allá.

Habia comprendido que Cárlos no la per-

donaria nunca; y ella, que todo lo habia sacrificado por él, ella que tanto le habia amado, no tendria por recompensa más que su olvido y su desprecio.

En su corazon se revolvian todos sus amargos pesares, sus tristes presentimientos, sus remordimientos sombríos, y como una luz fúnebre sobre este caos, los recuerdos de su fugitiva dicha.

Ella sentia el dedo de Dios tocar su frente; empezaba á comprender su castigo.

En cuanto á Cárlos, el camino se le hacia eterno, interminable. Ansiaba ver á su hijo, ver á su esposa: algunas dudas le asaltaban y martirizaban su corazon.

—Si ella no me perdonase, se decia; ¡si no quiere verme!... Pero yo la diré la verdad, ella es un ángel y me perdonará: ¡mi hijo! ¡Mi Carlitos! ¡Qué hermoso estará! Pero no me conocerá; ¡acaso me odie!... ¡Oh Dios mio! ¡Cuánta amargura! ¡Cómo creí yo que ella tan buena, tan pura, fuese capaz de engañarme! ¡Mi María, tan hermosa; ya no me amará; yo seré odioso para ella!... ¡Pero si me ama, si me espera y ese hombre me mata!... ¡Siempre habré estado á su lado, siempre habré recibido su perdon!...

Estas reflexiones se hacia Cárlos, en tan-

to que la locomotora le arrastraba rápidamente hacia España.

Lleguemos nosotros ántes para observar los sucesos que han de tener lugar entre los personajes de esta obra.

CAPÍTULO XXXIX.

La vuelta al hogar.

Las cinco serian de una hermosa tarde de Mayo, cuando el marqués de la Rivera llegaba á su casa de Madrid.

Al verle el portero lanzó una exclamacion de asombro, pero Cárlos le impuso silencio imperiosamente.

—Id y llamad al mayordomo, le dijo.

Este apareció en breve con visible muestras de asombro y contento.

—¿Está en casa la señora? preguntó Cárlos.

—¡Ah, señor! La señora marquesa apenas sale desde que V. E. se fué á viajar.

Cárlos oyó esta última palabra con sorpresa, pero nada dijo.

—Y ¿dónde está? volvió á preguntar.

—En el gabinete azul.

Cárlos subió y cruzó algunas habitaciones para llegar á la que le habian indicado.

Su corazon latia tan violentamente, que tuvo que detenerse á respirar.

Las anchas cortinas de terciopelo azul, medio corridas á ambos lados de la puerta de entrada, le permitieron ver sin ser visto el dulcísimo cuadro que ofrecia el interior del gabinete.

María, sentada ante un caballete, pintaba en un pequeño lienzo que en él se sostenia.

Vestia un traje de seda negro y un pequeño cuello de encaje blanco.

Sus cabellos, recogidos en una gruesa romana, se sostenian con una redecilla de terciopelo negro.

Una cinta de terciopelo, negro tambien, rodeaba su cuello, y de ella pendia una gruesa cruz de oro liso.

Sus manos blancas y pequeñas, que apenas podian sostener el pincel y la paleta, parecian de nácar sobre el fondo oscuro de su traje.

En una de ellas se veia el anillo nupcial.

Su hijo, vestido de blanco jugaba á su lado sentado en la alfombra.

El niño reía y charlaba; su madre le miraba con delicia y sonreía.

Cárlos sentía una emoción tan viva que apenas podía respirar.

Se contenía sin embargo.

Hubiera querido detener el vuelo del tiempo para prolongar su éxtasis.

Así pasó una hora.

Cárlos, inmóvil, contemplaba aún.

La luz empezó á debilitarse, y la jóven pintora dejó sus pinceles.

Se oyó á lo léjos el toque de una campana.

Era esa dulce y melancólica despedida del día, que acompaña á la primera sombra de la noche.

Era la oración de la tarde.

María tomó á su hijo de la mano y fué á arrodillarse con él ante un balcon entrecubierto.

Cárlos se arrodilló también.

María empezó á rezar con voz dulce y clara el *Ave María*.

El niño repetía sus palabras; Cárlos, dominado, las repetía también en su corazón.

Al acabar la oración el niño sin deshacer la dulce cruz que formaban sus manecitas unidas, dijo con voz serena:

—¡Dios mio, haced que vuelva mi papá!

María hizo la señal de la cruz en la frente de su hijo, y se levantó con él, sentándolo en sus rodillas para besarle.

—Mamá, dijo Carlitos: ¿no dices que Dios oye á los niños buenos?

—Sí, hijo mio, porque son sus ángeles.

—¿Y por qué no me oye cuando le pido que venga papá?

—Sí te oye, hijo mio.

—Pero ¿por qué no viene?...?

María no pudo contestar porque Cárlos se precipitó en la estancia.

María dió un pequeño grito de asombro, dejó á su hijo en el suelo y retrocedió un paso.

Pero aquello fué un momento, un solo momento.

Su corazon generoso respondia siempre á la voz del sentimiento y del deber.

En un solo instante comprendió que debia alentar al que volvia á su hogar demandando perdon, y adelantando hácia él le abrió sus brazos.

Cárlos la estrechó en los suyos delirante de alegría.

Despues fué á buscar á su hijo.

Besó sus manos, sus ojos, su boca.

Le acariciaba con delirio, y el niño asustado tendió sus brazos á su madre.

—Hijo mio, dijo ésta: es tu padre; ya ves como Dios te oía.

El niño echó sus bracitos al cuello de su padre.

—Papá, papá, repetía devolviéndole sus caricias; mamá me decia que si era bueno me querrias tú mucho: ¡verás como lo soy!

—¿Me quieres tú, hijo de mi alma? le preguntó Cárlos.

—Sí: tanto como á mamá.

—María, dijo Cárlos yendo á su lado con el niño en los brazos: ¡cuánto te debo! ¡Dios te bendiga por tu santa virtud! Le has enseñado á quererme á pesar de...

—¡Oh, calla! dijo María; aunque hoy no lo comprenda, no quiero que oiga mi hijo las faltas de su padre.

Una criada entró con una lámpara encendida.

Al ver á su señora con un hombre que estrechaba sus manos y acariciaba al niño retrocedió asustada.

—La comida está servida, señora, dijo tímidamente.

—Haced que pongan un cubierto más para el señor marqués.

—¡Ah! dijo la criada comprendiendo quién era aquel hombre: ¡gracias á Dios!

Y se alejó para participarlo á los demás.

—Mi comida es muy modesta, Cárlos, dijo María con naturalidad; una comida de artista, añadió festivamente: acaso no te **guste**.

Cárlos sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Su esposa y su hijo comían modestamente: acaso habían sufrido privaciones, en tanto que él gastaba en locuras su fortuna.

Hizo un esfuerzo por parecer sereno, y fué con María al comedor, llevando á Carlitos de la mano.

—El señor marqués acaba de llegar de su viaje, dijo María á los criados que se habían reunido en el comedor.

Todos se acercaron para felicitarle.

Cárlos apenas comió, ni María tampoco; pero serena y tranquila dió de comer á su hijo, como de costumbre.

Cárlos llamó al mayordomo.

—Mañana, le dijo, se tomará la misma servidumbre que había; á cada uno de los que hay hoy les dará Vd. 500 rs. en nombre mio.

Volvieron al gabinete azul.

Carlitos se dormía temprano, y María fué á acostarle por sí misma.

Cuando volvió, Cárlos la esperaba con impaciencia y temor.

Lo que había visto le aseguraba que el corazón de María era siempre el mismo corazón generoso y bueno.

María fué á sentarse á su lado. Estaba serena pero profundamente pálida; parecía que toda su sangre había huido á su corazón.

—María, dijo Cárlos: que tu primera palabra sea una palabra de perdón para mí.

—Mi corazón te ha perdonado siempre, por más que mi razón te culpára.

—Sin embargo, María, tú has debido sufrir mucho, y bajo ese sentimiento se habrá extinguido el amor que me tenías.

—Creí, dijo María, que ántes de pedirme cuenta de mi amor ibas á dármela de tu conducta.

Cárlos pareció dudar.

Temía herir aquel corazón tan puro al decirle la verdad.

Pero ¿cómo justificarse?

—¡Puede ser que haya querido sujetarte á una prueba! dijo Cárlos.

María movió la cabeza.

—¡No se sujeta á pruebas tan terribles á una persona á quien hay el deber de amparar!

—Pues bien, voy á decírtelo todo, y tú me perdonarás. Se me hizo ver una carta que he creído tuya, hasta que una casualidad me ha descubierto esa infame mentira.

—¡Ah! dijo María mortalmente pálida: ¿y qué carta era esa?

—Una carta á... un hombre; se suponía que tú le amabas.

—¡Y tú dudastes de mí! ¡De la madre de tu hijo!...

—Perdóname, María; si tú hubieses hallado esa carta entre tus papeles la hubieras creído escrita por tí: estaba admirablemente falsificada y me engañé.

—¡Qué fe tenías entónces en mí! ¡Ah, Carlos! ¡Aunque el mundo entero se hubiese alzado contra tí, yo no te hubiese creído infame y miserable!

—¡He expiado bien caro mi error! ¡Tú no sabes cuánto he sufrido en estos tres años que he estado léjos de tí! ¡Tú no sabes cómo mi alma volaba á la tuya para aspirar su pureza y no ahogarme entre el fango que me envolvía! ¡Tú no sabes, María de mi alma, cuántas veces tu imágen querida

me ha acariciado en mi sueño! ¡Yo sabia de tí, yo conocia tu admirable valor... no sé qué venda fatal habia ante mis ojos! Quería arrancarla y no podia... tenia celos... Tú no sabes lo que son los celos... Son como un veneno que contra nuestra voluntad se infiltra en nuestros sentidos y embota nuestra razon. He estado loco... al recobrar la razon vuelvo á tus brazos; vengo á pedirte mi perdon y tu olvido; vengo á buscar á tu lado la dicha que no he podido hallar léjos de tí. ¡Tú y mi hijo! Hé aquí las solas aspiraciones de mi alma!

—Sí, te perdono, Cárlos; ¡quiera Dios que tu arrepentimiento sea un lazo bastante fuerte para sujetar tu corazon!

Cárlos tomó sus manos y las besó con pasion.

—¡Ah, mi pintora! dijo; ¡mi sublime artista! ¿Cuántos cuadros has hecho en mi ausencia?

—Cuatro, dijo María; tengo otro empezado.

—¿A quién los has vendido?

—No sé; para una casa francesa.

—Supongo que no querrán privarse de la coleccion de tus obras y esperarán éste.

—Este no se venderá.

—Lo reclamarán, dijo Cárlos sonriendo.

—¿Quién?

—El que ha adquirido los otros.

—No: ¿qué empeño puede tener?

—Sí lo tiene y muy grande.

—¿Lo sabes tú?

—¡Tal vez sí!

—¡Qué! ¿Conoces tú á quien los tiene?

—Sí, María: ¿tú no sospechas quién sea?

—No; no conozco á quien se los llevó.

—El mismo que reclamará éste.

—Pero ¿quién es? dijo María inquieta.

—Tus cuadros los tengo yo: ¿crees tú que un celoso hubiera cedido á otro una obra de su amada?

—¡Tú!...

—Sí; para mí se adquirieron; ellos son mi tesoro. Yo diré un día á mi hijo, si Dios me permite la dicha de verle hombre: «Hijo mio: esos cuadros son el recuerdo y la prueba de la virtud de tu madre; con ellos satisfizo tus primeras necesidades... Amalos y guárdalos en prenda de su amor.»

En los ojos de María brillaban las lágrimas; su corazón se agitaba con violencia al recibir la recompensa de su virtud en las palabras de Cárlos.

Ella no le amaba.

No es posible amar á quien no se respeta, á quien no se estima, á quien hay que compadecer y perdonar.

El amor, como la luz rechaza toda sombra; para que un hombre inspire amor hay que admirarle.

El amor es una especie de culto que el alma tributa á lo que ve grande, á lo que le atrae con el poder misterioso de su valor; pero no puede ofrecer esa adoracion á lo que se le muestra mezquino y pequeño.

Para María no habia violencia en impulsar su corazon al bien.

Acogió á Cárlos con bondad, no con amor.

Si una sensacion naciente la hizo creer que amaba á su esposo, aquella sensacion pasó, se borró con sus lágrimas.

Nada quedaba de ella.

• Pero quedaba en su voluntad el firme propósito de alejar vanos sueños alentados en su soledad, y de ser para él una esposa fiel y tierna, ya que no amante y apasionada.

Cárlos lo miraba todo con curiosidad; parecia que cada objeto que despertaba en él un recuerdo le producía un placer.

Sobre un pequeño velador habia un precioso jarron con flores.

—¿Quién te envía esas flores? preguntó
Cárlos.

—Aurora.

—¡Ah! ¡Tu amiga! ¿La ves mucho?

—No; apenas salgo.

—Yo quiero verles para darles gracias
por el cariño que tanto á tí como á mi hijo
han demostrado en mi ausencia: ya supe con
cuánto cuidado te asistieron en tu enfer-
medad cuando el incendio de esta casa.

—¿Lo sabías? ¿Por quién?

—Sí; yo he sabido todo lo que á tí se refe-
ría: en aquellos dias recibí varios telégra-
mas comunicándome tu estado.

—Nunca olvidaré cuánto les debo; así
como á tu tío...

—¿Qué decía mi buen tío?

—Quería llevarme á su lado, y lo mismo
mi padre. Yo creí que no debía dejar tu
casa.

—Gracias, María mia; de hallarte en
otra, acaso no hubiera tenido valor para
buscarte.

—No hice más que cumplir con mi de-
ber.

Cárlos estrechó sus manos conmovido.

—Tú sabías cumplirle, en tanto que yo
faltaba á él.

Después, y como para olvidar penosos recuerdos, empezó á acariciar á María.

—¡Qué hermosos son tus cabellos! la decía: ¡cuánto los recordaba! En Italia no hay estas soberbias cabelleras.

—¡Ah! ¿Has estado en Italia?

—Un poco allí, un poco en otras partes... en fin, olvidemos eso; ¿no es más grato pensar en nuestra dicha?

Cárlos sentía que el tiempo pasase tan rápidamente.

—Dime, dijo á María: ¿por qué creen tus criados que yo viajaba?

—Porque ya lo he dicho así; no quería que te culpasen.

—¡Ah! ¡Cuán buena eres! No sólo me perdonas, sino que me disculpas.

El día siguiente Cárlos lo pasó ocupado en dar órdenes para que todo se arreglase como ántes de su partida; en elegir para María brillantes y encajes; en preguntar á ésta todos los detalles de su soledad, en acariciar á su hijo.

Cárlos llegó á olvidar en este día que tenía contraída una deuda de honor, que acaso pagara con su vida.

Hizo traer y colocar en su cuarto los cuadros de María, que admiró como una bellísima obra de arte.

Cuando estuvieron dispuestos segun su deseo, fué á buscar á su esposa.

—Mira, le dijo, dónde guardo mi tesoro; ellos, al recordarme tu valor, me alentarán en mi vida.

Al otro dia, los testigos de Marini fueron á buscar los suyos.

Quedó convenido que el duelo seria á muerte; á pistola y á quince pasos, avanzando.

Cárlos convino en todo.

Su contrario era el ofendido, y tenia el derecho de imponer condiciones.

Cárlos tomó algunas disposiciones en aquel dia; estaba triste, pero sereno y tranquilo.

Acaso ántes de saber que María era inocente de la falta que Beatriz le hizo creer, hubiera ido á la muerte sin temor alguno.

Pero tenia ahora á su lado los seres más queridos de su corazon; tenia hambre de ver á su hijo, al cual no se saciaba de acariciar; la idea de dejarlos para siempre le hacia estremecer.

El duelo debia efectuarse á las seis de la mañana.

La noche que precedió á ésta, Cárlos no durmió. Sus recuerdos, como fantasmas

que evocaba el remordimiento, flotaban ante sus ojos.

Al amanecer salió cuidando no despertar á María; la besó con ternura y á su hijo ántes de partir.

Una lágrima quedó sobre la frente del niño.

Acaso en ella le legaba su padre la esencia de su amor.

CAPITULO XL.

Deuda de honor.

Cárlos se dirigió con sus testigos á uno de los sitios más solitarios de los alrededores de Madrid, convenido de antemano.

Apénas habian andado veinte pasos desde el sitio en que quedó su carruaje, cuando vieron otro que adelantaba al galope.

—¡Ya están aquí! dijo Cárlos: ¡no se hacen esperar!

Un instante despues, Víctor Marini le saludaba fria y cortesmente.

Los padrinos quisieron á última hora dulcificar las condiciones del duelo.

Ellos se negaron.

Quedó, pues, decidido que sería á muerte.

Pasaron algunos momentos, los necesarios para practicar esas tristes formalidades de un duelo, que son, si así puede decirse, la disculpa de un asesinato.

Porque entre dos hombres que en un momento de extravío se matan, y entre dos hombres que preparan en calma los medios de matarse, si hay disculpa, debia ser de los primeros

Pero ya hemos dicho que la sociedad tiene sus hipocresías. Una de ellas es la de admitir el asesinato civilizado, culto, amoldado á formas especiales y conocido con el nombre de *duelo*.

Los testigos midieron los pasos, y señalaron el sitio á cada uno de los duelistas.

Despues cargaron las pistolas, que les entregaron.

A Cárlos le daba de frente el sol que se levantaba en el horizonte.

Era una desventaja, pues su vista podia vacilar.

Pero el sitio habia sido elegido á la suerte.

Cárlos estaba sereno, pero ardiente é impetuoso su corazon latia con violencia, y su sangre al agitarse, hacia su pulso inseguro.

Víctor estaba impasible.

Parecía que el resultado le era indiferente. Y acaso no le faltaba razón.

Para él la vida no tenía objeto; detrás de sí no dejaba su recuerdo en ningún corazón. ¿Qué es la vida para quien no es amado?

Se oyó una señal.

Cárlos y Víctor dieron un paso que acortase la distancia que les separaba, en tanto fijaban la dirección de sus pistolas.

Los padrinos hicieron la segunda señal.

Dos tiros se oyeron á un tiempo.

Víctor sintió como una centella abrasar sus ojos.

Los cerró por un momento.

La bala de Cárlos le había llevado algunos cabellos al rozar su cabeza.

Cuando abrió los ojos, corrió hácia Cárlos que había caído.

Su bala le había alcanzado en el pecho.

Sobre la camisa blanca y fina de Cárlos brotaba la sangre á borbotones.

Sus padrinos le sostenían.

Los de Víctor llegaron con un médico, que en el carruaje de éste había quedado.

Comenzó á observarle en silencio.

—¿Podrá trasladarse al herido? dijo Víctor.

—Con cuidado, con mucho cuidado. Voy aquí mismo á vendar su herida; despues veremos si puede extraerse el proyectil, dijo el médico.

Víctor le llevó á un lado.

—¿Es grave el estado del herido? le preguntó.

—Gravísimo: un leve movimiento puede correr la bala al corazon, y entónces la muerte será instantánea.

—¿Puedo servirle en algo? volvió á preguntar.

—¡Oh! ¡En nada!

—Entónces, adios; podeis asegurarle mi sentimiento.

Víctor iba á dirigirse á su coche, cuando de otro que llegaba salió una mujer, que corrió al lugar de la catástrofe.

—¡Ah! dijo llorando: ¡he llegado tarde! Cárlos, Cárlos, ¡te han asesinado!

—Señora, dijo el médico: el herido se ha desvanecido al hacerle la primera cura: quien quiera que seais, idos, porque la emocion puede matarle.

—¿Quién es esa mujer? preguntaron á Víctor sus testigos.

—No la conozco, dijo éste; alguna querida del marqués.

—Acaso su esposa, dijo uno.

—¡Ah! no, añadió Víctor; no confundais, querido vizconde, á la bella y digna marquesa de la Rivera con una mujer así.

Y la señaló con ademan despreciativo.

Beatriz oyó estas palabras, y se alzó rugiente.

—Esta mujer es tu esposa: ¡que sirva de castigo á tu orgullo el saber que he sido la amante del marqués!

—Vamos, queridos, dijo Víctor á sus amigos dirigiéndose á tomar su carruaje: está loca; pero á fe mia que es una loca divertida.

Víctor salia algunas horas despues para la vecina Francia.

Cárlos era trasladado á su casa con todo el cuidado que exigia su estado.

—¿Se sabe la razon de este duelo? preguntó uno de los testigos.

—Hasta ahora no, porque no es razon la disculpa que daban: pero se comprende fácilmente despues de haber oido á esa señora... Cárlos se ha batido por ella. ¿No habeis oido que es la esposa de Marini?

—¡Pobre marqués! ¡Tan jóven y con una esposa tan bella! ¿Se sabe por fin dónde ha estado estos últimos años?

—Dicen que viajaba... ¿Y quién vá á anunciar este suceso á su casa?

—¡Pardiez! Es una mision difícil; pero ello es necesario. Ya estamos en ella.

Subieron á Cárlos á su cuarto con todo género de precauciones, imponiendo silencio á los criados que ayudaron á conducirle.

—Decid á vuestra señora, dijo uno de los testigos á un criado, que D. Alberto de Osma desea verla. Añadid que vengo de parte del marqués.

Momentos despues era conducido á donde estaba María, que le esperaba con extrañeza y cuidado.

El amigo de Cárlos no la conocia. La ausencia de éste, y el retiro en que la marquesa habia vivido, la hacian poco conocida de la sociedad madrileña.

Cuando vió á aquella mujer tan bella, tan jóven, tan tranquila, su corazon se oprimió dolorosamente.

Haciendo un esfuerzo para parecer sereno empezó á decir á María que sentia fuese una triste noticia las primeras palabras que habia de dirigirla.

—¿Y cual es? dijo María temblando.

—El marqués se ha herido ligeramente probando unas pistolas.

—¡Ah! ¿Y dónde está? ¡Yo quiero verle!

—Está aquí, señora; pero es preciso que os tranquiliceis; vuestra emocion pudiera hacerle daño.

—Está muy malo, ¿no es verdad?, dijo María, que convulsa y aterrada se había puesto en pié.

—¡Ah, no! no hay peligro; pero la trémula voz de Alberto desmentia sus palabras.

María lo comprendió así, y sin esperar más se dirigió á las habitaciones de Cárlos.

Habia dado algunos pasos hácia ellas, cuando se volvió y fué á buscar á su hijo.

—Que tenga el consuelo de verle, se dijo; y pálida, helada, con el terror y el dolor impreso en su semblante, se lanzó á las habitaciones donde Cárlos espiraba.

CAPITULO XLI.

La muerte de Cárlos.

Cárlos habia recobrado el conocimiento, y al ver entrar á su esposa le alargó su mano.

—Otro nuevo pesar que te causo, María mia, le dijo débilmente.

María no podía hablar.

Su emocion era tan grande, tan visible, que el amigo de Cárlos que la habia seguido, fué á sostenerla, temiendo verla caer.

Le dió gracias con un movimiento de cabeza, y se adelantó hasta el lecho de Cárlos.

A la primera mirada conoció que su estado era gravísimo.

Su fisonomía, alterada y cadavérica, el sufrimiento que revelaba la contraccion de sus facciones, no la dejaron duda de ello.

Asió su mano y la estrechó dulcemente, en tanto que las lágrimas brotaban de sus ojos.

Pasado el primer momento de sorpresa, de temor, de pena, pensó en el medio de vencer aquel mal.

Se alejó del lecho, y se acercó al médico.

Este le era desconocido: no podia inspirarle confianza.

Suplico á Vd. que tenga la bondad de seguirme, le dijo.

Este se inclinó y salió con ella.

—No he querido hablar á Vd. junto á mi esposo, caballero, le dijo con voz contenida, por temor de que le oiga y la emo-

cion le haga daño: quisiera saber cómo está, y de qué manera ha recibido esta herida.

—Señora, dijo el médico con respeto; se me ha llamado para curarle; ignoro cómo se ha herido; en cuanto á su estado, segun mi parecer, es grave, y creo que no debo ocultarlo á Vd.

—¡Ah! ¡No me he engañado! ¡Mi pobre Cárlos!... murmuró María. Se me ha dicho, añadió, que se ha herido probando unas pistolas; esto no puede ser cierto... ¿no os parece así, caballero?

—Acaso, señora; no puedo determinar aún...

El médico balbuceaba porque no se atrevia á hablar del desafío, y no veia el medio de probar que una herida como la de Cárlos pudiese ser accidental.

—Desearia, dijo María que comprendió se le ocultaba la verdad, que aún cuando continúe Vd. al lado de mi esposo, lo que le agradeceré infinito, se llamase al médico de casa, y á los que además designen; usted comprenderá mi inquietud...

—Señora: yo iba á proponerlo á Vd., y acepto dándole las gracias por su deseo de que yo comparta el cuidado de su esposo.

María dió las órdenes oportunas para que inmediatamente se avisase á los médicos, y volvió al lado de Cárlos.

Este apénas la sintió: sus ojos continuaban cerrados, y la mano que María habia estrechado en las suyas fuera de las ropas de la cama, estaba fria.

María, conteniendo sus lágrimas, besó aquella mano, á que quiso dar calor con las suyas.

Cárlos pareció reanimarse.

Abrió los ojos y los fijó en María.

—¿Eres tú? dijo débilmente.

—Sí, yo soy: ¿sufres mucho?

—Aquí..., dijo señalando al pecho; ven... acércate más... quiero verte.

María se levantó y se inclinó sobre él.

A pesar de sus esfuerzos por contener el llanto, sus lágrimas cayeron en la frente de Cárlos.

—¿Lloras? le dijo éste: ¡cuánto te hago sufrir!... ¡No llores!

María se inclinó aún más, y besó su frente; no podia hablar.

—María mia, dijo Cárlos al sentirse besar; ¡tus besos son mi bendicion!

—No hables, Cárlos, dijo al fin María con voz temblorosa; pudiera hacerte daño.

Cárlos nada dijo, y volvió á cerrar los ojos.

Su palidez se hacia más densa á cada instante que pasaba; sus labios estaban secos, y era penosa su respiracion.

Muy poco tiempo pasó así.

María salió á recibir á los médicos que acababa de llegar.

Entró de nuevo con ellos, y despues de oir al que primero habia curado á Cárlos, empezaron á observar al herido.

—Marquesa, dijo el médico de la casa: debia Vd. retirarse; va á sufrir mucho al presenciarse la cura.

—No quiero dejarle; sufriria más léjos de él.

Los médicos quitaron el vendaje que cubria la herida y empezaron á examinarla.

Cárlos debia sufrir horribilmente, porque exhalaba un débil gemido de angustia.

María, tan pálida como él, y más trémula, más convulsa, limpiaba con su pañuelo el sudor que brotaba en la frente de Cárlos.

Los doctores cambiaron entre sí, y con voz queda algunas palabras, y volvieron á colocar los vendajes.

Despues salieron.

María les siguió anhelante.

—¿Qué hay? dijo.

Ellos se miraron como si dudasen.

Al fin, el que le había invitado á salir le dijo:

—Señora marquesa, la gravedad acrece... No puede extraerse la bala, y hay que temer una inflamacion... Seria un crimen ocultar á Vd. la verdad en estos momentos.

—¿Es decir, que se muere? preguntó dejándose caer en una silla, pues temblaba toda convulsivamente.

—Debemos estar dispuestos á todo... Sin embargo, aún nos queda algo que hacer.

—¡Ah! dijo María asiendo las manos del médico que la hablaba; pues hacedlo todo... salvadle, y os lo agradeceré toda mi vida.

—Desgraciadamente, señora, no podemos responder más que de nuestra buena voluntad: lo demás no está en nuestro poder.

María llamó y apareció un criado.

—Estad dispuestos para cuando estos señores os necesiten, dijo María; y añadió volviéndose á los médicos:—Dispensadme á mí: quiero estar á su lado... quedais en vuestra casa.

El médico que Marini había llevado consigo dijo á los otros:

—A fe mía que no comprendo que haya un hombre tan necio que vaya á hacerse matar por otras mujeres teniendo ésta.

—Es bellísima, dijo otro: ¡qué ojos! todos los diccionarios del mundo no encierran tantas palabras como una de sus miradas.

—¡De andaluza! La Marquesa es de Sevilla.

—Va á ser un excelente partido.

—¿Creeis que el marqués se muere?

—No tiene seis horas de vida.

—Y ¿cómo diablos le han herido?

—En un desafío.

—Ya lo supongo; pero ¿con quién?

—Señores, es un secreto.

—¿Habrás que preguntar *quién es ella?*

—¡Oh! desde luego.

—¿Y qué hacemos?

—Uno por lo ménos debemos quedar aquí; la marquesa puede hallarse sola.

—Me quedaré yo, dijo el que había hablado á la marquesa, que soy el obligado, por ser el de la casa. Señores, que no tardeis, dijo al ver que sus compañeros se levantaban para retirarse.

Cuando les vió salir, se dirigió al cuarto del herido.

María, arrodillada al lado de la cama, rezaba con las manos juntas.

El médico, respetando aquella oracion, se sentó sin hacer ruido.

María no le vió.

Momentos despues un criado entró con algunas botellas que contenian medicamentos.

María se levantó, y apercibió al médico.

—Galvez, le dijo: parece que se reanima.

El médico se aproximó y le tomó cuidadosamente el pulso.

—La fiebre empieza.

María se volvió á sentar junto á él.

Un hermoso niño vestido de blanco, con una linda faja de seda rosa, apareció en la puerta.

Era su hijo.

María le llamó, haciéndole al mismo tiempo señal de guardar silencio, y le sentó en sus rodillas.

—Hijo mio, le dijo muy bajito: tu papá está muy malo; pide á Dios que le ponga bueno.

El niño unió sus manecitas y movió los labios como si rezase.

El médico, al ver aquellas dos cabezas

que se inclinaban hasta tocarse, como si una atracción de amor las uniese; al ver que la suave boquita de aquel pequeño ángel se agitaba como si fuese una rosa que palpitase con la brisa del alba, sintió que una lágrima brotaba de sus ojos.

El sabía que el marqués se había batido por una mujer y moría por ella; y sin embargo, la suya estaba allí, ni ofendida ni con palabras de perdon, sino con la súplica á Dios en los labios y el amor en el corazón.

Algunos momentos hacia que el niño estaba allí, cuando Cárlos abrió los ojos.

—¡María! dijo: ¿estás ahí?

—Sí: ¿quieres algo?

—Papá, papá: ¿estás ya bueno?

—Calla, hijo mio, dijo María.

—María... acércame á Cárlos; le quiero besar.

María levantó al niño, y le inclinó sobre Cárlos sin tocarle.

—Cárlos mio, dijo éste con voz débil y besándole con ansia: ama mucho á tu madre y no me olvides.

El médico se aproximó á este tierno grupo.

—¿Qué tal? ¿Cómo se siente Vd?

—Tengo sed... quisiera beber... La cabeza se me desvanece.

El médico le llevó en una pequeña copa una bebida.

María sostuvo su cabeza para que bebiese.

—Ahora estoy mejor, dijo Cárlos: quisiera que viniese un sacerdote.

—¡Oh! ¿Para que? dijo el médico. No es necesario, aunque indicaba á María que apoyase esta idea.

—Si tú quieres, dijo María, vendrá.

—Sí, que venga; creo que no debe tardar.

María, que apénas podía sostenerse y que tanto sufría, salió para cumplir el deseo de Cárlos: poco despues el criado que habia salido á buscarle volvía con él.

Era un sacerdote jóven; en su mirada contemplativa y abstraída; en la dulce serenidad de su frente; en sus dignas y medidas maneras, se adivinaba al hombre lleno de fe, de caridad, de amor; al sacerdote de vida pura, de talento luminoso, que enseña con su ejemplo más aún que con su palabra.

Saludó á María y le preguntó con pena el estado del marqués.

María le conocía de verle en la cercana iglesia. Le hizo pasar y quedó solo con el herido.

—Señora, dijo el médico: ¿no tiene Vd. aquí familia á quien llamar?

—Tiene Vd. razon; me he olvidado de todo.

María escribió en un pequeño papel, y con una letra apénas legible; tal era su agitacion:

«Sr. Marqués de Velez.

»Cárlos se muere: está gravemente herido. Venga Vd.

MARIA.»

Una hora despues salia el Viático para el marqués de la Rivera y por su voluntad salia humildemente.

Algunas horas pasaron.

El marqués de Velez acompañaba á los médicos, que por tercera vez se reunian en consulta.

Aurora no dejaba á Carlitos ir al cuarto de su padre, y oraba con él por éste.

María no se alejaba un momento de la cabecera de su lecho.

Cárlos se habia agravado.

Se habia presentado la inflamacion que los médicos temian.

Un ronco gemido se escapaba de su pecho.

De pronto Cárlos abrió los ojos y llamó á María.

Esta se inclinó sobre él.

—María..., María mia..., dijo rodeando con sus brazos el cuello de su esposa; ¡perdóname!... ¡Te quedas sola...; que no me olvides...; que enseñes á mi hijo... á... orar... por mí!...

Y la besó convulsivamente.

María sintió el estremecimiento poderoso de Cárlos... despues aquellos labios se fueron enfriando; sus brazos, que la ceñian estrechamente, se aflojaron, cayeron como ramas separadas de su tronco.

María le miró delirante.

Aquellos ojos entreabiertos ya no la veian... habia muerto.

La marquesa se inclinó sobre él de nuevo.

Estaba frio como el mármol, con esa frialdad especial de la muerte que hiela la sangre.

Sus labios aspiraron el último calor que se apagaba en los labios de su esposo; dió un pequeño grito y cayó.

Estaba desmayada.

Los médicos, que al oír su gemido entraron precipitadamente, la hallaron desmayada y á Cárlos muerto.

La llevaron á sus habitaciones.

Al volver en sí, Aurora le mostró á su hijo.

Maria le besó llorando.

El niño tambien se echó á llorar.

—Calla, niño, dijo Aurora; vas á dar pena á mamá.

—Llora, hijo mio, llora, dijo María; ¡ya no tienes padre!

.....
Cuando los médicos abandonaron la casa mortuoria, flotaban ya en el espacio las primeras sombras de la noche.

Una mujer, que sin duda esperaba, les detuvo.

—¿Podreis decirme, señores, les dijo, el estado del marqués?

Hace una hora que ha muerto, dijo uno de ellos.

—¡Ah! dijo la mujer apoyándose en la pared para no caer: ¡todo ha terminado!

Los médicos se alejaron.

Los que hubieran visto ántes á la linda Cristina, apénas la hubieran reconocido en aquella sombra doliente.

CAPITULO XLII.

Soledad.

María estuvo muy enferma.

Sus violentas emociones alteraron profunda y gravemente su salud.

Aurora apénas la abandonaba.

El marqués atendia á todo; como si fuese su padre evitaba cuanto pudiera ofrecerle un pesar.

El general Osorio vino algunos dias despues de la muerte de Cárlos.

—Pero hija, le dijo: ¿por qué no me llamaste?

—No hubo tiempo, papá; Cárlos estuvo herido algunas horas.

—Supongo que ahora vendrás á Sevilla.

—No, dijo María vacilando; me quedo en Madrid.

—Haz lo que quieras, pero me parece un disparate.

María no queria volver á Sevilla.

Hacia algunos meses que César, realmente enfermo, habia salido de Madrid.

César estaba en Sevilla.

Mariano podia ir á donde estaba el hombre á quien habia amado, á quien amaba todavía.

Le parecia indigno ir á buscarle, llevando aún el luto en el traje y en el corazon.

Además, ella era siempre delicada.

En la felicidad como en el dolor, en la soledad como en la dicha, todas sus acciones tenian una elevacion suprema: la elevacion de sus sentimientos.

Se resignó, pues, á vivir en su triste soledad, que era el aislamiento de todo.

Sólo veia á Aurora y al marqués.

Sólo salia para ir cada mañana á oir de rodillas una misa que hacia decir á la memoria de Cárlos.

Vivia por su hijo y para su hijo.

Ella era su maestra; ella le enseñaba cuanto en tan tierna edad podia comprender.

Sus mayores alegrías eran cuando Carlitos comprendia fácilmente lo que entre sus besos le enseñaba.

Guardaba la memoria de Cárlos eternamente en su alma.

Cada dia una oracion fervorosa subia al cielo, como una esencia de amor que le enviase á traves del espacio.

Habia olvidado las ofensas; guardaba el recuerdo.

Atendia además con esmero á la hacienda de su hijo, que Cárlos, en sus últimas disposiciones, confió á su cuidado.

Daba limosnas, que hacia repartir al niño.

—Hijo mio, le decia; siempre que hagas una buena accion, piensa en tu padre, que te ve desde el cielo y te bendice.

Así hacia que en vez de debilitarse en el alma de su hijo la memoria y el amor de su padre, le asociase á todo lo bueno.

—Mamá, decia el niño un dia que habia dado á unos niños podres una cantidad que su madre le entregó para juguetes: ¡mira qué nubecilla tan bonita!

—¡Es una sonrisa de tu padre, Cárlos mio, porque ve que eres bueno!

—¡Ah! Pues lo seré siempre, para que esté contento de mí.

De este modo trasmitia á su hijo la elevacion de sus pensamientos, la pureza de su alma.

César sabia que María era libre; pero noble y digno tambien, no quiso turbar su soledad y respetó su dolor. Sólo le envió con su padre, en una carta puramente de hermanos, la expresion de su sentimiento.

CAPITULO XLIII.

El perdón.

Ha pasado un año.

Lo que quiere decir que estamos en Mayo de 1865.

Perdónenos el lector si le hacemos vivir tan aprisa.

La vida es así.

Cuando un día pensamos en un suceso lejano y se nos ocurre consultar el tiempo que ha pasado, lo recordamos con asombro.

¿Cómo ha pasado ese tiempo?

No lo sabemos.

Calderon nos lo dice:

«Como un sueño», del cual acaso despertamos al dormirnos para siempre.

O según Salomon, como una sombra que se pierde.

Volvamos á nuestra historia.

La marquesa viuda de la Rivera, vestida de negro, con ese negro mate que revela un luto riguroso, está arreglando los ca-

bellos de su hijo, al que tiene sentado en sus rodillas.

La marquesa acaricia con amor aquellos negros bucecillos que coronan la blanca frente de su hijo.

Le habla con su dulce y persuasiva voz, en la cual se observa un ligero tinte de tristeza.

—Hijo mio, le dice: hoy hace un año que murió tu padre, y este dia debemos dedicarlo á obras de piedad, que ofrecere-
mos á Dios en memoria suya. Tú, Cárlos mio, aunque seas muy niño debes ayudarme en ellas; es preciso que hoy tengas mucho juicio; vendrás conmigo á los hospitales; darás tú la limosna á los enfermos y luégo la repartirás en casa.

—¿Iré tambien contigo á la Iglesia?

—Sí, alma mia; á rezar por papá.

María, en tanto, habia colocado un lindo sombrerito de luto en la cabeza de su hijo, y se habia puesto el suyo ante un espejo.

Despues llamó.

Apareció una doncella.

—¿Está puesta la berlina?

—Sí señora; está esperando.

María tomó á su hijo de la mano y bajó con él.

Dió la direccion al lacayo y el carruaje partió, deteniéndose poco despues ante un edificio sombrío: ante el Hospital general.

María, siempre llevando á su hijo asido de la mano, subió sus anchas escaleras, cruzó sus lúgubres galerías y entró en la primera sala de enfermos.

Su corazon se oprimió dolorosamente ante aquella exposicion de dolores humanos, de miserias, que se reunian, se confundian para formar un cuadro lúgubre y nauseabundo.

Hermanas de la Caridad cruzaban de uno á otro lado, atendiendo á todas con ese esmero, con ese ardiente amor que las transforma en ángeles.

Enfermos iban y venian, practicantes que llegaban; todo esto daba animacion al sombrío salon en el que en camas numeradas se agitaban los pobres enfermos que no habian tenido una casa en que morir, ni una persona querida que les prestase sus cuidados, teniendo que pedir ambas cosas á la caridad pública, á esa caridad reglamentada y oficial que, al perder el dulce misterio que la hace amar, se transforma en limosna dolorosa.

María, venciendo el primer impulso de

su penosa impresion, fué recorriendo las salas, prodigando palabras de consuelo á los infelices que sufrían, y dejándoles algunas limosnas que su hijo les entregaba.

Pasaron á otra.

La marquesa, como en la anterior, fué acercándose á cada enfermo para consolarle con sus palabras.

Al llegar al lecho núm. 10, la marquesa vió con pena á una jóven que, demacrada por sus padecimientos, parecia próxima á espirar.

Apénas hubo María pronunciado algunas palabras, cuando la jóven enferma hizo un esfuerzo por incorporarse, y abrió los ojos con afán.

María la miró con interés: le parecia recordar aquellas facciones ajadas y marchitas.

—Tomad, le dijo, y que Dios os mejore. Pedidle por el descanso eterno del marqués de la Rivera.

La moribunda abrió los ojos desmesuradamente y lanzó un grito.

—Señora, dijo con voz apagada ya por la agonía: Dios... os envía... para que... me perdoneis ántes... de morir...

—¡Yo no os conozco! dijo la marquesa.

sorprendida: ¿de qué os he de perdonar?

—Yo soy... Concha... vuestra doncella... yo soy la culpable... de la muerte... del marqués.

—¡Ah! dijo María retrocediendo: ¡tú, tú! ¡Cómo he de perdonarte el que hayas dejado á mi hijo sin padre!

—¡Perdon, señora; voy á morir!

María estaba pálida y agitada; las palabras de la enferma habian renovado la herida de su corazon.

Ella supo que el marqués habia sido herido en duelo por el esposo ofendido de la mujer con quien vivia; supo que aquel hombre habia sido avisado misteriosamente, y que de su encuentro con Cárlos resultó el desafío.

Al tener delante de sí á la infame autora de la venganza que costó la vida á su esposo, su corazon se rebelaba ántes de dar el perdon que se le pedia.

Con su hijo asido de la mano dudaba si se alejaria, cuando en la puerta de la sala se oyó una campanilla que acompañaba el Viático.

María cayó de rodillas, y unió sus manos en ademan de súplica.

El sacerdote avanzó hasta el núm. 10, ante el cual se detuvo.

Dos Hernanas de la Caridad llegaron junto á la enferma para prestarle sus cuidados.

Se oyó la voz del sacerdote grave y serena que invocaba el perdon divino para aquella alma próxima á abandonar sus lazos mortales.

María oía aquellas palabras, que como si hubieran sido un soplo celestial iban alejando de su alma las sombras de su odio.

Ya alzaba el sacerdote la Forma santa de la Majestad divina para acercarla á los labios de la enferma, cuando ésta, volviendo sus manos unidas hácia la marquesa, y fijando en ella una mirada de angustia, murmuró:

—¡Perdon!

—Yo te perdono de todo corazon, y pido á Dios te perdone, dijo la marquesa con voz firme y clara, que resonó solemne en medio del silencio.

—¡Que Dios os bendiga! exclamó la pobre enferma.

Todos los presentes adivinaron una historia en aquellas palabras, y miraron con interés aquella mujer tan bella, que lo parecía aún más por lo severo de su traje.

El sacerdote, al alejarse, se acercó á María.

—Hija mia, le dijo, habeis cumplido el precepto divino perdonando á vuestros enemigos. ¡Que Dios os bendiga!

María inclinó su bella cabeza como para recibir aquella bendicion, y despues dijo tímidamente alargando un bolsillo al sacerdote:

—Padre mio, repartid esta cantidad á los pobres que conozcais, en memoria de mi esposo.

El sacerdote recibió el bolsillo, y se alejó.

María iba á retirarse, cuando una de las Hermanas de la Caridad la detuvo.

Sus anchas tocas blancas casi ocultaban su semblante, en que se veia impresa la huella de grandes pesares.

—Señora, dijo miéntras temblaba ligeramente; puesto que hoy es dia de olvidar las ofensas yo espero tambien vuestro perdón.

—Dispensad, dijo María: yo no os conozco.

—Me he llamado en otro tiempo la condesa de Claraval: hoy soy sor Beatriz de la Misericordia.

—¡Ah! ¿Vos, vos, la que...? ¡Ah! perdonad, señora, si mi corazón sangra todavía al recordar vuestro nombre. Yo era amada y feliz; mi hijo tenía en su padre el apoyo de su vida; vos nos lo robásteis todo.

—¿Sereis ménos generosa para mí que lo habeis sido para esa pobre mujer que agoniza? En esta vida de expiacion que me he impuesto, vuestro perdon es la esperanza de alcanzar el de Dios!

—Hijo mio, dijo María asiendo la mano de su hijo, que estaba asustado: perdona en nombre de tu padre que te vé desde el cielo, á esta señora, como yo la perdono.

—¡Ah, gracias, gracias! Y ahora, como expresion de vuestra bondad, permitidme besar á este niño, hijo del hombre á quien he amado tanto.

La marquesa empujó suavemente á Cárlos á los brazos de sor Beatriz.

Algunas lágrimas brotaron de sus ojos al ver el ansioso delirio con que le acariciaba la Hermana de la Caridad.

—Señora, dijo sor Beatriz: voy á dar á vuestro hijo una memoria de su padre: y sacó de su pecho el pequeño reloj que la hemos visto recoger de las habitaciones de Cárlos: al desprenderme de ella, de mi úni-

co tesoro, mi pensamiento se aleja para siempre del mundo, y se vuelve á Dios. Tomad, pobre ángel, á quien yo he hecho tanto daño, y al orar por vuestro padre orad por la desgraciada Beatriz!

La marquesa se alejó con el corazón desgarrado.

La vista de aquellas mujeres avivó la pena, no olvidada en su alma.

Al cruzar por la sala donde estaba Cristina, la marquesa preguntó por ella.

—Acaba de morir, le contestaron.

María se arrodilló y oró por el alma de la pobre camarera.

Después salió del hospital.

—Volvamos á casa, dijo; me es imposible dominar mis emociones: la soledad me hará bien.

El carruaje la llevó en algunos instantes.

Al subir con su hijo á sus habitaciones le atrajo hácia sí.

—Hijo mio, le dijo; esas dos mujeres que has visto tan desgraciadas, nos han hecho mucho daño: ellas no han obedecido en la vida á su deber, sino á sus pasiones... Recuerda lo que has visto, hijo mio, y que te sirva de ejemplo en tu vida. Sólo el que es bueno tiene derecho de ser feliz.

EPÍLOGO.

Último cuadro.

En un patio de los más bellos de Sevilla, entoldado para suavizar la viva luz de su espléndido cielo, y perfumado con las mil flores que le adornan, volvemos á encontrar á María tres años despues de los sucesos que dejamos referidos.

Pero la bella jóven que conocimos como marquesa de la Rivera se llama hoy la señora de Saavedra.

Todo ha cambiado en ella.

A su sombrío traje de luto ha sucedido una fresca y elegante bata de primavera.

A la expresion melancólica y pensativa de su rostro, á su nerviosa palidez, la risueña calma de la dicha y el fresco matiz de rosa de la salud y la felicidad.

Un año hacia que unida á César Saavedra, era tan feliz como se puede ser en la vida.

Dos años habia guardado María de luto y soledad, como prueba de respeto á la memoria del hombre que habia sido su esposo. Pasado este plazo se unió á César realizando el sueño de gloria de su vida. Su amor habia crecido, se habia divinizado, si podemos aplicar esta palabra, á un sentimiento que vive en un corazon mortal; habia dominado en su alma todos sus amores; César era la eterna aspiracion de su vida.

Estaba mucho más bella; la dicha daba á sus hermosos ojos una expresion celestial; habia engrosado, no tanto que perdiese su talle su linda gentileza, sino lo bastante para que adquiriesen sus formas la redondez suave y mórbida que ya indicaban en las ondulaciones de su desarrollo.

Tenia un nuevo hijo de dos meses.

¿Necesitamos decir cuánto amor consagraba al pequeño César?

Si una madre ama siempre, ¡cuán grande será este amor si ve unidas en su tierno ángel la vida y la sangre del hombre á quien ama, con su misma vida!

No por esto queria ménos á su hijo Carlos, que llevaba como el nombre el título de su padre, y era un hermoso niño, lleno de gracia y travesura.

María, el día en que volvemos á encontrarla, tenia sobre sus rodillas un libro abierto, en que daba leccion á su hijo.

Una pequeña cuna, cerrada por cortinas de encaje blanco, se veia á su lado.

—Hoy no sabes la leccion, César, decia queriendo revestir su voz de una severidad que no tenia seguramente.

—¿Quieres que la dé con César? Verás como la sé.

—¡Eso es! porque César te lo pasa todo; la darás conmigo, porque no te gusta más que jugar y no estudiar.

La puerta se abrió, y César con el gallardo uniforme de comandante de húsares, apareció en ella.

—César, César, le dijo Carlos corriendo hácia él: dile á mamá que tú me tomarás la leccion.

María se levantó y fue á recibir á César.

—¡Cuánto has tardado! le dijo.

—No, hija mia; apénas son las cuatro.

—¡Y te fuistes á la una!

—¡Ah! es que tenemos mucho que hacer. Veamos qué te sucede á tí, dijo besando á Carlos.

—Que mamá dice que no sé hoy la leccion.

—Algo habrá de eso.

—Verás como contigo la sé.

—Lo veremos; si es así, te daré un regalo que te traigo.

—¡Dámelo antes, dámelo!

—Déjame ver á tu hermano.

César le besó con delicia.

—Dame el regalo, decia Cárlos.

César fué á la cuna, cuya colgadura descorrió: despues sacó un pequeño rewolver y se lo dió á Cárlos.

Este le abrazó vivamente.

—Mamá, dijo saltando de alegría: ¡tengo un rewolver! ¡Mira qué bonito es! César, dame los mistos que voy á tirar.

—No, aquí no, dijo María; vas á despertar á César.

—Pero mamá, ¡si César no hace otra cosa que dormir!

—¿Y qué quieres que haga tan pequeño?

—Yo te llevaré al jardin, dijo César tomando al niño de la mano.

—No, César, que hace calor, dijo María.

—Te prometo que no saldremos de la sombra, dijo llevándose al niño.

María le siguió con una mirada de inmenso amor.

Lentamente sus ojos se llenaron de lágrimas, de esas lágrimas dulces y plácidas que el exceso de la dicha hace brotar del corazón.

—¡Bendito seas Dios, que me reservaba tanta dicha! se dijo.

María estaba aún dulcemente conmovida cuando llegó su padre.

El general fué á besar á su pequeño nieto, que despertó con sus caricias.

—¡Este muñeco, dijo, ha de llorar siempre que yo lo beso!

María le tomó sonriendo y le acercó á su pecho.

—Y tu marido, ¿dónde está?

—En el jardín con Carlitos.

—Su padre me ha escrito...

—Mamá, mamá, dijo Carlos que volvía con César: ¿no has oído los tiros? ¡Mira si soy valiente que he disparado yo!

—Ven á besar á tu abuelito, hijo mio, le dijo María.

—Tu padre me escribe, dijo el general á César, participándome el casamiento de tu hermana.

—Sí, dijo César; se casa en esta semana: ¡cuánto va á sentir que no estemos en su boda!

—¡Valiente locura! No sé por qué tu padre consiente.

—¿Por qué?

—Porque el jóven con quien se casa no tiene más que su carrera; una posicion tan humilde no era á lo que Aurora debia aspirar.

—¿Y para qué quiere más si ella le ama y es amada? El tiene talento, una educacion esmerada y sabrá hacerla feliz.

—Papá, dijo María: no olvides tú que el dinero no es la dicha; Aurora para casarse, elige al hombre de su amor; esa es la única garantía de felicidad que pudiera desear.

—Con toda esa palabrería de amores que hoy se usa, se entienden ménos que nunca; ¡valiente farsa!

—No es farsa, papá: se ama, y en ese sentimiento se afirma la dicha de la vida; porque amar es, no sólo la simpatía que atrae, sino la abnegacion que todo lo hace bello, el deseo de unir en una las aspiraciones de dos almas; ve ahí por qué amándose, la dicha es fácil, porque sólo hay una voluntad, un deseo, y sobre esta base firme y dulcísima, la suave paz del hogar, la amante vida de la familia unida por los

celestes lazos del amor y la confianza.

—Preciso es confesar que convences con el ejemplo; pero no todas las mujeres te se parecen, María mia, dijo el general levantándose.

—César, dijo Cárlos: ¿es verdad que sé tirar con mi revolver?

—¡César! dijo su abuelo: ¿por qué le llamas así? ¿Por qué no le acostumbras, María, á que le llame padre?

—Porque él no debe olvidar que no lo tiene: en César debe ver un amigo que le guie, pero no un padre.

—¿Quieres venirte, Cárlos? le dijo el general.

—¿Me voy, mamá?

—Vete, hijo mio, pero que te traigan para comer.

El general salió llevándose á su nieto.

—María, dijo César con cariño, tu padre aún cree que porque en su tiempo no amó el amor no existe.

—Ya habrá olvidado lo que sintió. Hoy tenemos que enviar los regalos de Aurora: ¡quiera Dios que sea tan feliz como yo!

—Sí, lo será, María mia, porque ella, dulce y buena como tú, no busca la dicha en el placer ni en la riqueza, sino en el amor y en el deber.

—¡Ah, sí! ¡Dichosa ella si ama y es amada! La mayor felicidad de la vida es tener un corazón en que apoyarse.

—Dichoso también, dijo César, el que ama y puede realizar el ideal de sus sueños! ¡Cuánto he sufrido yo al verte separada de mí por ese muro invencible que se llama *deber*! ¡Felices los que no sienten estas luchas! Pero debemos ser muy indulgentes para aquellos que sean vencidos en ellas, porque no todos pueden dominar el sentimiento de su alma, ni respetar esas *cadena del corazón*, de que tú fuiste esclava. ¡Compadezcamos, María, á los que viven mártires de su propio corazón, porque ese martirio es el más doloroso de todos!

FIN.

ÍNDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
CAPÍTULO I.—Las bodas	5
II.—La noticia	16
III.—César	22
IV.—¡Hermanos!	32
V.—La cita	46
VI.—María	55
VII.—La camarera	62
VIII.—Malicia y buena fé	69
IX.—La esposa	74
X.—Esperanzas	81
XI.—Angel y demonio	89
XII.—Atraccion	96
XIII.—El primer pesar	103
XIV.—Nuevos propósitos	116
XV.—Historia de Magdalena	130
XVI.—Celos y esperanzas	137
XVII.—Seis meses despues	144
XVIII.—Cadenas de flores	151
XIX.—La madre	157

	PÁGINAS.
CAPIT. XX.—La carta	165
XXI.—Penas del corazon.	172
XXII.—Sospechas	180
XXIII.—Venganza infame.	189
XXIV.—Presentimientos	200
XXV.—El administrador.	208
XXVI.—¡Sola!	213
XXVII.—Decisiones	220
XXVIII.—Nuevas pruebas	229
XXIX.—Luchas del alma	234
XXX.—Embriaguez del triunfo.	240
XXXI.—Nuevos celos.	247
XXXII.—El incendio	253
XXXIII.—El delirio.	267
XXXIV.—Cadenas del corazon	274
XXXVI.—Comienza la expiacion	294
XXXVII.—Revelaciones.	300
XXXVIII.—El dedo de Dios	307
XXXIX.—La vuelta alhogar.	320
XL.—Deuda de honor	334
XLI.—La muerte de Cárlos	340
XLII.—Soledad.	353
XLIII.—El perdon	356
EPÍLOGO.—Ultimo cuadro	365



OPRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA

OPRAS

El libro de los... (1909)
El libro de los... (1910)
El libro de los... (1911)

OPRAS ANTIGUOS

El libro de los... (1912)

OPRAS HERÁLDICOS

El libro de los...

OPRAS

El libro de los... (1913)
El libro de los... (1914)
El libro de los... (1915)
El libro de los... (1916)
El libro de los... (1917)
El libro de los... (1918)
El libro de los... (1919)
El libro de los... (1920)
El libro de los... (1921)
El libro de los... (1922)

CÁDIZ

El libro de los... (1923)
El libro de los... (1924)
El libro de los... (1925)
El libro de los... (1926)
El libro de los... (1927)
El libro de los... (1928)
El libro de los... (1929)
El libro de los... (1930)

OBRAS DE PATROCINIO DE BIEDMA.

POESÍAS.

- El héroe de Santa Engracia* (Poema histórico.)
Guirnalda de pensamientos (Poesías líricas.)
Recuerdos de un ángel (Elegías.)
El mayor castigo (Drama, inédito.)

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.

- La catedral de Sevilla.* | *El alcázar de Sevilla.*

ESTUDIOS HERÁLDICOS.

- La nobleza española.*

NOVELAS.

- | | | |
|---|--|---------------------------------|
| <i>El testamento de un filósofo, primer volumen de la Biblioteca, 8 rs.</i> | | <i>El capricho de un lord.</i> |
| <i>Las almas gemelas, segundo volumen, 8 rs.</i> | | <i>El odio de una mujer.</i> |
| <i>La Botella Azul, tercer volumen, 8 rs.</i> | | <i>La flor del cementerio.</i> |
| <i>Romances y poesías, cuarto volumen, 8 rs.</i> | | <i>El secreto de un crimen.</i> |
| <i>Blanca.</i> | | <i>Desde Cádiz á la Habana.</i> |
| | | <i>Dos minutos.</i> |
| | | <i>Fragmentos de un álbum.</i> |
| | | <i>La sierra de Córdoba.</i> |
| | | <i>Sensitiva. (1)</i> |
| | | <i>La muerta y la viva.</i> |

CÁDIZ.

Revista de artes, letras y ciencias, ilustrada con grabados y redactada por los primeros escritores españoles y americanos.—Se ha publicado los días 10, 20 y 30 de cada mes, bajo la dirección de su propietaria Patrocinio de Biedma. Hay coleccionados cuatro tomos, correspondientes á otros tantos años de su publicación. — Se halla de venta la coleccion de cada año al precio de 25 pesetas.—Número suelto una peseta.

(1) *Dos años después* de publicada esta novela escribió otra con el mismo nombre D. Ubaldo Romero Quiñones, el cual al saber esta circunstancia ofreció espontáneamente á la autora variar a la suya este título en una nueva edición.